

Andrés Blanco y García

---



El Tesoro de la Reina

Novela  
REGIONAL  
MURCIANA

---

MURCIA

Tip. LA VERDAD á cargo de Mariano Barreda  
Plaza de Cetina



12388306



BIBLIOTECA REGIONAL



1487783



# El Tesoro de la Reina

DMU

4837

LT. 39358



Obras del mismo autor

---

EN PROSA

---

- INFORTUNIO. Novela (edición agotada).  
ESCENAS MURCIANAS. Segunda edición (agotada).  
ESTUDIOS Y PASATIEMPOS. Precio 2 pesetas.  
HUERTANOS Y FRANCESES. Novela (casí agotada)  
precio 2 pesetas.

EN VERSO

---

- NOTAS DISCORDANTES. Precio 1 peseta.  
EL TRIUNFO DEL AVE MARI. (Edición agotada).
-



Andrés Blanco y García

---



# EL TESORO

DE

# LA REINA

Novela regional murciana



MURCIA

*Jip. de "La Verdad",*



**ES PROPIEDAD**





## CAPITULO I

### *En la almazara*


---

Como la noche había cerrado por completo y el frío se iba dejando sentir con alguna intensidad, los mozos que habían terminado la frugal colación, ansiosos de pasar algunas horas entretenidos y abrigados, dirigíanse á la almazara del tío Mochuelo, situada cerca de la villa, en el extremo de un caserón destartalado y sombrío que acusaba cierta respetable antigüedad.

Allí, junto á las ascuas de piñuelo que los trabajadores tenían amontonadas en una especie de brasero formado con piedras y ladrillos, en el centro de la estancia, podía pasarse la velada de una manera agradable, matando el tiempo entre dichos charachos festivos y relatos más ò menos interesantes, mientras el vientecillo sutil del noroeste mugía en la hojarasca de los olivos y doblaba los débiles tallos de la naciente miés que se extendía como una alfombra por la dilatada planicie de la campiña.

En aquel momento, la amplia y vetusta habitación presentaba todos los atractivos que podía ofrecer la operación intere-





---

sante que allí se verificaba. Enormes candiles de hierro, esparcidos por todas partes, proyectaban grandes focos de turbia luz; y á la multitud de rayos que despedían, veíase escapar por entre las mallas de esparto de los cofinetes el apetitoso líquido de las aceitunas, como incesante lluvia de oro que se perdía en la sombra del rehundido del pavimento, y daba saltitos la tolva con chirrido monótono y acompasado, mientras la paciente mula hacía rodar sin descanso el rulo sobre la solera en un extremo de la almazara.

Atendían los operarios con eficacia á los menores detalles de la faena, y ora vaciaban, formando una enorme pirámide, el piñuelo de los cofinetes exprimidos, ora los rellenaban con la aceituna triturada en la solera, empinando sobre la tolva los capazos que cargaban en los alforines, corriendo de acá para allá, trasvasando el aceite de las lentejas cuando las fuentes se llenaban, apretando en unos lados con las palancas para que las vigas siguieran bajando con su enorme peso, y aflojando en otros los torniquetes para renovar la masa que había de exprimirse.

La cosecha de aquel año había sido abundante como una bendición del cielo. La cornicabra, la celdrana, la manzanilla y hasta la morrona no dejaban nada que desear; amontonadas allí con su sana madurez, con su negro violáceo, tersas, abultadas, brillantes, rebosando aceite; y por eso se llenaban los candilones hasta derramar, y todos los trabajadores dejaban escapar en la mirada la alegría de su corazón.

No era cosa muy común en aquel campo obtener una completa cosecha de aceite. Y nó porque faltaran olivares extensos y frondosos de troncos corpulentos y ramas poderosas, sino porque la escasez de ramblas y vertientes en una tierra sin riegos y toda dada al cultivo, convertía las praderas en una inmensa esponja que absorbía con avidez hasta las lluvias torrenciales, permitiendo apenas ligeros embalses, á lo sumo en las hondonadas de las arboledas. Además, el viento que se exhala del gran lago que se extiende á corta distancia con el nombre de «Mar Menor», impedía con sus emanaciones salitrosas, y más todavía con su pegajosa humedad, el desarrollo del polen



de la aceituna, por lo que sólo en un promedio de diez en diez años se solían ver cosechas de alguna importancia, que hubieran podido pasar como medianas en otras zonas

Pero desde que el tío Mochuelo adquirió la propiedad de aquella finca considerable, parecía que la varilla de una hada tocaba por arte mágico en todas sus cosechas, y se desgajaban los higuerales y las paleras con la abundancia del fruto, y los almendros resistían las heladas y los vendabales para que cuajaran sus flores á despecho de las inclemencias del tiempo, y las cebadas eran más abundantes y más espesas con sus espigas de grano lleno y duro que elevaban su valor, y los viñedos se erguían rozagantes y pomposos, cargados de racimos entre la profusión de pámpanos de deslumbrante verdura, y la oliva... ¡ah!... la oliva era el acabóse, el *non-plus* de todo el campo, exenta de plagas, hermosa y abundante, como la pudiera soñar el más avariento de los labradores.

Y no porque mereciese tal fortuna el tío Mochuelo, que era tacaño y nada compasivo para con los pobres; pero la suerte lo disponía de aquel modo y había que bajar la cabeza ante la realidad.

Cierto que el tío Mochuelo había sido desde su niñez muy laborioso y diligente y nadie le regateaba estas buenas cualidades. Tenía dos barcas en el lago, adquiridas á fuerza de tiempo y de sudores, trabajando siempre, ahorrando continuamente, lanzándose á la pesca sin miedo á los azares y á veces con riesgo de su vida, en su afán infinito de ser y de valer, lo cual hasta le había valido en ocasiones la admiración de sus amigos y conocidos; pero desde que era rico y rico de pronto, sin saber de dónde le viniera tal riqueza, había adquirido unos humos irritantes de gran señor, y trataba á sus inferiores con dureza y despego, abusando del menesteroso para explotarle en un trabajo continuo y mal recompensado.

En la recolección de aceituna de aquel año, el tío Mochuelo había llevado casi un veinte por ciento de ventaja á sus vecinos; y aun cuando en lo interior de los trabajadores condolidos hubo así como algo de protesta contra tan halagüeña suerte, la vista luego del líquido que se extraía en la almazara hizo



olvidar envidias y rencores, sustituyendo á tan malos afectos el regocijo, porque al fin y al cabo tal abundancia de aceite, unida á la de los otros cosecheros, abarataría en beneficio de los pobres el precio de un artículo de tanta necesidad.

Sobre este tema giraban las conversaciones de casi todos los mozos, mientras unos se dedicaban á las faenas, y otros fumaban tranquilamente sentados junto á las ascuas de piñuelo.

—¡Eh, Vicente!—decía el jefe de las operaciones á un moce-tón robusto, de tipo árabe en toda su pureza, que formaba una columna de cofinetes debajo de una viga levantada:—aspacio, aspacio, que no se tuerzan, pa que caya el aceite derecho: mira que el amo está al venir, y si te vé ..

—Déjelo osté, tío Blas: déjelo osté, y que se errame por ánde le dé la gana,—contestó uno de los tertulianos que estaba algo separado de la lumbre:—¡al cabo que el tío Mochuelo se lo merece! ¡y luego que no creo que habría de quearse probe con tener de menos una libra ú dos de aceite, que es to lo que se pué espediciar, y sigún!

—¡Bah!—exclamó el jefe de las operaciones:—eso no le hace: á cá uno le duele lo suyo, y no porque el amo sea rico hemos de ir en contra de lo que tiene, sólo porque no es nuestro.

—¿Adulaor tamién, tío Blas? Como osté mesmo sabe que osté es la única prersona á quien el tío Mochuelo le tié algún ese de estima, le cudia sus intereses, por lo que pué sonar el día de mañana pa su bolsillo. Por mi parte, aunque reviente como la chicharra ..

Vicente, que ya había formado derecha la columna de cesti-llos y dado un buen apretón á la tuerca con ayuda de un com-pañero, de un par de zancadas se acercó al corrillo en cuyo cen-tro se encontraba la lumbre, sentándose en cuclillas y sacando la petaca para liar un cigarro, después de haberse restregado bien los dedos en la mugrienta blusa que le cubría el busto. En tan incómoda posición y bajando la voz cuanto pudo, dijo, diri-giéndose á los tertulianos:

—¿Y vusotros habeis visto en el mundo una suerte más des-hecha que la del tío Mochuelo?

—De verdá que nó,—contestó uno de los circunstantes.—Yo





lo conocí probe rematao, como aquel que dice, aunque siempre muy trebajaor: dimpués sacó un poco el cuello, y de repente. . ¡zás!... compro una gran hacienda en Lobosillo y otra en el campo de Pacheco; luego quince ú veinte casas en el pueblo y cuatro muy hermosas en Cartagena; de contao esta hacienda que es la más grande de toas y angunos roalicos que valen bastante; de siguiá doy una fianza gorda pa quearme con los consumos; al poco me queo con la almendra de más de medio campo; más alante me trayo de Fuente-Alamo quinientas cabezas de ganao; dimpués echo tartana y galera y compro propiedaes de minas; y al remate, viejo y tó, galanteo con Rosalía, que es la muchacha más guapa y más graciosa que hay en toa la comarca, y emprencipio á sacar los papeles pa casarme con ella.

—Por supuesto,—añadió otro de los circunstantes,—que su riqueza paece así como cosa de misterio.

—Menos pa mí,—saltó Vicente, dando un chupetón al enorme cigarro que fumaba:—menos pa mí que lo sé tó, y sé de ánde ha salío, y sé munchas y munchas cosas más.

—Pos bien podías dicirlas.—replicó el tío Blas con visible malhumor:—no paece sinó que el tío Mochuelo ha robao to lo que tiene.

—¡Hombre! robao nó, pero sin trebajo sí. Y no me tire osté de la lengua, tío Blas, que yo guardo lo que guardo pa que angún día le dé el áire. Lo mesmo que lo de la muchacha: yo us digo á tós que el tío Mochuelo no se casará con Rosalía.

—Mira, Vicente,—objetó otro de los tertulianos, mientras removía con un trozo de palo las ascuas:—atento de eso, no sé lo que te diga, y sigún: él quiere y ella paece que no le poi e mala cara.

—Como que al fin y al cabo,—añadió otro,—esas son cosas de hombres y mujeres. Ahora .. si el otro viviera, no habría caso, pero bien sabemos tos que los muertos no salen de la sepultura. ¡Me parece que no fué flojo el balazo que le sortaron cuando lo de Maceo!

—Pos, vamos,—insistió Vicente, rectificando su incómoda postura y sentándose de golpe en el suelo:—atento á lo del balazo,



estoy conforme, porque yo leí una carta que recibió un vecino mío, que así lo decía, y dimpués que tos nos acordamos de haber leído en «El Imparcial» de Madril los nombres de los sordaos que entoces se creía que habían muerto cuando el otro quiso pasar la trocha, viniendo entre ellos el de Lorenzo. Y no me extraña ná de lo que ha pasao, remanente de to aquello, porque... ¡claro!... corrió el tiempo, se enfrió la cosa, y luego á luego, como Rosalía tié humos de señorita aunque es una probe, los dineros del tío hicieron lo demás. Pero atento de la muerte del novio, digo y redigo que no es verdá.

—Mira, Vicente,—exclamó el tío Blas, siguiendo con su acento enojado;—mira, Vicente: esas son hablaurías y no más que hablaurías. Si Lorenzo viviera, en tanto tiempo como hace lo del balazo, no le hubiera faltao un rato, ú á cualquier compañero suyo, pa escribir dos renglones, diciendo que estaba toavía en el mundo; pero sepas y entiendas que lo que hay aquí es munchas invidias y lenguas muy malas. La han tomao con el tío Mochuelo porque lo ven con cuartos, y no saben ya qué hacer ni qué decir pa buscarle desazones.

Quedóse Vicente mirando al tío Blas cara á cara con cierta expresión burlona, como maravillado de su intención ó de la inocencia que pudieran encerrar las frases del jefe de la almazara, y lanzando dos chupetones seguidos á la colilla de su cigarro, dijo con toda la calma de que supo revestirse en aquel instante:

—Ascuche osté, tío Blas: ni que osté diga ni que no diga que son hablaurías ú invidias ú lo que quiera, me tié sin cudiao. Yo nunca me creo los enreos y los chismes, y si nó que pregunten si yo voy boqueando pa platicar lo que no me importa por nenguna parte. Lo mesmo me da que el tío Mochuelo tenga cien fajos de billetes como que sea tan probe como las Animas y pida limosna; pero lo que yo le digo á osté, y lo digo porque no es nengún secreto, es que Lorenzo vive, que viene con la asoluta y que cuando venga, por más que el tío Mochuelo haiga ido en ca el notario pa dotar á Rosalía ná menos que en treinta mil duros, Dios sabe lo que será de los dos.

—¿Y tú por ánde sabes to eso?—insistió el tío Blas.



—Por ande yo me sé y me callo.

Y al decir esto, como si Vicente creyera haber hablado más de lo que debía, apoyó los talones en el suelo, dió un salto, tiró la colilla, y apartándose del corro, se dirigió hacia las vigas donde operaba y dió otro apretón al torniquete con todas las fuerzas de sus hercúleos brazos.

El tío Blas, moviendo la cabeza apesadumbrado, le siguió con la vista y abrió dos ó tres veces la boca, como para dejar escapar algunas palabras que no pudieron salir al fin, enredadas en su lengua. Después, mudando de propósito optó por la resignación, y volvió la espalda á Vicente y á los tertulianos, aparentando ocuparse sólo de la inspección de las operaciones.

Las últimas palabras del mancebo habían cansado una profunda impresión en sus oyentes. ¡Lorenzo resucitado! ¡Lorenzo regresando á su pueblo, tal vez lleno de ilusiones por su idolatrada Rosalía! Aquello era para no mirarlo como cosa baladí, porque los celos y el despecho habían de poder mucho en un corazón tan esforzado como el del burlado amante.

Bien es verdad que Rosalía, siguiendo la corriente general de la pública opinión, había creído como cierta la supuesta muerte de Lorenzo; y no era razón que por respetar inútilmente una memoria ó por llorar una desgracia que ya no tenía reparación posible, una muchacha tan hermosa y tan solicitada de los mozos más ricos y apuestos del campo y hasta de la villa, se quedara para vestir imágenes, consumiendo sin fruto ni provecho el tesoro de sus encantos, ó despreciara la fortuna del tío Mochuelo y el beneficio dotal de treinta mil duros como había de tener ella para sí.

¿Pero se haría cargo Lorenzo de las circunstancias que rodeaban á Rosalía y de todas estas razones tan atendibles, aunque era notorio su buen juicio? Ahí estaba la incógnita del problema que los tertulianos no sabían resolver, por más que pesaben y medían argumentos, toscos en la forma, pero lógicos y bien sentidos en su interior.

Y mientras así discurrían dando vueltas á la imaginación y charlando en la libertad de sus expansiones, continuaba el movimiento del trabajo, y las vigas de la almazara crugían, ha-





ciendo despedir á los cofinetes por entre sus mallas menudos y dorados hilos de aceite que se reunían allá abajo en los cóncavos recipientes ocultos en la sombra, y golpeaba la tolva soltando aceituna sobre la solera, y se llenaban los candilones, como pequeñas fogatas que esparcían su luz en veinte puntos á la vez.

---







aquella región dejan al morir los padres á los hijos, aunque carezcan de bienes de fortuna, y por eso el tío Mochuelo, ó Diego Conesa como se llamaba oficialmente, llevaba con paciencia aquel sobrenombre como único legado de su progenitor, ya que todo cuanto tenía era debido á su trabajo, y después á una inesperada ocasión que más adelante se conocerá.

En su afán de enriquecerse, y no teniendo ó no buscando otros medios que los del trabajo y del ahorro, había ahogado todas las pasiones propias de la naturaleza, para no pensar en otra cosa que en aquella que constituía su constante empeño, y en la que empleaba todas las energías de su espíritu. Por esta razón, había llegado á la plenitud de la vida con la fortaleza de los ardores juveniles, si bien con el riesgo de gastarla rápidamente, en un desbordamiento producido por el ímpetu violento de sus pasionales entusiasmos de última hora.

Así, cuando se vió dueño de una fortuna considerable, que le garantizaba la probabilidad de una vida placentera, pensó, con el corazón frío pero con cerebro calculador, en las delicias del hogar, y fijó sus deseos, menos ideales que materiales, en la mujer más garrida de aquellos contornos, aprovechándose de una circunstancia muy natural y frecuente en la época á que nos referimos.

Rosalía estaba locamente enamorada de Lorenzo; pero Lorenzo, como número de la gran lotería de la muerte, había tenido que marchar forzosamente á Cuba para lidiar en la manigua sin gloria ni provecho, tomando parte en una guerra fomentada por la perfidia de los *yankées*, que fué preludio de una de las mayores infamias que la codicia de una potencia preparó artera y cobardemente contra la buena fé de la nación más hidalga del mundo.

Se había dicho y probado de una manera casi oficial que Lorenzo tuvo la desgracia de morir en la guerra, y como el tiempo se encargó de confirmar la verosimilitud de la noticia, nadie dudó de su certeza al cabo de algunos meses.

Lloró mucho al principio Rosalía; pero poco á poco comenzó á consolarse de la mejor manera que pudo, dejándose ver primero en la iglesia de la villa, asistiendo después á bailes y



reuniones, y concluyendo por oír con gusto dichos y requiebros, como cualquiera otra muchacha en estado de merecer. ¿Qué razón había ya para lo contrario, que se hubiera asemejado bastante á un premeditado suicidio? ¿Por qué se han de ahogar los impulsos naturales, cuando una ley que emana de Dios mismo nos envuelve y domina, indicando de qué manera hemos de seguir sus mandatos poderosos?

Ello es que el tío Mochuelo observó atentamente, y de su observación dedujo que él, aunque nada joven, podía suplir con su dinero su falta de juventud. Y como Rosalía era pobre y no carecía de vanidad y tenía una madre que sabía por triste experiencia lo que eran el hambre y los trabajos, sucedió que á poco de proponer y de insistir el tío Mochuelo, fué acercándosele la voluntad de la muchacha, y comenzó á llenarse el vacío de aquel corazón donde Lorenzo había reinado con una completa soberanía. El tío Mochuelo entonces, para apretar mejor las redes de oro con que trataba de envolver á la joven, le formó un dote de ciento cincuenta mil pesetas.

Era verdad que Lorenzo vivía, cosa que hasta entonces se había ignorado en el campo y hasta en el pueblo, pues creíanle muerto, con fundamento bastante, al que contribuyeron infinidad de circunstancias propias de aquella guerra; pero como la paz se había hecho, aunque con mengua de la honra nacional, comenzaron á descubrirse incógnitas, siendo una de ellas la de la existencia del mozo, según carta recibida al restablecerse las comunicaciones y que fué dirigida al mismo Vicente, antes que se embarcara para Cádiz una expedición en la que venía el propio Lorenzo.

No es fácil averiguar si el tío Mochuelo, oyó algo de la conversación que en la almazara acababan de tener los operarios y visitantes, ó si algún tufillo de la venida de Lorenzo le había dado en la nariz; porque aquel personaje que desde que era rico había adquirido el hábito de poner ante sus dependientes el semblante hosco y altanero, entró aparentando cierta bondad, como si desde tal momento necesitara simpatías con que abroquelarse contra las posibles contingencias futuras.

Después de dar las buenas noches con una afabilidad que no





dejó de llamar la atención, sentóse en una ancha silla de sogas que le cedió uno de los tertulianos; y desliándose entonces la enorme bufanda, que dejó caer sobre los hombros á manera de chal, comenzó á remover las ascuas con una rama de olivera.

—Hace frío, hace frío,—dijo;—pero la lumbre lo quita. A ver.... que se arrime el que quiera, que cuando Dios da, pa tós da.

Parecióronle de perlas estas palabras á un mozo, y viendo en ellas una ocasión muy propicia para desembuchar ciertas ideas que se le habían venido de pronto al cerebro, acercóse un tanto, y rascándose la cabeza, como si necesitara de tal mímica para darse ánimos á si propio, exclamó:

—Eso, tío Diego, será sigún.

—¿Cómo sigún? Eso es bien claro: cuando Dios da, pa tós da.

—De modo,—prosiguió el mancebo, animándose algo más por la buena acogida que tuvieron sus primeras palabras,—que si Dios le ha dao á osté munchas cosas güenas pa que las disfrute, pos tamién será pa que osté nos dé de ellas algo, y que nusotros igualmente disfrutemos.

Sonrióse el tío Mochuelo por la lógica de tales palabras, y sacando la petaca de uno de sus enormes bolsillos, se la presentó á su interlocutor, diciendo:

—Pos emprenkipia: echa un cigarro y ya catas algo de las cosas güenas que tú dices que yo tengo.

El mozo cogió la petaca y conmenzó la operación de hacer un cigarro.

—No me refería yo á esto, tío Diego,—prosiguió,—porque yo tengo tabaco.

—¿Pos á qué te refieres?

—A otras cosas, pongo por caso, como á los fajos de billetes que tendrá osté y que no serán pocos: porque, tío Diego, y ésta es la pura verdá: ¿pa qué quiere osté tanto y tanto como Dios le ha dao, cuando yo no tengo más que lo que gano en una peoná, si la echo, y siempre me faltan veinte perras chicas pa hacer una peseta?

—Ya veo,—contestó el tío Mochuelo con cierta sonrisilla,—que eres tú lo mesmo que los demás. Como la suerte me ha



favoreció un poco, ya se cree la gente que soy algún marqués. Si tengo como uno, tós dicen que es como cuatro, y si yo me ablandara y abriera la mano, *me se* iría lo que tengo, en menos que se presina un cura loco.

—Vamos, vamos, tío Diego, no se haga osté el mundío, que cuando el río suena, agua lleva.

—¡Hombre! agua lleva mi río, pero es bien poca.

—¿Poca? Pos si yo emprenciara á contar lo que tié osté de fincas y de otras cosas que á la vista están, me paece á mí que estaría platicando más de media hora. ¡Y que no tendrá osté ahorraicos miles de duros, na más que de lo que le sobra, dimpués de comer y gastar!

El tío Blas estaba atento, con la boca abierta y como espantado. ¡Cuidado que era atrevimiento hablar al tío Mochuelo de aquella manera tan familiar y tan descarada! El, que era el único que tenía con su amo alguna franqueza, por el mucho tiempo que lo conocía y trataba, jamás se había propuesto manifestar una confianza como la que un simple jornalero se había permitido en aquel instante.

Y lo más chocante era que el tío Mochuelo, en vez de enfurecerse, se sonreía; y se sonreía con complacencia, como si agradeciera tales atrevimientos que á nadie jamás había consentido.

Iguales reflexiones se hacían los trabajadores que habían suspendido sus tareas para oír tan substancial conversación, y Vicente, fascinado, atraído, como si un imán le fuera impulsando lentamente hácia el sitio de la lumbre, se acercó poco á poco, y volvió á sentarse en cuclillas, siguiendo su antigua costumbre, frente á frente del tío Mochuelo. Allí, sin darse cuenta de sí mismo, metió su cuchara, como se suele decir, en la conversación, y mirando á su amo de hito en hito, exclamó:

—Pos miste, tío Diego, ni que osté tenga millones como supone la gente, ni que sea alguna cosa menos como osté dice, lo cierto y verdaero es que tié osté más, muchos más posibles que tós los que estamos aquí reuníos.

—¡Toma! ¡Toma! ¡Eso por de contao,—replicó otro mozo.

—Pos bien, que es á lo que yo voy á parar,—añadió Vicen-



te;—que sea como sea, á osté le ha dao Dios mucho, mientras á nusotros no nos ha dao ná. De modo y manera, que si cuando Dios da pa tós dá, sigún osté mesmo ha dicho, pos osté mesmo debe emprencipiar a ver cómo ha de llegar à nusotros alguna cosa, pa que sean verdá sus palabras.

Si el tío Blas se había extrañado antes, ahora se encontraba por completo escandalizado. ¿Por qué el tío Mochuelo no levantaba el palo de olivera que en la mano tenía y lo descargaba sobre aquella cabeza insolente? ¿Qué motivos le hacían tolerar tamañas impertinencias, cuando no aguantaba de ningún inferior la más pequeña confianza? ¡Oh, si él hubiera estado dentro del pellejo de aquel hombre!

Pero el tío Mochuelo seguía sonriendo, aunque su sonrisa era algo forzada desde que Vicente se acercó á la lumbre, como si le fuera repulsiva la intromisión de cualquier dependiente suyo. Y luego, bajando la cabeza, y levantándola á poco como si hubiera meditado lo bastante para dar una respuesta satisfactoria, dijo:

—Muchachos, es muy posible que tengais alguna razón y yo no trato de quitárosla. La gente, sin saber por qué, me ha puesto fama de roñoso, y es porque pocos me conocen, y piensan más de cuatro que el no malgastar y defender los intereses es roñería. Pero yo soy como otro hombre cualquiera, con sus fartas y tó, porque náide es monea de cinco duros que lo mesmo gusta por el revés que por el derecho. Pos vamos al caso: pa que veais que yo no soy quien paece, y que al contrario soy tan campechano como el primero, os voy á dar ese algo de lo que Dios me ha dao á mí, pa que de esa manera aprendais à conocerme.

Hubo algunos momentos de silencio, y toda la gente que había en la almazara quedóse en una ansiedad expectante, como si hubiera de escuchar en breve la notificación de un suceso grandioso é inesperado. Hasta la mula, que rodaba despaciosamente al rededor de la solera, paróse para dar mayor solemnidad á las palabras del ricachón, ahogando el ruido desapacible del rulo y de la tolva.

—Sí,—prosiguió el tío Mochuelo:—os voy á convidar á tós



los que estais aquí presentes, aunque algunos no son dependientes míos: os voy á convidar á un caldero en la Encañizada, así que se arremate de hacer el aceite, que será como cosa de dos ú tres días. ¿Estais conformes?

—¡Corriente! ¡corriente!—contestaron en coro todos los circunstantes, no faltando quien diera algún salto de alegría ante una promesa tan agradable y tan original.

¡Un caldero en la Encañizada! ¡Al cabo que aquello era cosa de todos los días! La especialidad del país, el obsequio mayor que se suele hacer á los forasteros de importancia, iba á ser también para pobres jornaleros! ¡Vamos, el tío Mochuelo no era lo que las gentes calumniadoras decían!

Y los trabajadores, dispersándose al momento, como si las palabras del amo hubieran sido un acicate poderoso, pusieron-se de nuevo á proseguir sus faenas con tal ardor, cual si pretendieran terminar en pocas horas lo que era obra de algunos días.

Llenóse de nuevo la tolva de aceitunas, limpióse la solera para dejar espacio á la nueva trituración, y la mula comenzó á empujar el rulo y á dar vueltas despaciosa y acompasadamente, como para completar aquel deseo de trabajar que tan de pronto se había despertado entre la gente de la almazara.

Sólo en dos personas no había producido entusiasmo la oferta del tío Mochuelo. En el tío Blas, porque creía que, dada una generosidad tan inusitada después de las tolerancias que hasta con sus propios jornaleros acababa de tener, sería tal vez efecto de cualquier alteración cerebral de su amo, lo cual podía ser principio de alguna catástrofe que Dios sabe hasta dónde le conduciría. En Vicente, porque sospechaba alguna trama del tío Mochuelo para encubrir pensamientos y hasta planes de consideración, que indudablemente tendrían un fin muy distinto al de obsequiar á unos pobres jornaleros.


De todas maneras, ambos acudirían á la Encañizada, cuando llegara el día del convite, y procurarían sacar partido de la diversión, echando una cana al aire, y dando al cuerpo y al espíritu el recreo que tanto necesitaban.

---









### CAPITULO III

## *El Mar Menor*

---

Con la dudosa luz del amanecer, los vapores de la vegetación, contenidos durante la noche, deshacíanse en escarcha abundante y fría, cayendo como finísima lluvia sobre el extenso manto de la pradera.

Rasgábanse las nieblas en girones desiguales, desvaneciéndose en algunos puntos hasta confundirse con el brillante raso que aparecía al contacto de los albores, y aglomerándose en otros como vellones esparcidos al acaso entre festones de encaje de formas caprichosas, iluminándose con colores diferentes desde el blanco de nieve hasta el encendido carmín de contornos azulados.

Comenzaba á turbarse el silencio de aquel reposo universal con algún trino suelto, escapado de las gargantas de los pajarillos, y revolaban los madrugadores vencejos y colorines, saltando de las techumbres de los caseríos á las ramas flexibles y ligeras de las bolagas y cambrones en plena eflorescencia.

Era un delicioso amanecer, ligeramente frío, propio de aquel clima templado y dulce, desconocedor de los rigores de los



largos inviernos. Parecía que la naturaleza misma, queriendo proporcionar un día feliz á los hijos del trabajo, conservaba sus galas primaverales para revestirse con ellas desde el momento en que dejaban el lecho los que habían de tomar parte en la expedición á la Encañizada.

En la tarde anterior se había terminado la extracción del aceite, con alegría de todos y con especialidad del tío Mochuelo que veía llenas sus enormes tinajas allá en su ventilada bodega, columbrando en lontananza numerosos billetes del Banco que abrillantaban con sus simpáticos bustos Quevedo, Goya y Jovellanos, como para dar un tinte decoroso de poesía á la prosa vil del mundo financiero.

La cita era en la Ribera de Santiago, donde aguardaban á los convidados las dos barcas del tío Mochuelo, gallardas y hermosas, dispuestas á surcar de aquel lago las olas todavía dormidas é inmóviles, como inmensa fundición de estaño reluciente extendido entre el mar y la pradera.

No se hicieron esperar los campesinos. Con su costumbre de madrugar y aguijoneados por la esperanza de pasar un día completamente divertidos, iban llegando poco á poco por diferentes sendas, abrigados unos con sus mantas y bufandas, en cuerpo gentil otros y dando saltitos y pasos largos para entrar pronto en calor. Llegaban uno á uno ó en grupos, con cara de satisfacción, y con igual aspecto los recibía el tío Mochuelo en una cantina, junto á la orilla del lago, donde los carabineros solían  *echar la mañana*  al saltar del «Falucón» después de haber girado una visita á lo largo de la Manga.

—¡Ea! á matar el gusano ¡caracoles!—decía el ricachón, aparentando la misma jovialidad que los trabajadores.

Y se llenaban y vaciaban vasitos de aguardiente que iban y venían entre manos rústicas y callosas, demostrándose en aquel acto la primera parte de una esplendidez jamás vista en los fastos mochueriles. Después, más animados todavía por los rescoldillos del alcohol, los mozos saltaban á la tablazón de las barcas, lanzando dicharachos festivos y coplitas á media voz, como si las gargantas estuvieran aún aletargadas y necesitaran mover poco á poco sus registros para despertarse por completo.



Ya el sol comenzaba á elevar su disco de oro por las puertas del horizonte, y como si la luz de sus rayos comunicara á la tierra un impulso incontrastable de magia desconocida, desenvolvíase un vientecillo sutil, á cuyo beso rizábanse las olas, dando tonos azules á la plateada superficie, que parecía dilatarse en todas direcciones hasta perderse en las estribaciones de los montes de Cartagena.

Desplegaban las barcas sus lonas para aventurarse hácia el centro del gran lago, y los tripulantes, acentuando sus cantos y murmullos de alegría, contemplaban el panorama incomparable que rápidamente se iba desarrollando ante sus ojos.

¡Qué hermosura en aquel instante solemne! Hácia el lado de Levante y en dirección de sus proas que cortaban diagonalmente el lago, una dilatadísima faja de tierra rojiza, apenas matizada por algún matorral silvestre, se extendía de Norte á Sur á modo de barrera ó límite de los dos mares, descubriéndose del lado de allá la masa azul del Mediterráneo como una turquesa de colosales dimensiones. Distinguíanse en las lejanías ligeras columnas de humo que indicaban el paso rápido de los vapores, cruzándose en el movimiento comercial del mar de la civilización, como vehículos que enlazaban con hilos invisibles los pueblos más distantes de la tierra, en el afán de unificar los diversos intereses y tendencias de la raza humana.

En la faja terrosa, la vista descubría primeramente las salinas de San Pedro con su nevada blancura, no lejos de espesos palmerales y caseríos, y siguiendo aquella línea divisoria, veíanse las casas de las Encañizadas, las antiguas torres que en otro tiempo sirvieron para defender la playa contra la piratería de los argelinos, y luego el *Pedrucho* con la casilla del resguardo, y más allá, á modo de avanzada centinela, el Cabo de Palos con su faro gigantesco, encendido todavía, y girando pausadamente como para recrearse en el inmenso contorno de sus dominios.

Hácia el Mediodía y allá á lo lejos, conforme las brumas se disipaban, divisábanse, por entre los canales que separan las montuosas islas del lago, poéticos caseríos, entre ellos el célebre paraje de los Nietos, que parecían cerrar la inmensa charca



al pié de la escarpada sierra llena de filones argentíferos, seme-  
jando bandadas de pequeñas gaviotas, entre olivares plumizos  
y masas confusas de tintes verdosos desvanecidos en el fondo  
de azulados peñascales.

Pero la parte mejor del panorama era sin duda la del Po-  
niente del lago. Una vasta campiña, interrumpida súbitamente  
en su centro por una enorme excrescencia montuosa llamada  
Cabezo Gordo, aparecía con todos los encantos de su rica y  
feraz vegetación. Era un tapíz de riquísima esmeralda, un ver-  
de puro, virginal, de matices variados y delicada transparencia,  
sobre el que caía tamizada la luz de los cielos, abriantando la  
escarcha recién caída, como si bordaran aquella inmensa su-  
perficie granizadas de diamantes y rubíes en el alborozo de un  
amanecer encantador.

Harmonizaban con las tintas del paisaje multitud de casitas  
de nevada blancura, medio escondidas entre el follaje ó som-  
breadas por gigantescos algarrobos de tonos oscuros, y dis-  
tinguíanse por la parte más cercana cuadrone de crecidas mie-  
ses que parecían en su ondulante movimiento, la prolongación  
de las olas de aquel lago. Grupos de palmeras, cuyo verdor  
perpétuo contrastaba con el ramaje desnudo y plumizo de los  
almendros é higuerales, balanceábanse graciosamente en la  
limpidéz de un fondo nacarado, hundiendo á la vez sus troncos  
en una alfombra de hierbas y plantas silvestres que se erguían  
arrogantes en los barbechos, y no faltaban hermosas paleras y  
piteras de hojas colosales, esparcidas caprichosamente entre  
pequeñas masas de olivos, que servían para realzar las tonalida-  
des diferentes de la vegetación.

Véase por un lado la torre del Pinatar y la parte superior  
de las casas de aquel pueblo, como trozos que flotaban sobre  
la cumbre de las arboledas, destacándose hoteles preciosos que  
de trecho en trecho se adelantaban hasta la orilla del lago. San  
Javier, también escondido, asomaba sus parduzcos tejados á  
corta distancia del alegre caserío de la Ribera; y siguiendo las  
sinuosidades de la playa y salvada la renombrada Punta de  
Galindo, aparecía de pronto la barriada de los Alcázares, her-  
mosísimo é incomparable centro de recreo, como dominando la



orilla del mar Menor, y descubriase más allá, en un recodo, el paraje de lo Urrútia, todo circundado de cortijadas que parecían aumentar la armonía de aquel conjunto soberbio y esplendoroso.

En la faja del agua próxima á la orilla, los pescadores de anguilas y gambas hundían sus palangres, y los del chirrete tendían sus redes, bogando unos y otros en botes de vela ó de remo que, á la vez que de puntos de depósito, les servía para trasladarse rápidamente á los sitios de mayor calado. Cruzaban de acá para allá lentamente las pantasanas, y aprisionaban en sus mallas oscuras el mujol, la dorada, el magre y el lengua-do, sorprendidos en el centro de la charca para constituir la presa mejor de la pesquería.

Para que nada faltara al cuadro de vida y animación que se desarrollaba ante la vista de los campesinos, bandadas de aves marinas, esparcidas en toda la superficie, alzaban su vuelo ó sumergían su cabeza en las olas en busca de perdidos pececillos. Los pioverdes y colliverdes de colores vistosísimos, recién llegados de otros climas, alternaban con profusión de zancudos flamencos, recorriendo largas distancias con asombrosa velocidad, mientras los gallos y gallinetas se mezclaban con las avefrías y los patos silvestres, y las gaviotas de enormes alas describían inmensas curvas desde el fondo de las islas hasta los rojizos arenales de las playas.

Las barcas del tío Mochuelo, caminando casi á la par, anduvieron primero con alguna lentitud, por no serles el viento favorable; pero al llegar á la altura de la Punta de Galindo, donde el lago empieza á adquirir una anchura considerable, hincháronse súbitamente las lonas con una favorable virazón, y corrieron con suma rapidéz en dirección de la Encañizada de la Torre, llegando al punto de arribada en menos de media hora.

Era la tierra de promisión de las anhelantes campesinos, y como tal fué saludada con estrepitosos gritos y vivas, enronqueciendo algunas voces por la fuerza pulmonar que las producía.

El caso, bien mirado, no era para menos. Un festejo extraordinario, de verdadera importancia, sacaba de quicio á los más





formales y hacía alborotar á los jovenzuelos; y es que el corazón, niño siempre y menos formado para la alegría que para los sinsabores, se desborda ante aquélla, y necesita en su expansión exhalar á gritos su sentimiento, por no poderlo contener en el pequeño recipiente en que trata de albergársele.

El tío Mochuelo, que había seguido excitando la admiración de aquella caravana, por haber repartido durante la travesía un cigarro por cabeza y por seguir mostrando jovialidad en su semblante, hasta entonces adusto y altanero, permitiósese la bondad de contestar á un vitor atronador con que terminó el bullicio antes de saltar á tierra los tripulantes, y pasó á tomar posesión de la nueva Canaam, dispuesto á echar, como vulgarmente se dice, la casa por la ventana.

La casita de la Encañizada poco de particular tenía: un refugio de pescadores, algo incómodo y reducido, en medio de la lengua de tierra que separa los dos mares. Pero lo que sí merecía los honores de una buena inspección, era la Encañizada misma, á pesar de la suma sencillez de los elementos que la constituyén.

Tiene por aquel lado la faja divisoria unos doscientos metros de anchura, uniéndose el lago con el mar por medio de un canal angosto que termina en ambas playas, con cierto desnivel hácia el lago, por cuyo motivo las aguas del mar forman una especie de riachuelo contínuo que desemboca en un pequeño regolfo de la enorme albufera. Como el agua del mar, por la mucha profundidad de su continente, es más fresca que la del lago, su corriente constituye un poderoso atractivo para los peces de éste, especialmente para el mújol que huye de los puntos calurosos, y en grupos considerables se precipitan en el canal, sin sospechar que entran en una prisión de la que jamás han de salir.

Para obligar á las peces á que concurran á determinados sitios, fórmanse unos anchurones, llamados corrales, con cañas dispuestas tan artificiosamente, que el pez que allí entra queda retenido, si bien quedándole espacio suficiente para vivir con holgura, mientras no se levantan los calados y sobreviene la



asfixia á los inocentes animales, al cerrarse sus branquias para la respiración.

La importancia de tal pesquería es la mayor de cuantas se verifican en todo el lago, y su riqueza ha redundado en beneficio de no pocas empresas formadas en San Javier y en el Pinatar.

Muchas familias de la capital, residentes en aquellos campos durante el estío, acuden á cualquiera de las Encañizadas, atraídas por la fama del *caldero*, ó sea un arroz que sólo saben guisar las manos de aquellos marineros y que compite en realidad con la renombrada *paella* valenciana.

Para saborear el famoso caldero, no siempre al alcance de modestos trabajadores, era para lo que había convidado el tío Mochuelo á los operarios del aceite, y á los amigos y curiosos que en tan dichosos momentos se encontraron en la almazara.

El tío Blas y Vicente, que habían sido los primeros en acudir á la expedición, observaban con minuciosidad cuanto se relacionaba con el tío Mochuelo, pues á pesar de la alegría que les causaba el convite y la que les habían producido los vasitos de aguardiente apurados en la cantina de la Ribera, sus respectivas sospechas habían tomado cuerpo bastante en sus espíritus, para no poder ser desechadas fácilmente.

¡Esplendidez en quien regateaba los céntimos de los jornales y contaba las horas y hasta los minutos de los trabajadores, siempre dispuesto á la justicia con la ley del embudo! ¡Generosidad espontánea en quien veía impasible las miserias del prójimo, avaro desde la niñez, amante del aislamiento, y metido á político á última hora, buscando tras largas meditaciones y repetidos tanteos el partido á que había de pertenecer, y optando por el que conoció que podía ofrecer más ancho campo á sus despóticos instintos!

¿Era una perturbación de su cerebro? ¿Era un cálculo para encubrir propósitos diferentes? ¿Era un arrepentimiento de su pasada conducta, con el propósito firmísimo de variar en absoluto, para ser en adelante un verdadero factor de importancia en la sociedad? ¡Misterios que tal vez no tardarían en descubrirse; pero misterios al fin que les llenaba de ansiedad y zo-



zobra, en la anormal situación en que se encontraban!

Y crecía el bullicio y seguía la algazara, y el tío Blas y Vicente continuaban filosofando á su manera; y á veces, al encontrarse entre el ir y venir de los convidados, se miraban significativamente, leyendo el uno en el otro sus diferentes pensamientos como en un libro que presentara abiertas sus hojas, y cada cual quería ver sin ser visto, como temerosos de dar al traste con su singular filosofía.

---





#### CAPITULO IV.

### *El Caldero*

---

¡Qué gustoso el caldero aquel, embutido de mújol y rociado de tiempo en tiempo con sendos tragos de vino del país! Allí, ante el hermoso panorama del lago y del mar, bajo un extenso toldo que proyectaba agradable sombra, excitábase doblemente el apetito, mientras amenizaba la comida la continua sonata de las olas y murmuraba la brisa cargada de efluvios marinos, en el encanto de un día tibio y apacible, que parecía escogido por la naturaleza para realzar las excelencias del convite.

Hundíanse las cucharas de madera en el dorado arroz que podían comer los mismos ángeles, y gozaban continuamente los paladares en un masticar despacioso y verdaderamente saboreador, según uso y costumbre de los campesinos, que dedican al acto de la comida toda la calma posible que conservan de una manera inalterable.

No había tasa para nada, pues sobraban comestibles, hasta para una porción de agregados que cayeron á última hora, atraídos por la novedad y grandeza de la comilona. Así es que se rellenaban los estómagos poniendo á prueba su elasticidad,



y los vapores del vino subían á las cabezas, soltando de las lenguas todos los frenos habidos y por haber, en una expansión de felicidad que tenía á los circunstantes fuera de sí, como si no hubieran de verse en otro festín semejante.

Desbordábase la alegría de un modo rápido, y con ella el creciente murmullo que aturdía, sin alterarse por ello el natural bondadoso de los comensales, que no tenían por entonces otro pensamiento que el de gozar por completo aquellas horas, como niños grandes entretenidos por juguetes inesperados que llenaban sus deseos y causaban todas sus delicias.

El tío Mochuelo, animándolos y fingiendo que tomaba parte en el bullicio, todo lo observaba escrupulosamente, y se daba por muy contento al ver allí almas sencillas, exentas de rencores y de vicios, como una masa disponible que podía tomar fácilmente la forma que á su egoísmo conviniera, en el momento en que pudiera necesitarla. Pero el ricachón comía poco y bebía menos, á fin de conservar el equilibrio de sus facultades, y guardar siempre las distancias para evitar familiaridades inoportunas. También notaba que Vicente y el tío Blas eran morigerados como él, lo cual, si le alegraba respecto del segundo, no así en cuanto al primero, por ignorar cuáles eran los motivos de tan singular abstinencia.

De esta manera deslizábase alegremente el tiempo y se consumían los comestibles; y cuando ya la comida estaba á punto de terminar, comenzaron á manifestarse diferentes proposiciones sobre lo que habían de hacer luego de engullirse el último bocado, para no aburrirse hasta que llegara el instante de regresar á la Ribera.

Faltábanles armas de fuego, que por imprevisión no llevaron, para haber dado una batida buena á las aves marinas que se veían en tanto número y que parecían burlarse de ellos, acercándose algunas hasta casi tocar la orilla, como si tuvieran certeza de no ser ostigadas, y con hondo pesar de la mayor parte se acordó relegar el asunto para mejor ocasión, ¡Oh! ¡cuánto se hubieran divertido, cazando algunas docenas de patos y gallinetas, para celebrar un segundo festín, tierra adentro, y devolver al anfitrión el convite con que los obsequia-





ba! Pero si la caza no podía ser, había barajas, y se pasaría un rato bueno jugando al *truque* ó al *burro*, si bien en esto las opiniones anduvieron divididas, por no ser todos los comensales partidarios de los náipes.

Discutiase acaloradamente sobre si sería ó no conveniente aceptar esta diversión, cuando el tío Mochuelo, usando de su autoridad, alzóse de su asiento y exclamó:

—Ná de eso, muchachos, ná de eso. Lo mejor, pa que la comida siente bien, es una partía de bolos. Yo regalo dos duros pa el partío que gane.

¡Qué palabras tan arrebatadoras! ¡Vamos, el tío Mochuelo era otro distinto, ó tal vez no lo habían conocido nunca, figurándose de otra manera! ¿Quién sería el osado que se atreviera á decir que aquel hombre era miserable y ruín, desdeñoso y altanero para con sus inferiores? Allí estaban sus actos para desmentir á los que afirmaran lo contrario, y para hacer callar á los que no se ocupan de otra cosa que en abultar los defectos del prójimo. ¿Quién tendría valor para asegurar que no merecía, como premio de sus afanes, la hermosura de la incomparable Rosalía?

Eso, eso era lo que más halagaba al tío Mochuelo y lo que al cabo había logrado oír, aunque buenas pesetas le costaba. Pero ¡dichoso dinero! porque de cualquier manera que se mirara, comparado el dispendio con la adquisición, una garantía de buenas voluntades hacía insignificante el desembolso. Sí, Rosalía era su anhelo, el paraíso que por primera y única vez había soñado sobre la tierra, cuando miraba su juventud tiempo ha terminada, pensando ahora en las dulzuras del vivir, sintiéndose capaz de todo, con la conciencia plena de que valía lo suficiente para medirse con los hombres que tuvieran veinte años menos que él.

Y se pavoneaba orgulloso, con una satisfacción extraordinaria, llegando á mirar con cariño y simpatía á aquellos seres á quienes tantas veces había maltratado con sus mandatos despóticos y sus vejaciones insultantes.

El tío Blas dábbase por satisfecho, demostrando en su cara el júbilo que rebosaba en su corazón. Había descubierto la incóg-



nita que con tanta ansiedad buscaba, y veía con mucho gusto que su amo, no sólo permanecía en su cabal juicio, sino que había dado pruebas de poseer un talento nada común, haciendo que su mala fama desapareciera de repente y de una manera oportuna, para ser sustituida por otra que en el concepto de todas las gentes sensatas lo elevaría á grande altura. Bien sabía él, por lo mismo que conocía al tío Mochuelo que todo cuanto en aquellos momentos sucedía era una comedia bien preparada y á cuya representación y éxito feliz había ayudado la casualidad, subsistiendo siempre el mismo fondo. Alegróse de que la suerte hubiera venido, como en tantas ocasiones, á favorecer la audacia porque queria mucho á su amo, si bien con miras interesadas, por ser él tal vez la única persona que recibiera del ricachón favores singulares. Aquél resultado, tan á su gusto, auguraba otros mayores para en lo porvenir.

—¿Qué dirá ahora Vicente? Aunque güelva Lorenzo, el tío Diego se casará con Rosalía.

También Vicente se daba por satisfecho. Sus sospechas se habían confirmado. El tío Mochuelo, con sus halagos fingidos y su aparente generosidad, acababa de ganarse voluntades que podían servirle de mucho, si Lorenzo, al volver, se atravesaba en su camino como un obstáculo poderoso.

En esto se habían sacado á relucir las bolas y los palitroques, y á continuación se sortearon los dos bandos en que los jugadores habían de dividirse, para disputarse en buena lid el premio ofrecido.

Fueron colocando las estaquitas en la superficie de una extensísima boquera, para medir las fuerzas y el tino de los volteadores de las redondas piezas, y hácia aquel sitio marcharon todos los circunstantes, menos gritadores ya, pero sin que hubiera decrecido su entusiasmo y su alegría.

El tío Blas ya no hacía caso de Vicente. ¿Para qué? Si en aquel ir y venir de las personas solía pasar por su lado, mirábase con sonrisa burlona, y nada más. Pero Vicente aparentaba no hacer caso de tales muestras de ironía, aunque en realidad le mortificaban, y su objeto entonces era no perder de vista, disimuladamente, al tío Blas ni al tío Mochuelo, pues sin saber



por qué, barruntaba que allí quedaba todavía algo oculto é importante, y quería no ser visto por ninguno de los dos, para seguir los pasos del prohombre y penetrar en absoluto sus designios.

Con efecto, mientras los dos bandos de los jugadores y los grupos de acompañantes se aglomeraban á un lado y otro de la boquera, ocultóse Vicente entre varios compañeros que miraban embebecidos la maña ó la suerte de los que tomaban parte en la apuesta, y desde allí observaba atentamente cuanto quería.

El tío Mochuelo púsose á pasear, como distraído, y sacó del bolsillo una cartera de la que extrajo un papel que despaciosamente desdobló, tal vez para consultar algún apunte que necesitaba, tal vez para fingir que era de mucha importancia lo que estaba haciendo y no quería que le estorbase la presencia de ningún curioso.

Alejábase un tanto y volvía al punto de partida, hasta que á la tercera vez, aprovechándose de una depresión del terreno, se ocultó de pronto, y con paso acelerado se alejó en dirección del Mediodía.

No esperaba otra cosa Vicente, y dejándole tomar alguna delantera, echó tras él, procurando buscar las hondonadas y los matorrales para servirse de ellos como de una pantalla, temeroso de que el ricachón le viera, y se quedara entonces burlado en su curiosidad, que Dios sabe cómo podría satisfacer en otra ocasión.

El tío Mochuelo avanzaba con paso más rápido que de costumbre, y anduvo rectamente como cosa de media legua. Cuando llegó á tal distancia, torció de pronto hácia la izquierda y dirigióse al mar que en aquel momento se agitaba fuertemente, levantando su hinchado seno y turbando el silencio con su voz poderosa de titán.

En aquel regolfo del Mediterráneo, en cuyo centro se alza la isla Grosa ó del Estacio como una imponente mole de piedra, rara vez se da una calma completa. Corrientes irresistibles suelen llevar á encallarse á las naves de poco calado, cuando no las estrellan contra la barrera que separa los dos mares, ha-



biéndose dado casos de naufragios de gran consideración, sobre todo de buques extranjeros que desconocen los sitios peligrosos. El renombrado desastre del barco de la «Azúcar» dejó memoria eterna en los fastos provinciales, por los hechos reales y novelescos á que dió márgen con su desdichado fin.

Llegóse el tío Mochuelo á un ribazo donde, entre charcas arenosas, se hallaban como incrustados en la tierra algunos bloques de granito, rodeados de extensos albardinales, y púsose á buscar algo con rapidéz, después de orientarse un momento, y dando señales evidentes de estar atacado de un principio de alienación.

Abría desmesuradamente los ojos, y su boca, contraída como por un acceso de rábia, dejaba escapar suspiros de desaliento, cual si se viera burlado en sus intenciones, moviéndose vertiginosamente al rededor de las enormes peñas, intentando voltearlas y dejando caer los brazos llenos de fatiga.

Observábalo todo Vicente á cierta distancia, agazapado en un repliegue, y á los pocos momentos, lo que le había parecido extraño y misterioso resultábale de una completa claridad, pues vinieron á iluminarle algunos recuerdos que súbitamente acudieron á su memoria, y ya no dudó de la perfecta relación que tenían con lo que presenciaba.

Sí: en aquel mismo sitio y como unos tres años antes, vió el tío Mochuelo, medio enterrada en la arena, una pequeña caja de hierro. Su curiosidad le acercó á ella, y con un poco de trabajo consiguió colocarla en tierra firme, abriéndola á fuerza de golpes que dió con una piedra, apareciendo ante sus ojos una buena cantidad de joyas de inestimable valor.

Aquel precioso hallazgo era sin duda efecto de algún naufragio no recordado por nadie, que debió de tener lugar en fechas nada recientes, pues la oxidación de las tapas de hierro y algunos detalles denunciaban una época algo lejana.

De nada de eso entendía el tío Mochuelo; pero sí sabía una leyenda que corría de boca en boca entre la gente vieja, en la cual leyenda se refería lo siguiente: Una reina mora, de extraordinaria belleza, y adorada por su esposo un rey de Murcia que era á la vez poseedor de riquezas incalculables, bañábase





rodeada de sus esclavas y doncellas en aquella orilla, cuando fué acometida de pronto por unos piratas tunecinos que merodeaban en busca de presas. Como la servidumbre real no tuvo fuerza bastante para defender á su señora de las garras de aquella gente feroz, aprovecharon varias esclavas un momento oportuno que en medio de la confusión y del pánico presentóseles, para esconder debajo de uno de aquellos peñascos las valiosísimas halajas de que se había despojado momentáneamente la reina, librándolas de ese modo de la rapacidad de los piratas.

¿Qué no abulta la imaginación, mayormente si es meridional, cuando se trata de transmitir narraciones de generación en generación? No había nadie que dudara de la existencia de un tesoro bajo aquellas peñas, que no era la primera vez que habían sido removidas por las manos de los ilusos; pero como jamás se encontró allí otra cosa que conchas del mar, no faltó quien dijera que unos espíritus infernales habían trasladado el tesoro á la balsa moruna que se encuentra frente al Cabezo Gordo, promediando la distancia que hay de éste al caserío de San Cayetano.

Añadíase que, según se sabía por ciertos datos que suministró un zahorí que ya murió, aquel tesoro estaba guardado por una serpiente horrible, que permanecería oculta hasta que fuera sangrada del pié izquierdo en aquel sitio una doncella, en cuyo instante, dejando la serpiente su escondrijo, saldría al aire libre para morir, y mostraría descubierto el agujero de su salida, que era precisamente el rastro del punto en que el tesoro se encontraba.

No hay para qué decir que, aunque el tío Mochuelo sabía la segunda parte de la leyenda, sólo creyó en la primera, y dió por cierto que aquella caja que la suerte le había deparado era una parte del tesoro de la Reina mora. Las joyas allí encerradas, vendidas poco á poco y en diferentes poblaciones, hicieron rico de pronto al tío Mochuelo, cosa que sabía muy bien Vicente, por haber llegado á ver la caja rota y algunos brillantes vendidos en una joyería de Cartagena, luego de atar cabos y relacionar frases que le hicieron llegar á la certeza de sus afirmaciones.





Pero lo que estaba viendo ahora era más claro todavía. ¿Y habría ya, ante la evidencia desnuda, quien asegurara en lo sucesivo que era una mentira lo del tesoro oculto, un cuento de viejas ignorantes, cuando allí estaba el tío Mochuelo, afortunado mortal que consiguió apoderarse de algo de aquella colosal riqueza, y que seguía el rastro de lo que ocultaba la tierra en sus entrañas? ¿Y había perdido él el tiempo mofándose del antiguo pescador, burlándose de lo que la tradición relataba y haciendo coro á los que no creían por darse tono de despreocupados é inteligentes? Vamos, la cosa era más formal que lo que parecía, y era preciso cambiar de conducta para en lo sucesivo.

Mientras Vicente murmuraba este monólogo, desesperábase el tío Mochuelo, por no encontrar ningún rastro ni tener fuerzas bastantes para mover algunos bloques adheridos á la tierra como si allí hubieran echado raíces. ¡Si al menos tuviera á su lado un amigo de confianza!

Como si aquel pensamiento se hubiera transmitido al cerebro del acechador por un agente misterioso, el joven, que ya se encontraba profundamente obsesionado por el influjo de lo que pensaba y veía, en una excitación nerviosa saltó del repliegue y voló en dirección del tío Mochuelo, gritando para prevenirle mejor:

—¡Eh, tío Diego! Aquí estoy: aquí tié osté mis fuerzas y to lo que quiera de mí pa ayudarle, que lo mesmo que osté busca voy yo buscando tamién.

El tío Mochuelo alzó la cabeza al escuchar tales voces, y en vez de sentirse desagradablemente sorprendido, alegróse por el contrario, serenándose de pronto como si la presencia inesperada, pero oportuna, del joven lo hubiera vuelto á la plenitud de su razón.

Como leyera indudablemente en el semblante del mancebo la verdad de lo que en aquel instante sentía, dió algunos pasos hácia él, y luego de contemplarle un rato atentamente, dijo:

—Mira, Vicente: por más que yo no quería dar á náide parte de mi secreto, sé que eres un güen muchacho, y creo que puedo fiarme de tí.



—Como si fuera su hijo.

—¿Y tú serás bastante reservao, pa hacer to lo que yo te diga?

—De eso no platique nos, porque he de ser lo mesmo que una piedra, por la cuenta que me trae.

—Pos ascucha entoces: ¿tú no has oido decir que aqui está enterrao el tesoro de la reina mora?

—Dinde mi agüelo vei go oyéndolo contar.

—Pos sepas que es cierto, y te lo puedo asegurar, como si lo estuviera viendo y tocando en este mesmo instante.

—Sí: ya sé que tié osté motivo sobrao pa poder decirlo así, y ¡quién sabe si habrá catao osté ya algo de las cosas güenas que deben de quear toavía por estos parajes!

El tío Mochuelo hizo un mohín de disgusto por la alusión que Vicente acababa de hacer; pero comprendiendo que no debía darse por entendido, prosiguió, como si no tuviera importancia lo que acababa de oír:

—Pos bien: por más reservao que esto sea, me he convencío de que un hombre solo no pué hacer ná en el asunto, y sin duda Dios te ha traído pa que me ayudes. Pero vengamos al caso: como no hay nesecidá de que náide note que nos habemos venío por este lao, y además hoy por hoy ni tú ni yo podríamos hacer ná de importancia, si te paece, lo mejor de tó sería dar media güeita y largarnos á la Encañizá, ande están los amigos, antes que nos echen de menos.

—Lo que osté quiera, tío Diego, y creo que no está mal pensao eso que osté dice; pero ¿cuándo golveremos?

—Atento de eso, ya platicaremos dimpués; pero cuando sea, traeremos angunas herramientas, pa que nos cueste menos trabajo.

—Corriente; pero demasio sabrá osté que estas cosas no son pa dejás por mucho tiempo, porquelo mesmo que nusotros pensamos pué pensarlo otro; y si llegáramos tarde...

—No tengas cudiao, Vicente: estáte muy bien seguro de que llegaremos á tiempo.

—Bien: si tié osté tanta confianza, ya sabrá por qué, y no tengo ná que decir.



—Pos entoces, andando.

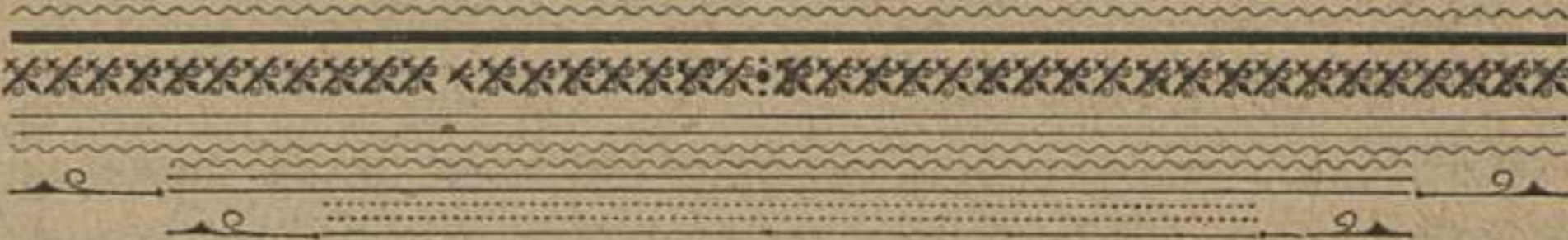
Y diciendo y haciendo, el tío Mochuelo y Vicente, como si fueran dos antiguos camaradas, volvieron á tomar la ruta que habían traído, no sin hablar durante el trayecto acerca del tesoro, llegando á la Encañizada precisamente cuando se estaba terminando la partida de bolos.

—¡Eh, muchachos, á las barcas!—dijo el tío Mochuelo, dando unas palmadas para ser mejor oído.

A las voces del tío Mochuelo, levantó el tío Blas la cabeza, y al ver á su amo en tan buena armonía con Vicente, se quedó con la boca abierta, no acertando á creer en lo que veía. Unicamente se atrevió á decir para sus adentros:

—¿Se habrá güelto loco al cabo este hombre, como me lo estaba figurando?





## CAPITULO V.

### *Proyectos y fiestas*

---

Ya se tenían noticias, tanto en el campo como en el pueblo de la acción generosa del tío Mochuelo, con extrañeza de no poca gente; pero la extrañeza subió de punto á medida que fueron conociéndose detalles y menudencias, y no faltaron algunas docenas de buenas almas que tomaran su defensa con calor, lo cual le creó un bando favorable, con especialidad entre los que pertenecían á la fracción política en que militaba.

Añádase á esto que el jefe del comité provincial habíale recomendado desde Murcia la reorganización del partido y la clasificación del personal, ordenando que el mismísimo alcalde de la villa fuera su segundo, por ser persona que había de arrastrar menos votos en unas elecciones.

Estaba el gobierno para caer, víctima de sus desaciertos. Después de hundir á la nación en una profunda sima, perdida la honra y puesto en ridículo un ejército aguerrido y formidable, había sujetado con cadenas la libertad de los pueblos, aprovechándose de su estupor, para confeccionar el siniestro tratado



de París, en el cual se daba al traste con el último resto de vergüenza de los españoles.

Pero había que preparar la vuelta al poder desde antes de la caída, porque el bando contrario y turnante, hecho girones y venido más tarde al gobierno, había de ser otra calamidad mayor, sin hombres viriles y sin programa definido y estable, por lo cual su vida sería efímera y haría necesaria la vuelta de los que ahora gobernaban, para seguir haciendo de Penelope en el tejer y destejer de una tela inacabable.

Calcúlese por esto hasta dónde llegaría la soberbia del tío Mochuelo, y si se creería un prohombre en todos sentidos.

En uno de aquellos días verificóse la llegada de Lorenzo, el arrogante mozo á quien Rosalía tanto había querido y á quien supusieron muerto durante muchos meses. Venía de aquella guerra cruel é inhumana, tan pobre como antes de marcharse á la manígua, aunque con la riqueza de algunas cruces adquiridas gloriosamente por méritos contraídos en el campo de batalla.

No faltó quien le enterase muy pronto de la veleidad de Rosalía, si bien ya sabía algo por la carta que le escribió Vicente; pero Lorenzo, que había recibido de la experiencia muchas lecciones, encontró muy natural aquella mudanza, por más que el cambio le doliera en lo más íntimo de su sér, por lo mismo que su pasión tenía echadas hondas raíces en su pecho. Razonando en conciencia, vió que por lo menos no debía destruir el bienestar material que á aquella mujer podía proporcionar el dote tan crecido que el tío Mochuelo le ofrecía.

De todos modos, en sus cálculos vislumbró algo que no podía contrastar ó que no debía deshacer por entonces, y prefirió mostrarse filósofo contra sus deseos, reservándose todos sus pensamientos, tal vez para olvidar sus recuerdos amorosos, tal vez para obrar libre y en combinación con las circunstancias.

Así es que, desde el día siguiente de su llegada á la casa de sus padres, dióse á visitar muchachas y á mostrar su natural dicharachero y gracioso, aparentando no acordarse para nada de Rosalía.

Esto inspiró gran confianza al tío Mochuelo, quien sabía





que, con su caciquismo y todo, poco hubiera podido oponer á un buen garrotazo dado por el robusto brazo de Lorenzo; y el ricachón, mitad calculador, mitad agradecido, hasta dió algunos pasos para ver el modo de adquirir la amistad del mancebo. Valióse para ello de la mediación del tío Blas, pretextando éste, por datos de antemano convenidos, las simpatías que al dueño y al colono les inspiraban los que habían arriesgado sus vidas preciosas por salvar el honor de la pátria.

Propúsole al mismo tiempo el arrendamiento de un buen trozo de sus tierras, donde podría labrarse una posición modesto pero desahogada. Mas Lorenzo, acostumbrado ya á otro modo de vivir, rechazó el oficio de labrador. Tenía una pensión vitalicia de cuatro reales diarios, por sus cruces, para formar una pequeña base de su subsistencia, y como además había sido sargento, parecióle que haría mejor papel en aquello que se rozara con la pluma, que en el rudo manejo del arado y del azadón.

Daba la casualidad de que el tío Mochuelo apenas sabía medio leer y medio escribir, y esto con gran trabajo, habiendo tenido que ensayar una firma por espacio de dos meses, y aun así, por lo mala, parecía la de un ministro de la corona; y como sus riquezas eran considerables y cada día íban en aumento, necesitaba de una persona que supiese manejar las letras y los números y que valiera para inspeccionar y aun dirigir los trabajos de agricultura. Parecióle que la ayuda de Lorenzo le vendría como de perlas, y que así lo sujetaría más con el trabajo y el agradecimiento, no siendo de temer en cuanto á sus recuerdos con Rosalía, pues bien á la vista estaba la indiferencia de ambos, como si la acción del tiempo hubiera hecho tabla rasa de aquellos caprichos de la pubertad.

Con efecto, Lorenzo fué nombrado secretario y administrador del tío Mochuelo, y éste pudo al fin respirar á sus anchas, libre para siempre de dudas y temores.

En esto habían llegado las fiestas del patrón de la villa. Los vecinos de San Javier estaban alborozados de júbilo y querían que de aquel año quedaran recuerdos indelebles. La banda provincial de la Misericordia, el mejor pirotécnico de Orihue-



la, el más famoso predicador de Murcia, habían de lucirse allí, sin que faltaran polichinelas, bailes y una gran iluminación en la plaza de las cuatro rotulaciones (1), con verbena en su glorietita que había de adornarse con vistosas banderas, cadenetas y guirnaldas de papel, á más del caprichoso letrero de farolitos de huevo en un balcón de la Casa Consistorial.

El frío era bien poco de temer, pues hasta entonces la estación no era rigurosa, y había seguridad de que resultara todo bien, porque el almanaque no anunciaba lluvias hasta el otro cuarto de luna, y ya sabemos la fé que en los campos se tiene en los pronósticos del almanaque y en las sapientísimas enseñanzas de «El lunario perpétuo» de Cortés.

Para que Rosalía se luciera en los bailes y en los paseos, el tío Mochuelo le había regalado no pocas joyas y valiosas prendas de vestir, porque hay que hacer constar que, aun cuando al ricachón le dolía bastante el tener que aflojar su bolsillo, quería no obstante halagar la cada día más creciente vanidad de su prometida, para acostumbrarla á lucir galas que nadie pudiera costear, asegurando de este modo su presa, enredada en mallas de oro como en una tela de araña.

En la tarde de la antevíspera del santo, dióse el primer baile en la puerta del Ayuntamiento.

Desde una hora antes, acudían gentes de todas clases y sexos, llenando la espaciosa plaza y formando un ancho corro junto á la glorieta, al rededor de varias filas de sillas que se apresuraron á ocupar multitud de espectadores. Confundíanse muchas agraciadas señoritas del pueblo con infinidad de campesinas ataviadas lujosamente, que parecían haber acudido para lucir su clásica belleza, y embutíanse en los balcones de las casas multitud de personas ávidas de presenciar un espectáculo que resultaba siempre nuevo, á pesar de su considerable antigüedad.

---

(1) La única plaza de San Javier, un tanto irregular, pero espaciosa, tiene los rótulos siguientes:—De la Constitución — De Don Eduardo Riquelme.—De Don Diego Gonzalez Conde.—De Don Antonio García Alix.



El tío Mochuelo, grave, tieso, como persona de gran valer, vestido con el traje de los días festivos y acicalado de la mejor manera que sabía, ocupaba con el alcalde el balcón central de la casa del pueblo, y de vez en cuando se levantaba con impaciencia y miraba á una de las calles que desembocan en la plaza.

Templábanse las guitarras y bandurrias, y se oía de tiempo en tiempo algún carrasclás de postizas, escapándose, entre el murmullo de las conversaciones, voces que pedían la señal para que el baile comenzara. La autoridad de la villa permanecía sorda ante tales exigencias, porque sometida en un todo á la superioridad del tío Mochuelo, esperaba que éste, con quien conversaba sobre política, le diera su aquiescencia para satisfacer los deseos de la impaciente multitud.

De pronto, un murmullo prolongado que exhalaban en uno de los lados del corro, hizo que se fijaran las preciosas atenciones del alcalde y del tío Mochuelo, cortando un párrafo substancioso que trataba nada menos que de un arreglo patriótico que acaso, de llevarlo á efecto, hubiera podido regenerar la suerte de la nación española. Era que acababa de presentarse Rosalía, vestida como una reina y hermosa como el sueño de un artista.

Por capricho del tío Mochuelo, vestía el antiguo y típico traje del país, reservado sólo y como nota de lujo para las solemnidades populares, lo mismo que acontece en Murcia, donde únicamente lo lucen algunas señoritas en ciertas noches de la fèria ó en los bailes de Carnaval que se verifican en los salones de su incomparable Casino.

Inútil es decir que el alcalde dió entonces la deseada señal, y los tocadores de guitarras y bandurrias comenzaron á ejecutar la malagueña, que es el baile universal en toda la región murciana.

¿Y quién le quitaba á Rosalía el derecho de bailar la primera, si estaban los muchachos deshaciéndose de gozo y deseando tenerla un momento delante de sí, para apreciar de cerca la belleza de su cara, los contornos de su talle y el movimiento gracioso de su cuerpo?



Hallábase allí Vicente, y queriendo dar al tío Mochuelo una prueba de deferencia, se abrió paso por entre el apretado corro, acercándose al sitio donde la garrida moza se encontraba. Alzó el sombrero, y sin esperar respuesta, se plantó en el centro del despejado círculo.

Levantóse Rosalía y comenzó á colocarse las postizas en los pulgares de sus manos, mientras avanzaba despaciosamente, moviendo su finísimo refajo de grana con graciosas ondulaciones, mientras descubría un pie elegantemente calzado que apenas parecía pisar el terroso suelo sobre que se fijaba. A poco, comenzó el baile.

Prodigábanle unos y otros exclamaciones flamencas y frases jaleadoras, y á cada muestra de entusiasmo, irradiaban fuego aquellos ojos negríssimos y animábanse más y más aquellas facciones delicadas y dulces. El busto escultural, agitándose bajo el riquísimo mantón de Manila, se cimbreaba orgulloso de sí mismo, como la palma arrogante que mueve con gallardía las enarcadas ramas de su copa. Lucía la joven hermosos brillantes que despedían fulgores irisados al mover la cabeza, la garganta y los dedos, y toda su persona, en fin, por su mérito natural y por el atavío que la realzaba, tenía como embobados á los espectadores que no apartaban de ella los ojos un momento. ¡Diablo de tío Mochuelo, y cómo había sabido con sus cuartos hacerse querer de la mejor moza que había en la extensión de aquellos campos!

Y preguntaban unos:

—¿Qué hace Lorenzo que no se derrite por su antigua novia? ¡Vaya un chasco para todos!

—¡Y ahora salimos con que es amigo del viejo, como si le importara más el bolsillo de él que la hermosura de ella!

Y añadían otros:

—¡Y nusotros que esperábamos que se armara la de Dios es Cristo!

—¡Vaya una borregá de hombre fachendoso! Merece que se la haigan quitao.

—Y contestaban algunos:

—Hace bien: la Rosalía no pué ser ya ná más que de un ri-



co. ¡Al cabo que la muchacha no nesecita dinero pa mantener sus fantesías!

Como se vé, cada cual juzgaba de una manera distinta, y según bajo el punto de vista que miraba la situación, lo cual prueba que no hay verdadero criterio cuando se trata de analizar las cosas, ateniéndose únicamente á la superficie de ellas.

Lorenzo estaba allí también, mirando como cualquier otro curioso del montón, apoyado en el pedestal de un farol de la glorieta; pero aparentaba indiferencia, aunque observaba y veía bien todo lo que pasaba. Sólo Vicente, que tenía gran interés en que á su perspicacia se le escaparan pocas cosas, vió más de una vez cruzarse miradas interesadas entre Rosalía y Lorenzo; pero miradas que se apagaban súbitamente con la misma rapidéz con que se encendían.

—¡Se quieren! ¡Se quieren!—murmuraba;—pero hay que ocultarse de tó el mundo. Hacen bien: quizá sea eso lo mejor pa unos y pa otros.

Y disimulaba y seguía bailando, permitiéndose sólo una galantería al terminar la última copla:

—¡Vaya un hermoso ramillete con que va á adornar su casa el tío Diego Conesa!

Sentóse Rosalía en otro sitio de preferencia, y el tío Mochuelo, desde el balcón se pavoneaba orgulloso, contemplándola de hito en hito, con el deseo de que es capaz una vejez en toda la virginidad de sus pasiones.

Nuevas parejas siguieron en el baile á la anterior, luciendo sus habilidades y sus gracias las mozas de la villa y del campo, comenzando á deshacerse el corro cuando se acentuó el crepúsculo, no sin dejar una satisfacción verdadera en el ánimo de los concurrentes.

¡Qué buena tarde se había pasado, y qué principio tan completo habían tenido las fiestas! Por la concurrencia, por el orden y por lo que agradó el baile, los espectadores estaban contentísimos, y se hacían lenguas hasta de los detalles más pequeños, ensalzando sobre todo la parte que á Rosalía tocaba, como la nota dominante de aquel número. Cuando llegara la noche, tocaría la banda de música, y la glorieta y la plaza s



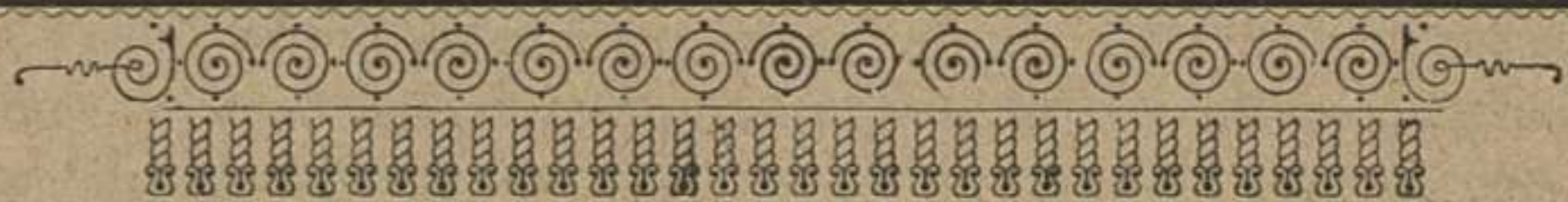
verían aún más concurridas, contemplando todos la vistosa iluminación y oyendo las armonías de los hospicianos, con su precisión metronómica y su variado y extenso repertorio.

El tío Mochuelo, satisfecho tanto de su conversación con el alcalde sobre la marcha futura de la política como del espectáculo que le había ofrecido el primer número de los festejos, despidióse de su interlocutor y bajó á la calle para acompañar á su prometida que, rodeada de su madre y de unas amigas, se preparaba para retirarse á su casa.

Vicente se escabulló entre la muchedumbre y se unió á su amigo Lorenzo, el cual, apoyado todavía en el pedestal del farol, seguía contemplando á la gente con la inmovilidad de una estatua.

Cuando la plaza se quedó casi desierta, tomóle del brazo, y echando á andar por la calle más próxima á la carretera, ambos amigos fueron trazando un programa para divertirse aquella noche.





## CAPITULO VI

### *Preparativos*

---

Satisfechos estaban, de verdad, los habitantes de la villa.

Los festejos habían superado las esperanzas de todos, eclipsando á los más célebres de los años anteriores, y durante tres días fueron las horas un goce continuado, un delirio llevado á la realidad, como si aquel período hubiera sido el anhelado premio que bien merecían las familias trabajadora, pegadas al terruño y amarradas á los artes de la pesca durante todo un año de fatigas.

¡Qué verbenas tan concurridas y alegres! ¡Qué sermonazo aquel del señor canónigo de Murcia, subido al púlpito de la amplia iglesia, con su muceta encarnada, sobre el manto negro y el roquete de transparente blancura! ¡Qué adorno el de aquel altar Mayor, hecho un áscua de luces y un jardín de flores, todo presentado con gusto exquisito, como merecía el santo titular!

¿Y la banda de Murcia, compuesta de niños y disputada por los generosos vecinos para ver quién albergaba mayor número de pequeños artistas? ¿Y el castillo de fuegos artificiales, con



sus ruedas brillantísimas de juegos caprichosos, formando estrellas, cascadas y ramilletes, como una fantasía de «Las mil y una noches» realizada en los misteriosos velos de una densa obscuridad? ¿Y aquellos estrepitosos roncadores, en número de más de dos docenas, soltados en honra y gloria del santo, del alcalde, del señor cura, del juez municipal, y hasta de don Diego Conesa, como ya comenzaba á llamarse en público el tío Mochuelo?

Y no digamos nada de la procesión tan animada como vistosa, ni de la compañía de titiriteros, que utilizaron un corral de ganado para dar excogidas funciones y lucir sus proezas, ni tampoco de los eternos polichinelas Cristóbal y Rosita, dándose garrotazos y pronunciando interjecciones nada cultas, asomando por el borde de un paño negro, en la rinconada de un ángulo de aquella plaza, cuyo nombre verdadero ignoran hasta los viejos del país.

Pero todo pasó rápidamente, y así como viene la calma á continuación de la tempestad, llegó el período de la vida ordinaria y tranquila, contrastando con la alegre agitación de los festejos, y ya tenemos á nuestros personajes desenvolviendo las escenas de su vida en la comedia que la Providencia les habia ordenado representar.

El tío Mochuelo, á pesar de lo importante que iba haciéndose, volvió á regatear jornales y á mostrarse desabrido y exigente para con sus inferiores, no permitiéndose, por excepción, otras satisfacciones que algunas conferencias de cierta intimidad con Vicente, pero fuera del alcance de ojos y oídos humanos, á fin de no dejar traslucir sus pensamientos y poder estudiar un plan que les permitiera buscar fácilmente aquel tesoro, cuya existencia estaba fuera de toda duda. En una de aquellas misteriosas conferencias quedó convenido en que se debía de adjudicar al mozo un tercio de cuanto se encontrara, según palabra de rey que dió el ricachón, amén de un beso al puñado de cruces que formó al juntar los dedos de sus manos bien apretadas.

Sin embargo, aquella busca había de aplazarse un tanto, porque el tío Mochuelo andaba muy preocupado con los prepa-



rativos de su boda, y Rosalía era el primer tesoro que quería obtener en sus ambiciones, por lo mismo que estaba más á la vista que el otro y podía ser más codiciado.

Lorenzo iba todos los días á la casa de su principal, sin dejar traslucir el menor disgusto, y allí escribía cartas particulares, anotaba cuentas, recibía intereses de los préstamos, preparaba negocios de aceite, dinero ó grano, y dirigía circulares á los políticos, para los altos fines patrióticos que habían de regenerar muy pronto, en opinión de aquellos grandes estadistas, á la desdichada nación española.

Algunas veces giraba visitas á los arrendatarios de las barcas, resolvía asuntos agrícolas é inspeccionaba la marcha de las cosechas, para probar que sabía cumplir sus obligaciones con toda la eficacia de un laborioso dependiente.

En una palabra: demostraba ser un administrador tan honrado como entendido en los asuntos que manejaba; y hasta en más de una ocasión manifestó deseos de introducir algunas modificaciones en los procedimientos del cultivo, con arreglo á lo que estudiaba en revistas especiales que leía con avidez, sosteniendo admirables teorías para el mejor desarrollo de la agricultura.

Con respecto á la parte personal de sus antiguos amores, no sólo no se había permitido cruzar con Rosalía nada más que saludos ó algunas palabras indiferentes, sino que hasta manifestó comenzar á enamorarse de la hija de un labrador vecino suyo, muchacha de regulares prendas físicas, y calificada de hacendosa por cuantos la conocían desde sus primeros años.

El tío Mochuelo estaba loco de contento con tal adquisición. La conducta de Lorenzo y sus dotes especiales para entender de todo y resolver hasta los asuntos más difíciles, le encantaban; y como el ricachón, completamente confiado, dejara traslucir todos sus sentimientos, el nuevo administrador deslizábase mañosamente en sus entrañas, y fué poco á poco apoderándose de aquella voluntad débil hasta dominarla por completo.

Unicamente el tío Blas compadecía á su amo, porque creía ver en la conducta de Lorenzo algo de doblez y un tanto de hipocresía. Temeroso de perder las consideraciones que le



guardaba el tío Mochuelo, y envidioso de la privanza de aquél á quien llamaba intruso, figurábase ver allí algo que no podía calificar, algo de forma intachable pero de fondo obscuro que le hacía mover la cabeza con aire de duda.

Aquello le irritaba en ocasiones y hasta le ponía fuera de sí, y en su falta de raciocinio y sobra de exaltación y malicia, culpábase por haber intervenido tan eficazmente para crear unas relaciones amistosas de tal índole entre su principal y Lorenzo, relaciones que pudieran traerle algún día consecuencias desagradables.

Pero luego, cuando pasaba su disgusto; después de haberse desahogado á solas ó en el seno de su familia, reflexionaba y se encogía de hombros, y la frialdad le hacía razonar de otra manera. ¿Qué le iba ni le venía con aquello que del todo no le gustaba? Mientras la cosa fuera bien y las voluntades anduvieran unidas ¿qué le importaba que Lorenzo tuviera formado su plan para con el tío Mochuelo, y que los que se quisieron tanto á la vista de todo el mundo siguieran queriéndose de *oeultis* y á cencerros tapados?

Un día el tío Mochuelo salió á pasear con el administrador, tomando por motivo la inspección de un olivar. Tenía que decirle algo de importancia, y quería que su pensamiento apareciera como una idea del momento. Cuando ya habían recorrido algunos trozos, llegando al fondo de la arboleda, paróse de pronto, y dándose una palmada en la frente, exclamó:

—*Me se* ocurre una cosa.

—Usted dirá, tío Diego,—contestó Lorenzo, parándose también.

—Pos *me se* ocurre que, como voy á tomar estao pronto, quisiera hacer en poco tiempo lo que dista ahora no me había venío á la imaginación.

—Veamos lo que usted piensa.

—Pos *me se* ocurre hacer una casa tan hermosa como un palacio, con jardín y con toas las comodidades y anchuras que sean posibles; y tú que habrás visto por esos mundos munchas cosas, te vas á encargar de tó, sin consultarme ná, y elegirás á tu gusto el sitio, la distribución de habitaciones y los muebles.





Esta prueba de confianza fué bien correspondida por parte de Lorenzo. Un enorme caserón que existía en una finca del tío Mochuelo, situada entre la villa y el lago, comenzó á transformarse con rapidez. Trajéronse operarios de diferentes puntos y se arreglaron las bodegas, los graneros y todos los departamentos que correspondían á la labranza, con no pocas habitaciones para las dependencias, sin olvidar un buen despacho que había de utilizar Lorenzo para sí.

Añadiéronse dos cuerpos á un costado del transformado caserón, y allí se formaron piezas, decoradas con bastante lujo, colocando en ellas rico mobiliario de los mejores almacenes de la provincia. El edificio quedó rodeado de un extenso jardín, el cual á su vez estaba encerrado en una verja de hierro, para seguridad y hermosteamiento de cuanto contenía. ¿Qué más se le podía pedir al activo é inteligente administrador del tío Mochuelo?

Acababa de pasar la pascua y se había llegado al centro del invierno, sin que los fríos fueran muy notables. En ciertos días, apenas si las mantas y bufandas hacían otro papel que el preventivo, porque así lo requería la costumbre.

Como los almendros comenzaban entonces á cuajarse de flor, y eran innumerables los que rodeaban la futura vivienda del tío Mochuelo, presentaba aquel trozo de campiña un golpe de vista encantador; y por eso, cada vez que el ricachón iba á inspeccionar los rápidos avances de las obras, caíasele la baba de entusiasmo, al contemplar erguirse el elegante edificio en medio de aquel bosque floreciente, y se recreaba extasiado ante el verdor y los vivos colores de su jardín, cuyas plantas se habían traído de Valencia y de Murcia casi en su completo desarrollo.

Sí, sí, ¿para qué quería él el dinero sino para disfrutar de toda suerte de comodidades? ¡Y qué bien dispuesto estaba todo! Salas, gabinetes, dormitorios, comedor, vestíbulos, cuanto puede apetecer la comodidad, tenía allí en el centro de un verdadero ramillete de flores. Aquello era gusto: aquello era entenderlo, y no parecía sino que el cielo mismo le había deparado un administrador que sabía y entendía de todo, con un



instinto maravilloso para acertar y complacerle, y que hasta en la política daba opiniones y consejos que luego resultaban de un efecto sorprendente. Entonces fijó ya el día para su casamiento.

Quería una fecha saliente, un día festivo que celebrara la Iglesia con cierta solemnidad, y parecióle oportuno el de la Purificación de la Santísima Virgen, cuando florece el romero y parece que la naturaleza se prepara en aquella zona á vestir sus galas primaverales, con anticipación á otras regiones todavía aletargadas por los fríos del invierno.

No fué menester que el tío Mochuelo repitiera la fecha de su futuro enlace, para que la noticia se difundiera con la rapidez de la electricidad por el pueblo y por todo el campo.

En las pequeñas localidades, como las ocupaciones no son muchas y los asuntos de entretenimiento ó de diversión escasean, necesitan las imaginaciones, para pasto de su comidilla, cualquier cosa por insignificante que sea, y en el momento en que se les presenta, se lanzan á devorarla con avidez, no sin un análisis minucioso para sacarle todo el jugo que contiene por completo, en una delectación que absorbe por largo tiempo sus sentidos.

Cuando las imaginaciones no encuentran con qué rellenar las pesadas horas del dulce no hacer nada, inventán lo primero que se les antoja, aunque padezca en ello la honra del prójimo; y de un detalle, de una presunción, de una insignificancia, sacan relatos, y ruedan calumnias, á veces de funestos resultados, llegando las gentes á adquirir tal perspicacia y agudeza en una continua gimnasia de sutilidades, que aventajan en penetración á los habitantes de las grandes poblaciones, acostumbrados estos, por educación y por el medio ambiente en que viven, á despreciar las pequeñeces.

¿Cómo había de ser indiferente la noticia de aquel casamiento, cuando estaban sobre él fijas todas las atenciones, desde que Lorenzo se encontraba en la localidad?

Ello es que se examinó con escrupulosidad en las tertulias, y se comentó en el seno de las familias; y con el examen y los comentarios y alguna intención poco santa, surgieron cábalas,



y de deducción en deducción se dieron por ciertos y como en presente sucesos de mera posibilidad futura. Entonces se recordaron las palabras de Vicente en la almazara, asegurando que el tío Mochuelo no se casaría con aquella mujer, y ya estaba allí Lorenzo, el esforzado mozo, encanto de las muchachas, terror de los mancebos, por su arrogante presencia y sus fuerzas de gigante, capaz de hacer retroceder á palos á media docena de los que en el pueblo pasaban por valientes.

Interrogaban á Vicente, para ver si podían sacar partido de sus palabras; pero Vicente respondía á todo con ingenuidad, diciendo que no sabía explicar la mudanza de su amigo ni su resignación á verse suplantado, cuando se esperaba de él algo que causara honda sensación en la villa. Por supuesto, reservábase, en gracia de la buena amistad, lo que había observado en el baile acerca de las miradas que se cruzaron entre Lorenzo y Rosalía, pues no creía tener derecho para revelar un secreto cuya publicidad pudiera envolver alguna desgracia.

Como las opiniones nunca andan unánimes, los que tomaban parte en estas discusiones pueriles, se dividieron en mochuelistas y lorencistas, según las simpatías ó repugnancias que les inspiraban los personajes en cuestión, y encadenando atrevimientos y malas intenciones, comenzaron á correr rumores no muy favorables al honor de Rosalía, en el afán de inventar calumnias para hacer triunfar á viva fuerza los propósitos de cada cual.

Una noche hallábase Lorenzo en el café de la villa jugando al *dominó* con Vicente y varios amigos. A poco de comenzarse uno de los juegos, entraron varios mozos y sentáronse en una mesa contigua, donde, después de charlar un rato sobre asuntos de labranza, pidieron unas copas de anís, engolfándose luego en el asunto del día, sin haberse apercebido de que pudiera oírles una persona interesada.

Como Lorenzo tenía noticias completas de cuanto en el pueblo se hablaba, dejó de prestar atención al juego en cuanto llegaron á su oído algunas palabras de bien marcada significación, de sus vecinos. En la perturbación que aquello le produjo, cambió una ficha y cerró la salida á su compañero que esta



ba á punto de hacer *capicúa*, lo cual disgustó á Vicente que se vió doblemente perjudicado.

Aguantó Lorenzo con sonrisa forzada la rechifla que le valió su torpeza, y procedióse á otra partida, previo abono de una moneda de diez céntimos. Después de mezclar las fichas y de elegir cada cual las que quiso, salió el que estaba de mano, y todos observaron con extrañeza que había pasado más de un minuto, y Lorenzo seguía ordenando despaciosamente las suyas, con la vista sin fijeza, como el que está abstraído, teniendo la imaginación puesta en otro punto.

Es que atendía á la calumniosa conversación de sus vecinos, y aguzaba sus oídos para no perder el menor detalle, sintiendo que al martilleo continuo de aquellas palabras groseras, la sangre se le agolpaba al cerebro en una rápida corriente que á borbotones le subía desde el corazón, nublandole la vista y perturbándole hasta el punto de figurársele que todos los objetos del café daban vueltas á su alrededor en una danza infernal.

Como en aquel momento saliera de los labios de uno de los parlanchines el nombre de Rosalía, sin la completa pureza que Lorenzo deseara, una vibración nerviosa estremeció todo su cuerpo, y á su impulso, levantóse súbitamente, dejando atónitos á sus compañeros que estaban bien ajenos de cuánto pasaba en lo interior de su amigo. Ligeramente como el rayo, precipitóse sobre el vecino que con tan poco respeto hablaba, y alzando su diestra como una maza, hízole con ella en la cara tal caricia, que oyóse en toda la habitación un sonido semejante al choque violento de dos tablas, y á poco un hilito de sangre comenzó á salir de la boca del agredido.

Hubo un momento de espectación, por suspenderse de pronto las conversaciones ante el extraño ruido, y luego, como si todos los circunstantes sintieran el mismo impulso, agolpóse junto á la mesa de los charlatanes cuanta gente se encontraba en el local, para intervenir en el desagradable incidente, separando algunos, con gran trabajo á Lorenzo, y llevándose al otro, en bastante mal estado, fuera de la sala del café.

Todo esto aconteció en instantes brevísimos, pero bastantes



para alborotar con murmullos y rumores de coraje que llegaron hasta las casas vecinas, atrayendo gran número de curiosos á la puerta del establecimiento. Sin embargo, con la misma rapidez se cortó una riña, cuyas consecuencias sería difícil de calcular, si no hubieran acudido tan pronto á mediar entre los contendientes.

Grande fué la impresión que en el pueblo produjo la noticia, y con igual facilidad con que se terminó el conflicto, atajóse también el camino que seguía la bola de nieve de la calumnia. Pero como la comidilla de las imaginaciones no podía faltar de ningua manera, al echar de menos la que quedó destruida por la oportunidad de una buena bofetada, fué sustituida ventajosamente por la que produjo la escena del café, llegando á tal punto su abultamiento, que á los pocos días resultaba poco menos que una batalla campal.

---









## CAPITULO VII

### *La Escarda*

---

A pesar de los sucesos referidos, seguían los comentarios acerca de la extrañeza que causaba á todos la indiferencia ó frialdad de Lorenzo para con Rosalía.

Un pueblo entero había sido testigo de sus amores, amores nacidos casi desde la niñez, amores hondos, de raíces profundas y añejas, y no se explicaban su resignación tranquila y hasta su completa conformidad, al ver ocupado el puesto suyo por otra persona que parecía estar fuera del cuadro por la diferencia de edades tan marcada.

¿Existía allí algún problema cuya solución sólo había de verse andando el tiempo, ó es que Lorenzo había perdido su corazón, cual si la ausencia prolongada hubiera caído como un inmenso manto de nieve para apagar el fuego ardoroso de sus sentimientos, helando hasta el último resto de sus cenizas?

Pero los comentaristas, para un golpe en el clavo, daban ciento en la herradura, y no atinaban con la causa verdadera de aquel cambio, porque no podían penetrar en las interioridades de un pecho que su dueño había sabido cerrar tan diestra-



mente para martirio perpétuo de los indiscretos y habladores.

Era una verdad que, cuando Lorenzo partió para la guerra, estaba perdidamente enamorado de Rosalía, cifrando en ella todas sus ilusiones que vino á destruir el mandato despótico de la ley. También era una verdad, que, una vez en las ensangrentadas campiñas de Cuba, aprovechaba cuantas ocasiones tenía para escribir á su amada, y en aquellas cartas, no exentas de defectos, pero tendiendo siempre á un aumento de corrección, vertía á raudales la pasión que le enloquecía y que parecía aumentar en proporción de la distancia y del tiempo.

Pero cuando transcurrieron algunos meses, las cartas comenzaron á hacerse más breves en su contenido y más dilatadas en sus fechas, siendo todo ello consecuencia natural de una lucha tan llena de accidentes y donde la vida corría infinitos riesgos por la irregularidad y violencia de las operaciones.

De pronto Lorenzo dejó de escribir, lo que apenó hondamente á Rosalía que no auguró bien de aquel dilatado silencio. Y con efecto, cuando ya á todos llamaba la atención la falta prolongada de la correspondencia, leyóse por aquellos días en todos los periódicos el fin desastroso del temible Maceo, cuya noticia dió origen en España á manifestaciones populares que, por la estupidez é inoportunidad de su forma, parecían la elevación á la apoteosis del famoso cabecilla.

En aquel trance Lorenzo recibió una herida de importancia, y la causa de aparecer su nombre en la lista de los muertos, fué por haber caído prisionero de los rebeldes, siendo transportado con otro compañero suyo al fondo de la manígua, y entregados ambos para su curación á unos negros crueles que los martirizaban á la vez que cuidaban de sus heridas.

Después de sufrir grandes fatigas y privaciones por espacio de más de dos meses, ambos españoles fueron condenados al machete, por haberse negado con energía á ingresar en las partidas de los insurrectos, no admitiendo las proposiciones que se les hacía y que hubieran sido bastante halagüeñas para corazones ambiciosos; pero la sentencia no pudo ejecutarse, porque la Providencia veló en aquel instante por sus vidas.



Al ir á ser atados para la ejecución, oyéronse muy de cerca varios disparos de una columna de leales que sorprendían las guaridas de los infames sublevados; y como estos, en la necesidad de defenderse sin atender á otras cosas, corrieron inmediatamente á empuñar las armas, Lorenzo y su compañero supieron aprovecharse de aquel momento de confusión para salvar sus vidas.

Con efecto, comprendiendo que con la osadía, el valor y la rapidez de obrar conseguirían su propósito, arrojáronse denodados sobre los dos centinelas que habían quedado allí para su custodia, desarmándolos y apoderándose cada uno de su machete. Una vez en sus manos el arma terrible, lanzáronse desesperados, á la carrera, sobre el grupo de enemigos que iba á emboscarse en la espesura de unos dilatados matorrales, dejando á varios de ellos tendidos en el campo y corriendo luego en la dirección que les marcaban las detonaciones que seguían en aumento.

Desde entónces fuele imposible á Lorenzo escribir una carta para nadie; y como en breve sobrevino la guerra inícuca en que nos precipitó violentamente la soberbia del coloso americano, se cortaron las comunicaciones con la madre patria, y el mar que separa los dos continentes, fué para el pobre soldado una muralla de granito, perdiendo para siempre las esperanzas de una ligera comunicación.

A pesar de estas desgracias, el recuerdo de Rosalía continuaba vivo en el corazón de Lorenzo. Todas las noches, antes de entregarse al descanso del sueño, besaba el bendito escapulario que ella le dió al partir; y en aquel beso que tenía tanto de religioso como de profano, no sólo reverenciaba con profundo respeto la imagen veneranda de la Santísima Virgen, sino que renovaba el tierno cariño que le inspiraba la prenda sagrada de sus afecciones, cuya imagen parecía llevar esculpida, con buril de fuego, en el fondo de sus entrañas. Al contacto de las comprimidas telas, sentía acudir á su mente un mundo de amor, como si quemaran sus labios ardorosos los perfumes tibios que se exhalaban de aquella idolatrada reliquia guardada constantemente junto á su corazón.





Pero terminó la guerra, y después de aquellas concesiones indignas que hicieron enrojecer de vergüenza en sus tumbas á los restos de los antiguos capitanes españoles, comenzó á repatriarse el ejército, vencido antes de pelear y denigrado sin derrotas, y tocó á Lorenzo la suerte de regresar en uno de los primeros viajes.

Como ya estaban restablecidas las comunicaciones, el soldado escribió á Vicente en el primer correo, interesando de su amigo que le contestara pronto relatándole cuanto en sus parajes sucedía, y Vicente le envió otra carta en el inmediato correo, satisfaciendo aquellos deseos tan naturales en quien se encontraba tanto tiempo ausente de la patria querida.

Cuando Lorenzo se enteró de la historia de Rosalía, sintió primero un estupor que casi le hizo perder la conciencia de sí propio, y luego un dolor inmenso que le llegó á lo más profundo de su sér. Pero cuando la pena disipósele un tanto, no culpó á la joven, porque las desgracias le habían hecho reflexivo, y se penetró completamente de la realidad de las cosas, juzgando sin apasionamientos. En su consecuencia, tomó una determinación que fué la que todos con extrañeza le vieron seguir, haciendo esfuerzos soberanos para dominarse y para adaptarse al tiempo y á las circunstancias.

Sólo Rosalía conoció la verdad. Sólo ella, con ésa penetración singular que suelen poseer las mujeres de talento, comprendió, desde el primer instante, la lucha interna y horrorosa que desgarraba el corazón de Lorenzo. Vió que el amor de su antiguo novio seguía tan intenso y fuerte como antes de la partida; y aunque sintió renacer algo del suyo con ciertas llamara-das de aquellos primitivos ardores que en otro tiempo exaltaron su imaginación, conoció que ya era tarde para desandar el camino que venía recorriendo. No: no era tiempo, ni se presentaba ninguna oportunidad para romper sus nuevas relaciones, y ya estaba comprometida demasiado para cambiar de situación, sin un escándalo que habría de traer seguramente resultados muy funestos.

Además, recordaba los apuros y estrecheces que había pasado desde la muerte de su padre, acaecida á los pocos días de la



partida de Lorenzo, las situaciones angustiosas á que se vió abocada por falta de recursos, teniendo que recurrir á trabajos rudos, á los que no estaba acostumbrada, para proporcionarse un mezquino sustento que no bastaba á sostener su salud. Luego comparaba tan aciagas horas con la abundancia de medios que llenaban ahora su hogar, á partir desde la fecha en que el tío Mochuelo aspiraba á la posesión de su mano. Por último, atendió al risueño porvenir que la suerte le ofrecía con la base de un dote muy considerable, y se resignó á seguir el camino empezado y al que le empujaba su propio destino, si bien, como Lorenzo, dejó que ciertos puntos oscuros que súbitamente aparecían, fueran también resueltos por el tiempo y por las circunstancias.

La noticia de la escena del café llegó al día siguiente á oídos del tío Mochuelo, con el motivo que la produjo, y desde aquel instante la figura de Lorenzo creció como un coloso á los ojos del ricachón, y una nueva dosis de simpatías se le coló entrañas adentro, con lo cual el ex sargento de Cuba aseguró para siempre la firmeza de su posición.

En esto llegó la época de la escarda. Se había equivocado el almanaque y no llovía, y la prolongación del buen tiempo permitía llevar á efecto con facilidad aquella operación consistente en limpiar los sembrados, arrancando la hierba que crece arrogante junto á los mismos cereales, chupándoles la sávia é impidiendo su desarrollo.

Poblaban el campo multitud de cuadrillas de escardadores, recorriendo de un extremo á otro los verdes cuadrantes de tierra, al compás de cantares alegres que amenizaban las horas y endulzaban las rudas faenas, mezclándose de acá para allá hombres y mujeres en una fraternidad apacible y encantadora, sin temor á las frías marchas del amanecer ni á la pesadez y tenacidad de los rayos solares en el centro del día.

El tío Blas quiso buscar operarios; pero Lorenzo deseó dar una prueba de diligente, excogiéndolos él, y con efecto, averiguó quiénes eran los que tenían fama de buenos trabajadores y los contrató con ciertas ventajas para su principal, proponiéndose no perderlos un instante de vista, á fin de que la escarda



se hiciera á su satisfacción y con la mayor brevedad posible.

Para amenizarles el trabajo, les hacía creer que su presencia allí era la de un compañero y no la de un fiscal, y les refería, cuando la oportunidad se presentaba, episodios de la guerra de Cuba, con las crueldades de los insurrectos y las hipócritas perfidias de los norte-americanos, infundiéndoles sentimientos patrióticos á la vez que indignación profunda contra los malos Gobiernos, causa única de nuestros males y de nuestra perdición.

El probó que se pudo impedir y repeier el desembarco de los *yankées*; él demostró que se les pudo haber derrotado completamente en tierra, bastando y aun sobrando para ello con una nota de energía, á pesar de todas las imprevisiones que, por nuestra parte, fueron las únicas armas que jugaron en la guerra. Con lenguaje sencillo y de mediana corrección, pero lleno de muy buen sentido, hizo ver, que, así como la energía y grandeza de Napoleón se dejaban sentir hasta en el último recluta de sus ejércitos, aunque se encontrara á centenares de leguas de distancia, así la debilidad é ineptitud de cuantos componían el Gobierno español habían repercutido en todos los organismos políticos y militares, y bien á la vista estaba el resultado espantoso de la inaguantable y asquerosa politiquería, convertida desde hacía tanto tiempo en ciencia del Estado

Enardecíanse los trabajadores con aquellos relatos y sentían vibrar en sus corazones todas sus fibras patrióticas, y es que la mayoría de la población rural española, no relajada todavía por el virus degenerador del infame politiquismo, se apena ante las amarguras de la patria, y siente en lo más hondo de su sér aquellos impulsos nobles que esculpieron en la historia, con caracteres de oro, las páginas inmortales de la guerra de la Independencia.

Así Lorenzo se hacía simpático á los jornaleros, y estos adelantaban considerablemente, contentando al tío Mochuelo que obtenía un ahorro de casi un tercio de jornales, y esperaba ver desarrollarse pronto aquellas crecidas cebadas de tallos espesos de verdor obscuro, indicio de fortaleza y arrogancia.



Pero Lorenzo, aunque contento con la docilidad y diligencia de los trabajadores, quería algo más que no afectara al bolsillo de su amo y que á la vez sirviera para recompensar el interés que por su causa se tomaban los trabajadores.

Con efecto; comprendiendo que el halago es el agente principal para mover voluntades y crearse simpatías, trató de apelar á este buen recurso para conseguir su propósito, y cuando vió, al dar principio á la última tarea, que quedaba por escardar un trozo que bien pudiera llenar un día entero de trabajo, reunió á toda la cuadrilla, y exclamó:

—Vamos á ver, muchachos: estoy contento de vosotros; pero aun deseo un esfuerzo por parte vuestra.

—Aquí estamos pa servirle,—contestó uno de los escardadores, deseoso de complacerle.

—Lo que voy á pedir, —prosiguió Lorenzo,—es de bien poca importancia, y lo podeis hacer sin esfuerzo alguno. Si en la primera mitad de la tarde termináis la operación, quedando á gusto mío, os pagaré el jornal entero y os daré además un buen convite.

No fué menester más. Entusiasmados los operarios con la oferta, y queriendo dar á Lorenzo una prueba de estimación, sin replicar una palabra, metiéronse en los bancales, y allá iban las manos como si se multiplicaran, y las hierbas caían unas tras otras con asombrosa rapidez. El administrador no perdía de vista aquel trabajo que admiraba al mismo tío Blas, el cual solía decir á cada momento:

—¡Cuidiao, que este hombre vale!

En aquel instante las envidias del viejo labrador no asomaban la cabeza por ninguna parte, y las alabanzas eran hijas de una verdadera espontaneidad.

Y á todo esto, las coplas alegres salían de las gargantas de los trabajadores, como trinos de jilgueros, y se entremezclaban frases chistosas y epigramas picantes, en la cordialidad de una unión completamente dichosa.

—¡Eh! ligero, muévete, si nó, Lorenzo no nos va á dar la convidá,—exclamaba por un lado uno de los más diligentes.

—Pos si ando más ligero que el tren,—contestaba el aludi-



do:—yo te aseguro que no me quearé detrás de tí dinde aquí á dos horas.

—¡Y vaya unos rollos que venden en ca el Civil, y un anís del Mono, que yá!—saltaba otro por un extremo, relamiéndose los labios de gusto.

Transcurría un breve rato de silencio, durante el cual no se oía otra cosa que el rumor continuo de los tallos agitados por los escardadores, y súbitamente se interrumpía por una voz que exclamaba:

—Aquí, aquí, que eso ya está claro y lo pué arrancar bien uno solo de vusotros; pero con estas ortigas que punchan como un diantre, nesecito un par de manos que me ayuden.

Y decía otro algo más lejos:

—Oye. ¿Has probao tú las pastas de ca los Quintines? Allí tamién hay cosas güenas de verdá.

—Lo mesmo me da en una tienda que en otra. La custión es que arrematemos pronto, pa que nos quede un güen piazo de la tarde y podamos platicar con anguna muchacha, y venga lo que Dios quiera.

—Mira, mira: éste sí que es un cardo de primera. Si lo dejáramos, echaría pa la Cuaresma ú antes lo menos cuatro libras de alcaciles.

Y así sucesivamente hablaban, se movían, maniobraban llenos de entusiasmo, llevando diferentes conversaciones á la vez, pero atendiendo al buen resultado de la operación, sin sentir fatigas, pasando por entre los tallos verdes sin hollarlos siquiera, como si acariciaran con suaves roces las erguidas matas donde se encerraban las riquezas futuras que habían de esparcirse, como los rayos del sol, por la extensión de aquellos campos.

¿Es que no merecía Lorenzo el esfuerzo que solicitaba, cuando para hacer dulce la complacencia prometía algo que tal vez supusiera más que el valor de un día de su sueldo, por el gusto de obsequiar á unos honrados trabajadores?

Por fin, al mediar la tarde, dióse la operación por terminada á gusto del representante del tío Mochuelo. Salían de los banales los mozos, dando saltos, palmoteando para quitar de sus manos la tierra adherida, y rodeaban alegres á Lorenzo, en es-



pera del cumplimiento de aquella fascinadora palabra, de la palabra del convite.

El administrador, no menos alegre que todos ellos, les dirigía frases cariñosas, y comenzó á cumplir su promesa dando á cada uno de los jornaleros un cigarro de papel de los que él fumaba. Luego, sonriente, les preguntó:

—¿Están todos?

—¿A ver? Sí, tós, tós estamos ya,—contestaron algunos de los más impacientes, mirando rápidamente por derecha é izquierda, como para pasar revista y cerciorarse de la presencia de cuantos habían tomado parte en la escarda.

—Pues en marcha, y á casa del Civil,—añadió Lorenzo.—Tío Blas, usted el primero de todos.

Ufanóse el viejo labrador por la preferencia, y casi, casi con buenos ojos miró á Lorenzo. Agradábanle mucho las distinciones, y para acentuar más la que tan en público acababa de recibir, dejó que los jornaleros se pusieran en marcha, y quedóse él á retaguardia con el administrador, como para demostrar que era persona mucho más importante que todos los de la cuadrilla.

Dirigiéronse los escardadores al pueblo, casi sin hablar, atravesando sendas para acortar el camino, y llegando en grupos, para no entrar tumultuosamente como si se tratara de una manifestación.

Aun así, no faltó quien se soliviantara, creyendo que tanta gente trabajadora reunida y caminando á paso ligero no podía significar otra cosa que una de esas huelgas que ya comenzaban en España á ser temibles; y algunas mujeres curiosas siguieron á distancia á los grupos, para tener que referir algo por la noche y alimentar por lo menos dos ó tres horas de chismografía.

—Una copa de anisado del mejor y un rollo de yema para cada uno, y enseguida la cuenta,—dijo Lorenzo, luego que con todo su acompañamiento hubo entrado en la tienda prefijada.

Y en un instante se destaparon varias cajas y algunas botellas, y cayeron nnas cuantas docenas de rollos y otras tantas copas del apetitoso anís, con alegría de los trabajadores y con-





tento de sus paladares, no acostumbrados á generosidades de tal especie, y luego disolviéronse los grupos, marchándose cada cual á donde lo tuvo por conveniente.

Con aquel acto, que en poblaciones de importancia no hubiera pasado de insignificante, quedó Lorenzo, á los ojos de aquella gente, convertido en un personaje de consideración y con un ciento por ciento de ganancia en las simpatías.





## CAPITULO VIII

### *Día de bodas*

---

Desde la víspera, la nueva casa del tío Mochuelo presentaba una extraordinaria animación. Tortadas y ramilletes de dulce, en los que había puesto á prueba su arte y su ingenio el confitero de la villa, adornaban los centros de multitud de mesas, donde á la vez se ostentaban grandes bandejas de exquisitos confites traídos de la capital.

La cocinera del alcalde y dos ó tres guisanderas de fama ocupábanse en preparar, con todo el cuidado y esmero que el caso requería, una gran variedad de comestibles, estrenando los fogones de la amplia cocina, para que nada faltara en el momento oportuno y quedaran los convidados bien complacidos y satisfechos, dedicando luego algún recuerdo laudatorio á la habilidad y buen gusto de las confeccionadoras.

Los amigos particulares del dueño, los políticos y no pocos entrometidos y curiosos, recorrían las habitaciones, admirando el mobiliario, aplaudiendo la cómoda y elegante distribución de los departamentos, y envidiando al afortunado mortal que iba á poseer, en agradable compañía de la mujer más hermosa





de todo el circuito de la villa, aquella morada deliciosa, digna de ser habitada por una reina.

Y bien mirado ¿qué no se merecía la que en breve había de ser la señora de la mansión especial, que para ella se acababa de construir?

El tío Mochuelo no cabía de gozo en su propio pellejo. Se había instalado allí con alguna anticipación, para saborear previamente los encantos de la preciosa finca, y aquella noche, no cerró los ojos un momento, en la embriaguez que le producía su nueva casa juntamente con el acto que al siguiente día se iba á verificar, uniéndose á Rosalía con la sagrada bendición de la Iglesia.

Más de diez veces saltó de la cama, agitado, nervioso, á pique de coger un enfriamiento ó un constipado de padre y muy señor mío, consultando á cada momento la hora y fumando sin cesar hasta atacarse de nicotina.

A las tres de la mañana hizo la última consulta con su reloj, y convenciéndose de que no se calmaría con volver por undécima vez á la cama, se dispuso á acicalarse.

Como sus nuevos vestidos eran los primeros que para él habían salido de la tijera de buen sastre, extrañábase de las hechuras que al principio entorpecían un tanto sus movimientos; pero miróse á un espejo, y se aquietó un poco al verse favorablemente desconocido, con cierto viso señorial que le agradó extraordinariamente, por más que seguía campando en su chaleco la tremenda cadena de choricero rico, con eslabones como puños y un colgante de casi media libra de oro.

Desde luego el ricachón aparentaba algunos años menos de edad con el nuevo atavío, y como se encontraba solo en aquellos instantes, ensayó ante el espejo, gestos, actitudes, pasos y hasta modos de saludar con y sin sombrero, según recordaba él haber visto á ciertos señores de nota en los paseos y en sus casas, durante sus visitas á Murcia ó á Cartagena. Pero de todo aquello, lo mejor que aprendió en su brevísimo aprendizaje, fué á infatuarse, pues optó por el aire de señorón, que era el que mejor cuadraba con su capital que excedía de millón y medio de pesetas.



Corrió el tiempo, y con él la impaciencia del prohombre se aminoraba, hasta que los primeros resplandores del nuevo día llegaron como un anhelado *Te-Deum*, tras las revueltas horrosas de una epidemia.

Como ya los mozos tenían preparada la galera, colocáronla en la puerta de la casa al primer aviso, y el tío Mochuelo, después de envolverse en su lujosa capa, entró en el vehículo, arrellanándose cómodamente, y partió como un relámpago hacia la morada de Rosalía.

También la preciosa muchacha había terminado su *toilette*, ayudada por algunas amigas, así es que se hizo bien poco de esperar; y en cuanto llegaron el alcalde y su esposa que eran los padrinos, púsose en marcha la comitiva, penetrando á poco en el pueblo y luego en la iglesia, á donde habían acudido también algunos curiosos y convidados.

No hay para qué describir la sagrada ceremonia que liga para toda la vida á dos personas aunque se aborrezcan de muerte. Quien haya pasado por tales trances, los recordará al momento, porque son de los que no se olvidan jamás, y aquellos que todavía no hayan oído leer la epístola de San Pablo, ya la aprenderán con una sola audición, aunque luego abandonen sus sapientísimos consejos. Lo cierto es que el sol cubría de luz toda la campiña, cuando los recién casados salieron de la iglesia, acompañados de un cortejo que casi llenó la plaza de las cuatro rotulaciones.

En cuanto las galeras y tartanas comenzaron á rodar, la banda de música que esperaba junto á la primera calle, rompió con un paso doble á pleno pulmón, llenando los aires de armonías, para acrecentar el júbilo que se sentía en todos los ángulos del pueblo, y multitud de muchachos comenzaron á dar vivas, en agradecimiento de algunas monedas de cobre que el alcalde les arrojó á la salida de la iglesia. También por orden del padrino, que quería tener su parte de lucimiento, los vehículos comenzaron á caminar bastante despacio, á fin de que los músicos, que habían de cerrar la marcha, anduvieran sin violencia y al compás del pasa calle.

El escaso frío de la mañana comenzaba á disiparse bajo el



influjo de los rayos del sol que se desparramaban como una lluvia de oro, y el ambiente del campo, embalsamado por los perfumes que exhalaban mil plantas olorosas, penetraba á oleadas en el interior de los carruajes, como incienso que la naturaleza rendía en holocáusto de un amor que, no por tener parte de vejez, dejaba de ser poético y hermoso en la persona de Rosalía, que se encontraba en toda la plenitud de su belleza.

Desde la salida del pueblo, los campesinos, siguiendo una costumbre tradicional y que es acaso una de las más salientes de su modo de ser, habían formado vistosas banderas con mantones de Manila ó con preciosas colgaduras, adornadas de lazos y gallardetes de vivos colores que colocaban en las cruces de los árboles, y aquella vista era de un efecto sorprendente. Erguíanse á ambos lados del camino, desplegadas y ondulando gallardamente, representando con su presencia la expresión de corazones que enviaban en aquellos signos la paz y la felicidad á los que venían á echar los cimientos de una nueva familia.

Pero donde las banderas se alzaban más vistosas y más profusas, era en aquel cuadrón de almendros que precedían al jardín de la nueva casa. Las ramas todas de aquella arboleda eran como una explosión de sonrisas primaverales, una especie de fiesta de la soberbia vegetación que comenzaba á sacudir el letargo del invierno, una lluvia de flores blancas, encarnadas y violáceas, formando guirnaldas caprichosas que ora se enlazaban con la multitud de banderas de brillante colorido, ora formaban gallardetes flotantes de dorados contornos, al sentir sobre sus hojuelas el contacto de los hermosos rayos del sol.

Aquellas manifestaciones simpáticas de los campesinos hácia Rosalía, multiplicaban el orgullo del tío Mochuelo, porque las creía como un tributo de respeto y admiración hácia su persona, digna por todos conceptos de ser distinguida cual ninguna otra, no sólo por propio derecho suyo, sino por deber ineludible del pueblo, destinado á servir de pedestal para su grandeza.

Cuando la comitiva llegó á la casa y traspasaron sus umbra-



les las personas invitadas, los músicos fueron obsequiados con dulces y licores, y después se retiraron dando el parabién á los esposos.

Mientras tanto, Vicente había ido recogiendo banderas en un carro. Aquellas prendas tenían que ser devueltas á sus dueños al día siguiente, acompañadas de un cartucho de dulces, según uso inveterado, por más que no faltaba quien presintiera que los tales cartuchos no irían tan colmados como de costumbre, porque la ruindad del tío Mochuelo no le permitiría extenderse demasiado. No obstante este ligero temor, aquel día era tan excepcional, que había para todos, y aun sobraría y por eso Rosalía, previéndolo todo y usando de su autoridad; desde el primer momento, dió órdenes terminantes de cumplir con cuantos hubieran de participar de los regalos suyos y de obsequiar á todo el que se presentara de verjas adentro, fuese quien fuese.

Al mismo tiempo, en el lujoso y amplio comedor se tomaba chocolate con sendas bandejas de bizcochos, y se devoraban pastas y fiambres excogidos; y mientras esto tenía lugar, los mozos del campo entregáronse á un juego muy corriente entre ellos, en la esplanada de la puerta, después de haber tomado cada uno un dulce y una copa de anisado.

Este juego consistía en enterrar un pollo, dejándole únicamente visible la cresta. A distancia de treinta ó cuarenta pasos se colocaban por orden los jugadores, y desde allí arrojaban piedras de tamaño convenido, al precio de céntimo cada una, obteniendo el pollo el que daba en la cresta con el proyectil. El pollo de aquel día era una dádiva del tío Mochuelo, y como faltara el lucro para el dueño, se convino previamente en que el producto del tiro fuera para rifarse luego entre todos los tiradores.

El baile se reservaba para la tarde, y nadie ignoraba que había de ser como ninguno, para lo cual se habían buscado bailarines de profesión, y se ejecutarían malagueñas, sevillanas, boleros y toreras, no entrando en el programa las parrandas, porque, á pesar de ser el baile típico murciano, estaba relegado al olvido, casi hasta en la huerta de la capital, vencido por



el flamenquismo arrasador que ha venido á bastardear las costumbres originales de las regiones.

A todo esto Lorenzo permanecía invisible como si no existiera tal persona.

Fiel á la conducta que se había propuesto observar, aunque desde algunos días antes venía sintiendo desazones que nadie llegó á conocer, estuvo aquella mañana á primera hora en el despacho para arreglar unas cuentas, formando el propósito de mostrar una despreocupación que no sentía. Pero su cerebro no acertaba á coordinar ideas ni á engolfarse en números, porque una mezcla de rabia y amargura le mordía el corazón, como si una serpiente enroscada dentro de su pecho le clavara sin piedad su venenoso diente. Anudábasele la garganta y latíanle las sienes con violencia, sin que le bastara para dominarse la frialdad de sus cálculos, en virtud de los cuales venía obrando desde su vuelta de Cuba.

Rebelde la imaginación á la autoridad del raciocinio, exaltábase por grados, al calor de los recuerdos que involuntariamente le traía la memoria, como si se desarrollaran ante su vista todos los cuadros de sus pasados amores, en un cosmorama no interrumpido, iluminado por los fulgores de su pasión falsamente reprimida. Parecíale que repercutían en su oído, entre dulzuras inefables, los arrullos de palabras llenas de calor y de entusiasmo, como cables invisibles por donde se transmitían sus sentimientos entre oleadas de fuego que se exhalaban de sus corazones.

¿Por qué después de haber soñado un mundo de felicidad con aquella mujer encantadora, se había resignado á contemporizar con los hechos acaecidos, labrándose él mismo la cadena de su infortunio? ¿Por qué se detuvo ante la consideración del porvenir con que á Rosalía le brindaba un dote cuantioso, asegurador de su bienestar, aunque significara la venta á peso de oro de la voluntad de su amada, en las ambiciones que se habían despertado en aquel corazón, desligado ya de deberes para con su antiguo amante? ¿Por qué no tuvo energías suficientes para dominar la situación, atendiendo á su propia conveniencia, y luchando heroicamente hasta obtener el triunfo,



ya que con su cariño y su trabajo hubiera podido sustituir las ventajas materiales que ofrecía aquel maldito dote, causa de todos sus sufrimientos?

¡Ah! Es que á pesar de sus reflexiones, no había meditado lo bastante para figurarse por un momento á la que era su amor en los brazos de un rival. Es que la verdad tangible, la realidad aterradora, no se había presentado ante sus ojos hasta aquel instante en que le era imposible destruirla; y aunque conocía que en el corazón de aquella mujer quedaban raíces considerables de su antiguo amor, que retoñarían cada vez que amargas decepciones vinieran á entristecer ciertas horas de su vida, el acto presente de aquel matrimonio, de aquel poderoso lazo de fuerza incontrastable, le causaba hondísima perturbación, como si á pedazos le arrancaran la vida del fondo de sus entrañas

Sí: ya era tarde para todo, hasta para el arrepentimiento. El *alea jacta est* quedaba pronunciado por la ley inexorable de poder irresistible, y ¿quién era él para intentar siquiera hacer retroceder el curso de las cosas? Le era preciso resignarse contra toda su voluntad; pero ¿cómo podría permanecer indiferente en presencia de otro hombre que le había privado de su felicidad y que al fin tocaba el límite de sus deseos, tomando posesión de aquella mujer que tenía el privilegio de fascinar á cuantos la veían?

Lorenzo, pues, no se encontraba con fuerzas bastantes para ser testigo de la alegría que reinaba al rededor de sí, y al ver que se le enredaban los números en la pluma y que el dolor material de su cabeza, unido al de su corazón, no le permitiría tener el suficiente disimulo para ocultar el estado en que se encontraba, abandonó el despacho sin ser visto de nadie, y se dirigió á su casa con objeto de pasar allí dos ó tres días, hasta que se dominara lo bastante para dar un mentís con su franca sonrisa á cuantos pudieran creer que era víctima de su propio despecho.

Por fortuna suya, fueron muy pocos los que lo echaron de menos, en la embriaguez de alegría que allí dominaba, y ni aun el mismo tío Mochuelo notó su ausencia, entregado como



estaba á su especial regocijo y teniendo que fijar su atención en otras cosas que no le dejaban tiempo ni aun para pensar en lo que estaba fuera del alcance de su vista.

Unicamente el tío Blas, con su intención siempre maliciosa, solía decir á Vicente, con cierta sonrisilla burlona, cada vez que pasaba junto á él:

—¿Ves, muchacho, como al cabo te has salío con la tuya? ¡Qué güen profeta fuiste al asegurar que el tío Diego no se casaría! Si el Cortés acertara como tú...

Y Vicente, que no sabía contestar al tío Blas, se preguntaba á sí mismo, á la vez:

—¿Pero es posible que me haiga diquivocao y que Lorenzo sea tó lo contrario de lo que paece? ¡Y yo que hubiera apostao dista mi cabeza! Vamos... vamos... aquí hay algún misterio y milagro sea que el mejor día no rebiente esto como un cartucho de dinamita.

Y se daba á pensar el mozo, extrañado de la solución que el asunto había tenido, contra la opinión general. Aunque ahora sentía cierta adhesión hácia el tío Mochuelo, debida á la alianza que ambos habían hecho con motivo del tesoro que iban á buscar en breve, seguía sintiendo por Lorenzo igual amistad y simpatías que antes, y su gusto hubiera sido ver á su amigo enlazado con Rosalía, por razones de mayor igúaldad en la pareja, y por el pícaro amor propio de haberse salido con la suya,

Se comió á la española, ó sea al mediar el día, costumbre que vale algo más que la que vamos adoptando, en el afán que nos domina de imitar en lo malo y no en lo bueno á los franceses, y los comensales se atracaron á sus anchas, especialmente los que pertenecían á la política, tomando la mesa repleta de viandas y manjares como símbolo del Estado, ó sea como almacén de atiborramiento donde se suelen saciar desconsiderados apetitos.

Tampoco faltó quien empinara el codo más de lo regular, dada la franqueza que reinaba entre amigos de toda la vida y en el absoluto desconocimiento de las cortapisas y trabas que impone la etiqueta, cuando las costumbres son más atilda-



das y hay que revestirse de formas especiales que exigen las circunstancias. Allí, la confianza brillaba en primer término, y el acto era más propenso á bromas de buena ley, que á seriedades y acompasamientos que hubieran estado como fuera de la tonalidad.

Sujeto hubo que fué llevado á un dormitorio para que pasara allí la tarde, en espera de que soltara la *mona* que había cogido con sus repetidas libaciones, en la alegría bulliciosa que tenía como contagiados á todos los circunstantes.

Llegó el momento del *champagne*. Comenzaron los tapones á saltar en un estrepitoso tiroteo, y como si la espuma que se derramaba al escanciarse las botellas fuera el impulso mágico para excitar las imaginaciones, dióse principio á los brindis, desahogo inocente de los exhibidores de palabra y ocasión propicia para los politicastros de pujos oratorios que no se hartan de rellenar el vacío de su instrucción con lugares comunes y frases de brocha gorda, en una charla insubstancial é interminable.

¿Qué no dirían aquellos bienaventurados politiquillos, cuando hasta su jefe, el mismísimo tío Mochuelo en persona, se sintió contagiado por la fuerza de la palabrería, y soltó allí una buena pieza oratoria, de corte parlamentario, que no llegó á entender ninguno de cuantos lo escuchaban?

Y sin embargo recibió aplausos á granel, y aun no faltó quien pensara que había en las Córtes diputados de *sí* y de *no* que, puestos frente á frente del tío Mochuelo, acaso no le aventajarían en elocuencia.

Terminados los brindis, y cuando los vapores de la comida permitieron algún desahogo á los estómagos, procedióse á formar el baile, el ansiado festejo popular, el acto que más alegra á los sencillos habitantes de los campos, y sin el cual carecerían de gracia todos los casamientos por fastuosos que fueran.

Designóse la esplanada de la puerta, por su amplitud y por ser el sitio más á propósito para la mezcla de clases, y presidiólo Rosalía desde el balcón principal de su morada, rodeada de las señoras principales de la villa, que ya desde aquel momento reconocían á la esposa del tío Mochuelo como una com-



pañera más, aunque superior por su bolsillo y por sus condiciones personales.

Vicente y el tío Blas, con enormes bandejas de mimbres, fueron repartiendo puñados de anises, paciencias y peladillas, como si fueran una lluvia de bendición entre el clamoroso posticeo y el rasgueado de las guitarras; y no faltó para nadie, á pesar de estar repleta de gente toda la esplanada, dejando tan solo un mediano círculo en el centro para que pudieran moverse con alguna facilidad los bailadores.

Como esta inesperada muestra de esplendidez fué debida á un rasgo feliz de Rosalía, y así se hizo constar, fueron recibidos los dulces con calurosos vivas y estrepitosas aclamaciones, difundiéndose el regocijo hasta en las últimas filas de los congregados. La hermosa Rosalía, con tal acto de verdadera liberalidad, hacía ver que la esposa del tío Mochuelo era el reverso de la medalla de aquel hombre que había conseguido hacer proverbiales sus tacañerías.

El tío Mochuelo, con el aire grave que había ensayado aquella mañana ante el espejo, como de gran señor, alternaba con lo más selecto del sexo masculino, y apenas prestaba atención al festejo, porque realmente su cabeza, aturdida por las peripecias del día y por los influjos del *champagne*, no estaba en condiciones de fijarse absolutamente en nada.

Y sin embargo, hubiera querido prolongar durante muchas horas la luz de la tarde, porque, al verse hecho objeto de atenciones y de miradas, sentía cierto desvanecimiento en su vanidad, y se creía verdaderamente un reyezuelo de campanario, con sus vasallos y su corte, merecedor de aquella especie de pleito-homenaje, que había de desaparecer cuando las nieblas de la noche tendieran su velo sobre la hermosa campiña, que en aquellos momentos reflejaba todos los esplendores del cielo.

Tomaron parte en el último número del grandioso festejo, las más garridas mozas de aquellos contornos y numerosas señoritas de San Javier, en esa armonía de clases que reina en los pueblos de corto vecindario, haciendo que en ocasiones se consideren como de una misma familia, todos sus individuos;



y como además de la cantidad, la calidad rayaba á gran altura, los espectadores estaban embobados, porque el baile resultaba en consonancia con lo que se pretendía, y era una verdadera expansión de aquella boda, la más renombrada de cuantas se habían conocido en el término de la villa.

El baile aquel, cerrando el acto público de tan memorable casamiento, venía á coronar el hermoso día que juntaba sus esplendores á los que prestaba la Iglesia, en celebridad de la Purificación de la Santísima Virgen.









## CAPITULO IX

### *Sueños de oro*

La inmensa felicidad de que se hallaba rodeado el tío Mochuelo con la posesión de Rosalía, y la satisfacción que experimentaba por el impulso que diera al partido político á que pertenecía, no fueron obstáculos bastantes para que dejase de fomentar en su mente la idea del tesoro oculto que esperaba encontrar con el auxilio del entusiasmado Vicente.

Aquel objeto supremo de todas sus aspiraciones, seguía reinando en su cerebro y en su corazón con imperio cada vez más potente. Era una obsesión continua, detenida hasta entonces por un paréntesis inevitable, por el paréntesis de sus bodas, como descanso momentáneo del espíritu que le había de traer nuevos bríos, para poder dedicar á la idea todas sus energías y toda su atención.

Pasado ya el breve período, aquella obsesión volvía á surgir con toda su grandeza y con todos sus adherentes de sutilidades ingeniosas, ya que le sobraba tiempo para pensar y trazar planes al futuro descubridor de ese ignorado mundo, y tenía ahora el estímulo de un compañero, decidido á compartir con él sus pesares y sus alegrías.



El balcón del gabinete del tío Mochuelo tenía vistas al lago, descubriéndose un hermoso panorama de varias leguas de extensión, y desde aquel punto el prohombre enfilaba sus gemelos marinos y se pasaba las horas enteras mirando el regolfo del Estacio, husmeando desde tan larga distancia hendiduras y concavidades, por si descubría alguna señal que le hiciera seguir indudablemente el rastro del tesoro.

Pero aunque la potencia del antejo no era tanta que permitiera apreciar detalles desde tan lejos, el tío Mochuelo llegaba á fingirlos en su involuntaria exaltación, y los daba por ciertos, como si los tocara con sus propias manos, entregándose á sueños deliciosos que iban elaborando en su cerebro una lenta perturbación, disminuyendo poco á poco su lucidez.

Una mañana de aquellas en que estaba entregado con mayor detenimiento á su cotidiano ejercicio, abrióse de pronto la puerta y apareció Lorenzo. Habíale descubierto Vicente, en un momento de confianza, el secreto del tesoro que con tanto ahinco buscaba el tío Mochuelo, y aun cuando vió allí un disparate capaz de hacer reír al hombre más sério del mundo, no quiso llamar la atención del confiado mancebo, por no destruir repentinamente sus ilusiones. Antes bien, aparentó aplaudir la idea, y resolvió explotar las consecuencias en su favor, si es que el tiempo no se encargaba de iluminar aquellos cerebros y de enfriar sus entusiasmos.

No era enemigo del tío Mochuelo, aunque no le profesaba grandes simpatías, y en el fondo de su conciencia estábale hasta cierto punto agradecido; pero desde el casamiento de su principal que le desvaneció hasta el último resto de sus esperanzas, habíale entrado en el corazón cierto rescoldo y no podía verle con serenidad, por más que seguía desempeñando la administración que se le confiara, con toda la hidalguía de un hombre honrado.

Al contemplar al ricachón, que estaba como abstraído dirigiendo sus gemelos á la orilla del Estacio, dejó ver una sonrisa que indicaba á la vez lástima y desprecio, y avanzando lentamente hacía el entreabierto balcón por donde penetraban



oleadas de emanaciones salinas y efluvios olorosos de las flores del jardín, colocóse al lado del tío Mochuelo.

—¡Qué hermosas vistas!—dijo, aparentando una inocencia oportuna y conveniente.

Volvió el otro la cabeza, separando un tanto los gemelos, y contestó:

—¡Oh, preciosas! No me hartó de recrearme en ellas.

Lorenzo, que vió en aquellas palabras una ocasión propicia para sondear las interioridades de su jefe, se acercó un poco más, y dijo, dando á su acento el colorido de la más singular sencillez:

—Pues, mire usted: se dice que por allá abajo hay cosas, cuya realidad es mejor que toda la vista del panorama.

Extremecióse el tío Mochuelo, temeroso de que le hubieran robado su secreto; y ansioso por ocultar sus más íntimos pensamientos y por adquirir á la vez algún dato más que le pusiera sobre la verdadera pista de lo que buscaba, dejó pasar algunos segundos que le permitieran tener completa serenidad. Luego, dando un par de tragantadas á la saliva para remojar su garganta que se había secado repentinamente con el susto, preguntó con voz apenas perceptible:

—¿Y qué cosas serán esas que son mejores todavía?

—Pues se dice que por allá, no sé precisamente el sitio, hay escondido un gran tesoro que perteneció á una reina.

Inmutóse nuevamente el tío Mochuelo, y dijo tartamudeando, pero intentando fingir indiferencia:

—Sí, eso he oído decir algunas veces; pero nunca lo he creído.

Como Lorenzo estaba en antecedentes de cuantas gestiones había practicado el ricachón y de sus ulteriores propósitos, conoció el fingimiento y el no bien marcado disimulo de su principal, y así exclamó, como si estuviera poseído del más profundo convencimiento:

—¿Que no lo cree usted, tío Diego?

—¿Y cómo quieres que crea en esas patrañas, en esos cuentos de viejas, cuando estamos en el siglo de las luces, y yo pertenezco á la gente que está por el progreso?



El ricachón recordaba algo de un párrafo de gárrula elocuencia que un individuo del comité espetó en los brindis de su boda, y quiso intercalarlo allí, para darse tono de persona ilustrada.

—¡Toma! ¡toma! —prosiguió Lorenzo.—¿Ahora salimos con esas? ¿Y nó estoy yo por el progreso también? Pero lo uno no tiene nada que ver con lo otro.

—Es que esas creencias son de los tiempos en que salían las brujas y los duendes á toas pasás, porque les convenía á los curas pa sus negocios particulares, y hoy vamos dejando las antiguallas y las tonterías, pa pensar en cosas sérias y de importancia.

—Vamos, no se ponga usted tan formalote para sacar á relucir los curas, como si hubiera analogía entre ellos y ese tesoro oculto.

—¿Pero es que ahora hay quien crea lo que tú me estás diciendo?

—Pues mire usted, tío Diego: esto que yo le digo es un punto menos que el Evangelio, y está escrito en un libro antiguo que mi abuelo oyó leer á un amigo suyo que sabía tres secretos de los treinta de Salomón. Siendo yo pequeño, se lo oí contar muchas veces, y hasta se me figura, si mal no recuerdo, que decía que estaba á orillas del mar, debajo de una piedra muy grande que hay por el Estacio ó por el Pedrucho ó por el Cabo de Palos.

El tío Mochuelo animábase al oír este relato, y sin querer dejaba escapar en sus miradas la satisfacción con que lo escuchaba. Pero Lorenzo, haciendo como que no observaba nada, aunque no se escapó á su penetración ningún detalle, continuó diciendo:

—También recuerdo, aunque de una manera confusa, que en cierta ocasión, hablando mi abuelo de lo mismo, refirió que no faltaba quien dijera que un gigante ó brujo se había llevado el tesoro á la Balsa de San Cayetano, con no sé cuantas cosas más así como de sangre ó de serpiente; pero repito que no las recuerdo bien, por más que quiero traerlas á la memoria.

No fué menester más. Como si las intencionadas palabras de



Lorenzo, dichas con aparente inocencia, fueron la clave para que se conmovieran todos los resortes del desequilibrio mental del tío Mochuelo, éste, disimulando y franqueándose alternativamente, según lo requerían sus ansias de saber o sus deseos de ocultar lo que sabía, abrió parte de la caja de sus secretos, y preguntó, hizo observaciones, discutió planes y trabajos bajo, el prisma de una hipótesis, y demostró, por último, tener tal fé en la existencia del tesoro, que aun cuando decía todo lo contrario de sus creencias, se exhibía en su totalidad, presentando con altísimo relieve cuanto quería guardar avaro dentro de su corazón.

—¡Qué lástima, tío Diego! ¡Qué lástima que tanta y tanta riqueza esté enterrada por los siglos de los siglos! ¡Cómo se inmortalizaría el hombre que tuviera suficientes energías, para hacer que les diera el aire á esos millones, en beneficio suyo y de la humanidad!

Y Lorenzo, al hablar así, satisfecho de su conferencia, y no dudando de haber causado impresión profunda en el ánimo del tío Mochuelo, salió del gabinete y se dirigió á su despacho, no sin haber dado algún rodeo por si atisvaba un momento á Rosalía.

Sentíase arrastrado hácia ella por una fuerza superior que le dominaba, llevando siempre grabada su imágen en lo más hondo del pecho. Sabía que adoraba un imposible, un recuerdo, á lo sumo, de tiempos que ya habían pasado para no volver jamás; pero contentábase con verla, con sentirla cerca de sí, con respirar algo del ambiente que ella respiraba, huyendo de ser visto por cualquiera y hasta de ser notado siquiera por la joven, como si temiera ofenderla con la más ligera indiscreción, en el culto fervoroso que rendía á la historia de sus lejanos amores.

Al quedarse nuevamente solo el tío Mochuelo bajo la influencia de las palabras de su administrador que le habían penetrado hasta lo más hondo de su alma, volvió á enfilar sus anteojos, prosiguiendo en los recreos de su fantasía y en sus especiales investigaciones que le hacían pasar el tiempo tan á



gusto, como si todas sus facultades y todos sus sentidos estuvieran arrobados en el éxtasis más delicioso.

En aquella inmovilidad, su caldeado cerebro iba exaltándose poco á poco hasta el delirio; y á pesar de tener sus ojos bien abiertos, comenzó á soñar de una manera tan extraña, cual si sus disparatados deseos hubieran llegado á convertirse en la más completa de las realidades.

Veía crecer los peñascos y reirse con muecas horribles, cual si fueran séres de carne y hueso, lanzando carcajadas sin ruido, y abriendo enormes grietas como fáuces de mónstruos que sacaban su repugnante cabeza por entre las olas del mar, permitiéndose en la soledad que les rodeaba dar muestras de una vitalidad que les era negada á la vista de las gentes. Inmóviles al principio los tremendos bloques, comenzaban poco á poco á agitarse cambiando de lugar, y el obscuro y bronceado verdor de sus escaras se tornaba lentamente en rojo brillante hasta despedir fulgores como los del sol en el cenit.

Era aquello una visión maravillosa, de formas apocalípticas, que se destacaba en el fondo nacarado de un cielo sin nubes, al arrullo de las saladas ondas del mar que bordaban su planta con festones de extraordinaria blancura, y las proporciones de las rocas crecían incesantemente, aumentando su incandescencia, hasta deslumbrar con la profusión de sus rayos.

Pasaban oleadas de luz, una tras otra en vertiginosa rapidez, y las fáuces de los mónstruos se abrían desmesuradamente hasta desgarrarse, presentando aberturas enormes, pero con la particularidad de que, en vez de causar espanto, atraían dulcemente al espíritu, como atrae el pecado revestido de hermosura, fascinando los sentidos y encadenando el corazón hasta hacerlo su esclavo.

Entonces, el espíritu del soñador, dejando momentáneamente la envoltura material en que estaba contenido, se desprendió de ella y voló con la velocidad de lo que no es materia, penetrando por aquellos antros sombríos, que se iluminaron súbitamente con claridad de aurora, dejando descubrir hasta el último rincón de su fondo.

Y era, en efecto, aquello un sér vivo, un coloso, un gigante



de dimensiones infinitas, en cuyo vientre herrumbroso, donde marcara sus huellas la acción del tiempo y de las aguas, se ocultaba el tesoro aquel, el tesoro de toda una reina musulmana.

Allá adentro veíanse caer continuamente, y formando montones, hermosas cascadas de perlas, grandes y relucientes, de tonos irisados y de una perfecta igualdad. Junto á ellas apilábanse brillantes de caprichosas facetas, espléndidos y fulgurantes como las estrellas del cielo, y empaquetábanse en las vísceras y en las células del mónstruo, esmeraldas y rubíes, turquesas y amatistas, en una cantidad incalculable y asombrosa.

Recreábase el espíritu en la contemplación de tanta riqueza, y movíase en todas direcciones para gozar del espectáculo hasta saciarse, como si tratara de confundirse con aquel esplendoroso conjunto que le fascinaba; y luego, satisfecho de verse dueño y señor de tales joyas, como si hubiera tenido la misma forma y atavío que el cuerpo que quedaba abandonado, tendía los brazos nerviosos y hundía los crispados dedos, con el ansia infinita de una ambición sin límites, y cogía puñados de piedras preciosas que escondía avariento en los bolsillos de su ropa, hasta rellenarlos por completo.

Entonces dejó de ver. Apagáronse los fulgores, y oyó cercano el rumor del mar que parecióle el quejido del gigante, como sorprendido por haberse dejado arrebatarse aquella riqueza que durante tantos siglos había guardado en su hidrópico vientre.

Espantado el espíritu, huyó sin saber cómo, saliendo á la faja de tierra, y encontróse de repente unido á su propio cuerpo en aquel' a habitación, presa de un temblor convulsivo, hasta el punto de no poder sostener en sus manos los gemelos, que al fin rodaron sobre el mullido tapíz que alfombraba el pavimento de la estancia.

—¿Pero qué es lo que he visto, Dios mío? ¿Qué he visto? —exclamaba de un modo maquinal, sin conciencia de su estado y como si se encontrase sujeto á la butaca con ligaduras de hierro.

Y así, con la mirada fija en las lejanías del horizonte, s



que alcanzara su vista á percibir las sinuosidades de los peñascos en la faja de tierra que se confundía con las orillas del lago y del mar, permaneció largo tiempo inmóvil, meditabundo, hasta que la voz de una doméstica sonó en la puerta del gabinete indicándole que era la hora de comer. Levantándose entonces maquinalmente de la butaca y pasó al comedor, para acompañar á su esposa en la mesa, sin haber podido desechar todavía su preocupación, porque no acertaba á distinguir si lo que acababa de sucederle era completamente un sueño, ó si su ventura le había proporcionado la visión de una futura y hermosa realidad.

Por esa ley de contrastes tan frecuente en la vida humana, no tardó el tío Mochuelo en pasar de la poesía á la prosa, y ¡quién sabe si esa transición repentina, enfriando su cerebro caldeado por el fuego de las ilusiones, influyó beneficiosamente en el estado de su salud! Lo cierto es que luego que terminó de devorar la olla de costumbre con algún otro plato que, en su dorada posición, no era ya lujo sino necesidad social, tomó su capa, porque no era razón de que siguiera usando manta como los mortales de baja esfera, y se dirigió á la villa y de allí al café, para tomar la consabida infusión de caracolillo y hablar de la venta de una partida de aceite y de una escritura de préstamo.

Esperábale allí Lorenzo, á cuya compañía se había acostumbrado para tratar toda clase de asuntos, y luego que hubieron consumido con dulce saborear sus respectivas tazas de café y de haberse hecho mútuas observaciones y advertencias sobre lo que se había de arreglar á continuación, entraron los compradores y pusieron á discutir el negocio.

Unida la gramática parda del tío Mochuelo con la astucia de su administrador, el resultado fué como era de desear para el primero, pues quedó hecho el contrato de la venta de doscientas arrobas de aceite, aumentando una peseta por arroba sobre el precio ordinario, lo cual era una ventaja considerable para el ricachón.

A continuación llegóse el que buseaba dinero, y su actitud era tímida, como la de todo el que se vé obligado á resignar-



se, para ver si con su estudiada humildad consigue alguna ventaja del que ha de imponerle condiciones duras. Después de una discusión de más de una hora, que se invirtió en desviar recelos para el prestamista, que en todo creía ver asechanzas y mala fé, concluyó por despejarse el cerebro de aquel soñador, para poder fijar á su gusto los términos en que había de contenerse el contrato. Quedó, pues, convenido en que al día siguiente se otorgaría la correspondiente escritura ante el notario, siendo el fondo un préstamo hipotecario de quince mil pesetas al tipo de catorce por ciento de interés, pero apareciendo como forma del contrato una venta con pacto de retro por término de dos años.

Estos dos negocios influyeron tanto en el ánimo del tío Mochuelo, que se sintió completamente feliz, como si respirara en un ambiente de delicias y circulara por sus arterias un fluido de inefable bienestar.

Para mayor suerte del tío Mochuelo, á la terminación de los contratos, comenzaron á entrar políticos, gente de alta y suprema sabiduría, que todo lo saben sin haber estudiado nada, arregladores de España y aun de Europa, abordando cuestiones de difícilísima solución, y reflejo fiel de la mayor parte de los ministros de la corona, que lo mismo sirven para un ministerio que para todos, lo que prueba que no aprovechan para dirigir bien ninguno.

Estos políticos, que en los pueblos pequeños, con tal de ver rebajada la contribución que les corresponde ó de sobresalir un tanto sobre sus convecinos, suelen convertirse en feroces sectarios de una personalidad, son una plaga irresistible, por el abandono en que dejan sus obligaciones para entregarse en cuerpo y alma á una charlatanería que les entretiene las horas del ocio á que se muestran tan inclinados.

Sin embargo, poco de sentir serían tales defectos, en el desbarajuste social que hoy domina, si no presentaran otros de mayor trascendencia. En ocasiones les lleva su fanatismo ó su ignorancia á cometer crímenes horrendos, encontrando después amparo en el odioso caciquismo, para burlar con cinismo escandaloso la acción de la justicia, contribuyendo así á la ge-



neral desmoralización que va echando hondas raíces en el seno de la sociedad.

Los políticos de San Javier estaban contentísimos con la nueva jefatura del tío Mochuelo, á pesar de sus ruindades y de su falta de instrucción. ¿Pero qué importaba este último lunar? ¿Tan ilustrados eran otros prohombres que manejaban la cosa pública desde muchos rincones de provincia? ¿Quién no tiene presente que, en España, el talento suele medirse en más de una ocasión por la importancia de los millones?

Además, para saber la gran significación que ya iba teniendo el tío Mochuelo, hay que tener presente que el ricachón, luego que se vió dueño de un gran caudal, halagó la desconsiderada vanidad de un alto político de Madrid, y este político, blando á las dádivas inesperadas del ex-pescador y esperanzado en participaciones de negocios lucrativos de gran importancia, casi se le había humillado, y se desvivía por concederle cuantos favores estaban á su alcance, dando, por lo menos, tanto como recibía ó como esperaba recibir.

¿Cómo no ver aquella gente en el tío Mochuelo una potencia incontrastable, que, á la nueva vuelta del partido, sería el árbitro de todas las voluntades del pueblo, y un factor importantísimo para hacer y deshacer en combinación con los conspicuos de la provincia?

Por eso le rodeaban y hacían coro al unísono, adulándolo sin cesar y celebrando sus vaciedades con la misma admiración y formalidad que si oyeran un oráculo. Para tenerle más contento, reían á carcajadas si él dibujaba en sus labios una ligera sonrisa, y ponían la cara hosca si el ricachón fruncía el ceño para dar á sus argumentos mayor fuerza.

Saludáronle todos con el más profundo respeto y con sonrisas cariñosas, y luego para engolfarse en el tema obligado del politiquismo, uno de los asistentes comenzó á leer artículos de los periódicos de Madrid, recién llegados, á fin de que su jefe se enterara de la nota del día marcada por la prensa.

Cuando hubo terminado la lectura, la conversación hízose general, y entonces entraron los comentarios, hablando y hablando sin cesar, tomando y quitándose la palabra alternativa-



mente unos y otros, y echando planes sobre futuras politiquerías, con formalidad pasmosa, como si ya hubiera pasado lo que no había venido todavía, que era el período de tiempo en que había de gobernar el otro partido turnante.

De esta manera, bañándose en esperanzas con la fruición del que sumerje su cuerpo en agua de rosas, hacían y deshacían cábalas aquellos aprendices de ministro, y pasaron el resto de la tarde muy á gusto, incensando de vez en cuando á su jefe, el cual se embriagaba gozoso con los aromas que despedía aquel servilismo, agradeciendo en el fondo de su alma tales muestras que, en su vanidad, tomaba como sinceras manifestaciones de subordinación y simpatías.

Apuráronse, uno tras otro, varios temas diferentes que surgieron de la lectura de los artículos de fondo que traían los periódicos de Madrid, *El Imparcial*, *El Liberal* y *El Herald*, y cuando el sol se hundía tras la lejana cumbre de Carrascoy y comenzaron á encenderse las luces del café, levantóse el tío Mochuelo de su silla y se despidió para retirarse á su casa. Iba á marcharse contento, por haber pasado un día tan á gusto, pues á las hermosas visiones de su soñado tesoro habían seguido dos negocios de importancia, aunque algo llenos de prosa, y una sabrosísima conversación de política grandiosa, como no podía menos de esperarse de sus entusiastas y sapientísimos subordinados que se devanaban los sesos para prepararle ratos que tenían para él todos los encantos de la más excitante idealidad.

Lorenzo había abandonado el local un rato antes, sin haber desplegado los labios durante las informaciones políticas, porque no podía soportar la charla insulsa de aquellos bienaventurados patrioters, que eran de la misma clase que los que acababan de estrellar á España en Cavite y en Santiago de Cuba, echando luego sobre ella un manto de cieno con el bochornoso tratado de París. Quería ensanchar sus pulmones y respirar aire libre en medio de la campiña, donde el alma, contemplando la naturaleza con todas las hermosuras de su riqueza y esplendidez, se olvida de la ruindad y miserias de los



hombres, y siente palpitar su corazón entre dulzuras que no puede igualar ninguna política del mundo.

El tío Mochuelo, caminando despaciosamente, cual suelen andar los hombres de importancia, fué acompañado hasta cerca de su casa por los más íntimos, que eran, como si dijéramos, los sargentos y cabos de aquella compañía.

---





## CAPITULO X

### *En busca del tesoro*

---

Los hombres de avanzada edad, cuando contraen matrimonio con mujeres hermosas y jóvenes, á más de celosos por instinto, suelen ser tan pegajosos y apasionados, que hasta se sacrifican por el bienestar de sus esposas, y les prodigan toda suerte de halagos y mimos, sin que les dé un ardite el ridículo papel que en ocasiones se ven obligados á representar.

Pero esta conducta sólo la observan los viejos que cifran toda su ventura en el amor comprado con su oro, porque su corazón, vacío hasta entonces de afectos, lo rellenan con el amor extravagante que les entra á última hora á modo de enfermedad, como castigo de la naturaleza, al verse burlada en la marcha tranquila y lógica de sus leyes.

No sucedía lo mismo con el tío Mochuelo que era una excepción de la regla general.

El amor que sentía por su esposa estaba compartido con otros apasionamientos nacidos en tiempos anteriores, y su casamiento, por ende, no venía á llenar vacíos completos, ni á satisfacer esas aspiraciones que brotan con el fuego de la ju-



ventud, cuando, al tender la vista hácia lo porvenir, se siente la necesidad de fundar una familia que llene cumplidamente las ansiedades del espíritu y encauce las inclinaciones naturales de la especie humana.

Antes que á su amor de última hora, el tío Mochuelo había alzado en el hueco de su corazón un altar á la sórdida avaricia, engalanado posteriormente por la idea constante de aquel tesoro oculto que él había visto ya en el delirio de sus exaltaciones; y junto á aquel altar tenía elevado otro á la antipatriótica é insulsa politiquería, que era una de sus más grandes ambiciones, porque no quería ser menos que algunos personajes que tienen en sus manos recursos de importancia, con los cuales se creen de mejor estirpe que los otros desgraciados mortales hijos de Adán.

Y sucedía, que con aquellos sentimientos tan extraños, el del amor iba decreciendo, toda vez que se basaba más en apetitos sensuales que en afecciones del espíritu, como glotonería de adolescente tardío despertada súbitamente, y los de la política y del dinero aumentaban en gigantescas proporciones, por lo mismo que tenían otra base más firme y duradera.

El tío Mochuelo era el otoño, el mes de Octubre caminando hácia el invierno, y Rosalía era la primavera, el mes de Mayo con la perspectiva de un Junio y un Julio abrasadores, la mujer de naturaleza robusta y exuberante que sigue su desarrollo en progresión creciente hasta llegar á su plenitud, á su verano ardoroso, con todo el acompañamiento de sus pasiones comprimidas, como el vapor que se concentra en las entrañas hirvientes de una locomotora.

Rosalía se había casado por cálculo y por agradecimiento, pero sin amor hácia su esposo. Perdidas sus ilusiones por una supuesta desgracia, la pobreza en que se vió envuelta á la muerte de su progenitor, la determinó primeramente á olvidar sus antiguas afecciones; y luego la vanidad, juntamente con reflexiones y consejos de su madre y amigas, la había empujado al tálamo nupcial, alegre por el oro que venia á fascinar sus sentidos, pero vacío el corazón de otros afectos más halagadores.

Sin embargo, rodeada de lujo y de comodidades en alto



grado, respetada por cuantas personas la conocían, considerada como si fuera una gran señora desde su nacimiento, y puesta en vías de alternar con las familias más elevadas de la provincia, hubiérase resignado á su suerte olvidando tal vez lo que le faltaba para ser feliz, si hubiese visto en su esposo la consagración completa de toda su persona, como era de esperar, dado el mérito de una hermosura de primera clase, completada por la belleza inapreciable de la juventud.

Cada día eran menores las caricias de su esposo y más largas las ausencias, y la tristeza comenzaba á dibujarse en su rostro, lo que no dejaba de llamar la atención de Lorenzo.

Aquel orgullo irritante y provocativo que se había apoderado de la joven esposa desde el mismo día de su casamiento, iba trocándose en bondad y mansedumbre, por lo mismo que conocía el valor de ciertos afectos, que en su soberbia rechazara, y que podían sustituir á otros mayores que le eran negados por parte de su esposo.

Lorenzo adivinaba la lucha terrible que sostenía en su interior aquella mujer, y sintió por ella una piedad infinita. Comprendía, por sus conocimientos de las cosas del mundo y del corazón humano, que podía empezar á sacar partido de la situación, empujado por la fuerza de sus sentimientos amorosos; pero respetuoso siempre, tanto por convencimiento como por ser verdaderamente espirituales sus hondas afecciones, decidió permanecer con aparente indiferencia, lamentando en la soledad la desgracia en que se hallaba envuelta Rosalía.

Para proceder de otra manera, comprendió que era preciso dejar que se deslizara el tiempo, á fin de que se restableciera el equilibrio entre los esposos ó vinieran para él situaciones más francas y más despejadas. Aun así, posible sería que no se atreviera á formar esperanzas de ninguna clase, pues le repugnaba aumentar con su pasión las complicaciones futuras, ya que en aquel matrimonio no eran pocas las que habían comenzado á surgir.

Mientras tanto, el tío Mochuelo preparaba con Vicente una expedición para comenzar los trabajos en busca del tesoro. Había hecho llevar á una de sus barcas, que casi siempre se



encontraba en la Ribera de Santiago, dos palancas y dos piquetas con algunos trozos de cuerda fina y resistente, y cuando lo creyó oportuno, señaló el momento de la partida.

Una mañana, al mismo tiempo que se dejó ver en el horizonte el primer rayo de luz, vistióse con su antiguo traje rústico, como más á propósito para las faenas que iba á efectuar, y tomando precauciones para que nadie de la casa se percatara de su intento, abrió una puerta falsa, tras la que esperaba su iluso compañero, y juntos ambos, marcharon á donde se encontraba la barca que había de trasladarlos al punto del lago en que querían arribar.

Liados en sus mantas y sin desplegar los labios, llegaron á la orilla que estaba completamente desierta, y el tío Mochuelo, acto continuo, se deslizó entre las tablas de la pequeña nave, para ocultar su persona á la vista de cualquier curioso que pudiera presentarse inoportunamente. Mientras tanto su compañero se dirigió á la cantina recién abierta, para beber un vaso de aguardiente y comprar algunos comestibles que luego utilizarían los expedicionarios.

Hecha esta operación en presencia del tendero y de algún madrugador que entró poco después para matar el gusano, Vicente se acercó á la barca, haciendo ver que no le acompañaba nadie. Una vez dentro, desató la amarra de la orilla, levó el ancla hundida en las arenas, y tomando un largo remo, fué hincándolo en el suelo fangoso hasta salir á donde pudiera desplegar la vela.

A unos veinte ó treinta metros de la playa, ya pudo izar el lienzo enrollado, y amarrando bien las cuerdas, montó el timón y dirigióse á la punta de Galindo para orientarse desde aquel punto. Entonces el tío Mochuelo salió de su escondrijo.

—¿Estás seguro,—preguntó,—de que nadie me ha visto?

—Completamente, tío Diego. He puesto mucho cuidiao pa que me vean á mí solo. A toas las preguntas que en la cantina me han hecho, he dicho que voy por agua á la Manga, que se la han recetao á osté los médicos pa que le siente bien tó lo que coma.

—Así, así me gusta: ya sé que eres un muchacho listo, y lo





que conviene es que tó el mundo inore lo que llevamos entre manos. Lo prencipal es dar el golpe, sin saber de ánde ha venío.

—¡Y que no tendrá que ver cuando le metamos mano á tos esos millones!

—Como que la gente te verá rico de la noche á la mañana, y tó el pueblo se va á quear con un palmo de boca abierta.

Volvieron á guardar silencio. Vicente se entregó á sus sueños de color de rosa mientras atendía á las maniobras de la nave, y el tío Mochuelo se embozó hasta los ojos con su manta, para no ser conocido de los pescadores de palangres ni de los de las pantasanas que comenzaban á aparecer á distancias cortas.

Así anduvieron dando bordadas, lo que atrasaba un poco el viaje; pero convenía hacerlo de esa manera para no cruzarse con los otros barcos y despertar la curiosidad de algún imprudente. Cuando ya se presentó un momento favorable por estar completamente despejado el espacio donde bogaban, allá fué el desplegar la lona en toda su extensión, cruzando frente á la Encañizada de la Torre, y á poco atracaron en un sitio que les pareció muy á propósito para saltar á la faja de tierra que separa los dos mares.

El sol aparecía con intermitencias tras bandas de vapores blancos y plumizos, y veíase que tanto en la montaña del Estacio, por la parte del mar, como en el lejano Cabezo Gordo, por la parte de tierra, aglomerábanse poco á poco las nieblas, semejantes á penachos de plumas enormes entre vellones de lana que aparecían en toda la extensión del firmamento.

Era cosa sabida de todos los habitantes de aquellos campos, que cuando la cumbre del Cabezo Gordo se entolda de tal manera, la lluvia se halla muy cercana; y el tío Mochuelo que reparó bien en ello, dijo con visible malhumor:

—Me paece que se vá á torcer el día.

—Esto vale poco,—contestó Vicente:—bórias de Levante que pasarán pronto. Miste qué roalicos tan claros hay por la parte de San Pedro.

—Sí, pero no me fío de esas señales.



—¿Y qué pué suceder? Tó lo más un remojón pa las cebás que se han retrasao por falta de lluvias.

Movió el tío Mochuelo la cabeza, como dudando de los pronósticos de Vicente, y replicó:

—Ya... ya... pero con cuatro gotas que nos cayeran, tendríamos lo bastante pa calarnos dista los güesos. ¿Ande nos meteríamos si el cielo soltara un chaparrón?

Y decía la verdad. A medida que el día avanzaba, las nieblas iban condensándose, formando un toldo plumizo que empequeñecía lentamente el horizonte, ocultando la vista de las montañas y haciendo invisible hasta el Cabezo Gordo. Luego, un viento húmedo y fuerte comenzó á saltar del mar al lago, moviendo bruscamente la superficie de sus aguas, hasta entonces sosegadas y como adormecidas. Todo indicaba un próximo chubasco, cuando no el principio de un temporal, de esos que en la provincia, al desarrollarse, parece que no van á terminar nunca.

—Pos miste,—añadió Vicente:—lo mejor es emprencipiar el trebajo, y sea lo que Dios quiera. Pa algo habemos venío, y no creo que esté bien que nos golvamos sin haber hecho ná.

—Tiés razón, Vicente: sería una lástima tener que echar otro viaje, dimpués de encontrarnos tan cerca de lo que aquí nos trae.

Y diciendo y haciendo, dirigiéronse hácia las peñas del regolfo del Estacio, llevando cada uno una cuerda, una piqueta y una palanca, dejando en el fondo de la barca los comestibles, bien resguardados de cualquier eventualidad, para utilizarlos á su tiempo debido.

La impaciencia de Vicente sobrepujaba á la de su amo, y estremecíase de gozo al pensar que tal vez antes de terminar el día pudiera verse dueño de una riqueza de consideración, que endulzara para siempre las amarguras de su porvenir.

Anduvieron como medio kilómetro en sentido diagonal, y llegaron al sitio de los bloques que, en opinión de ambos soñadores, eran las mudas centinelas del tesoro. El tío Mochuelo, mojando más de una vez su calzado en las olas del mar, dió varias vueltas al rededor de los verdes preduscos, y buscó



inútilmente una señal cualquiera que fuera la aclaración de todas sus dudas; pero no hallando nada de particular, paróse ante el bloque más grande, y dijo á Vicente:

—Tú por ahí y yo por aquí.

Y sin proferir otra palabra, comenzaron á descargar golpes de piqueta sobre el suelo endurecido, hasta hacer asomar el sudor á sus frentes, con aquella faena que pudiéramos llamar de desesperados.

Ahondaban lentamente, abriendo ancho surco por todo el circuito del enorme peñasco, sin que decayeran sus fuerzas en aquella labor ímproba, como si las energías de su espíritu alejaran las fatigas que hubiera sentido cualquier operario atenido á su jornal, y apenas les molestaba el viento que les azotaba el rostro, llevando chispas de agua del mar, y algunas gotas de la lluvia que ya comenzaba.

Parecía la tierra una argamasa de cal, apisonada y endurecida por la acción de los siglos, y dejábase apenas socavar, cual si tratara de defenderse de una agresión injusta, como guardadora fiel de lo que le habían confiado. ¡Diablo de moro, y cómo se resistía á soltar su presa!

Y caían y se levantaban y volvían á caer aquellos picos de hierro, con ruido sordo, rebotando á veces al chocar contra piedras empotradas bajo la superficie, y la lluvia menudeaba, como si se escapara de las mallas de un inmenso tamiz, parecida á puntas de hielo que se clavaban en la piel hasta hacerla cambiar de color, cual si llevaran en sus finísimas agujas una disolución de carmín ennegrecido.

Pero no había que desmayar. Allí estaba el alvéolo, la concavidad que cerraba la pesadísima puerta de roca, enorme, potente, como merecía la riqueza oculta, reservada para los corazones ardorosos, capaces de llevar á cabo las empresas más difíciles; y tenía que ser precisamente debajo de aquel bloque y no de otro de cuantos se extendían por la playa, porque era el mayor de todos, el de aspecto más imponente, el guardián más seguro del riquísimo tesoro que ya en antiguas épocas despertó la codicia de piratas esforzados, atraídos desde lejanas tierras por la inmensidad de su fama.



Al fin, cuando ya les pareció que había bastante espacio removido, dejaron los picos y agarraron las palancas. Tenían que voltear al gigante, como espantajo inútil que ya no aprovechaba para seguir desempeñando su papel. Y con efecto, las pesadas barras, tomando el punto de apoyo que los operarios creyeron conveniente, comenzaron á forcejear, haciendo que el gigante se conmoviera, si bien por el pronto su trepidación no le hizo variar ni una línea del sitio donde tenía sentados sus piés.

Bastó, sin embargo, aquella ligera muestra de debilidad del gigante, para que se inundara de alegría el pecho de los operarios, y suspendieron un momento la operación para saborear la impresión agradabilísima que les produjo; pero inmediatamente trataron de seguir adelante, buscando otro punto diferente para introducir las palancas.

En tal momento, la condensación de los vapores de la atmósfera había llegado á su máximun, y una lluvia torrencial se desplomó de repente sobre las cabezas de los soñadores, viéndose precisados á abandonar las herramientas y á correr en busca de la barca donde guarecerse, si es que el frágil leño podía prestarles albergue seguro.

Llegaron calados hasta los *güesos*, como decía el gran político, y apenas tuvieron tiempo de desliar la vela y cubrirse con ella á modo de paraguas, haciendo de la tupidez de la lona un buen impermeable por donde resbalaba la lluvia, mientras sus ropas, adheridas á la piel como una capa de hielo, les hacía tiritar y dar diente con diente, cual si estuvieran atacados de calentura.

Caía el agua á torrentes, como si se hubieran soltado los diques de otro lago que flotaba sobre las nubes, formando el cielo y el mar una masa plúmbea, sin forma determinada, y sentíase á lo lejos el rugido de las olas del Mediterráneo, como un canto fúnebre de destemplados tonos, respondiendo con la violencia de sus iras al reto que fuerzas portentosas parecían lanzarle desde la altura.

Sentía el tío Mochüelo un desvanecimiento que le nublabá los ojos y creíase próximo á espirar, cuando recordó Vicente



que en el fondo de la barca había colocado una buena bota de vino, específico el más oportuno para obtener algún calor en aquellas críticas circunstancias; y al sentirse herido del recuerdo, deslizóse por el centro de la tablazón, sosteniendo la vela como Dios le dió á entender, y un minuto después mostró en su mano el líquido de la vida.

—Sí, dame,—gritó el tío Mochuelo, tiritando como un agonizante.

Y sin esperar respuesta, con la misma ansiedad que el naufrago se agarra al leño que la suerte le presenta en medio de las olas, extendió el brazo tembloroso, arrancó la enorme bota, y haciendo saltar la clavijilla que la cerraba, púsose á chupar por el agudo pitorro, recibiendo bocanadas de líquido, apretando la piel sobre una rodilla, para que soltara el caño á la manera de una fuente, porque no podía empinar la vasija á causa de la dificultad que oponía la lona para levantar los brazos.

A medida que penetraba en su estómago el líquido bienhechor, sentía que un calor suave circulaba por sus venas, y abría desmesuradamente los ojos, como si recibiera por todas partes nuevos impulsos de vida, dilatándose su pecho con estremecimientos de satisfacción y bienestar. Jamás licor alguno le había producido aquel placer que rayaba en lo inefable.

Cuando se hubo saciado, traspasó la bota á Vicente, y el aterido mozo imitó inmediatamente á su amo en las tragantadas, experimentando iguales transportes de satisfacción, llegando á dejar la bota casi en una mitad vacía.

Más de una azumbre había pasado al recipiente estomacal de los obreros de la civilización.

Continuaba poco á poco la reacción de los cuerpos entumecidos, y sus espíritus cobraban mayores alientos, á pesar de que la lluvia seguía espesa y tenaz; pero los vapores del alcohol obraban como una coraza que impedía obrar al frío de laa mojadas ropas, y ya todo era cuestión de resignarse por algunas horas, si es que la fatalidad se empeñaba en que el destemplado turbión no cediera en buen espacio de tiempo.

De esa manera, agazapados debajo de la lona, amo y opera-



rio habían olvidado el curso de las horas; pero debía de ser poco más ó menos la mitad del día, cuando comenzó á disminuir la intensidad del temporal, y un gran rato después cesó de llover por completo.

Respiraron entonces los soñadores y dejaron caer la lona que los cubría, saliendo de su refugio apesadumbrados y con el cuerpo condolido, por la incómoda postura que habían tenido que soportar durante más de dos horas, cuando tal vez, en concepto del iluso Vicente, de no haber acontecido tal contra-tiempo, se hallaría gozando con el espectáculo de la oculta riqueza, y se sentiría dichoso y feliz al verse poseedor de la tercera parte del codiciado tesoro.

Al ver que aparecían en el horizonte algunos girones de claro azul y que las bandas de nieblas iban perdiendo su intensidad, creyó el tío Mochuelo que ya habían pasado los temores de un mal tiempo y que no sobrevendrían nuevas dificultades, por lo cual quiso que se dispusieran á continuar la operación abandonada.

No dudaba, desde luego, de un éxito feliz, y volvía á sentirse ardoroso como al principio de la mañana cuando surcaba el lago, lleno de ansiedad y de ilusiones; pero comprendía que aún tendrían los dos que trabajar mucho para dar cima á la titánica empresa, por la tenacidad y fortaleza de aquel bloque formidable que no cedería su puesto bien á bien, y que disputaría hasta el último instante, con cuanta resistencia le fuera posible, la hermosa presa que aquellas manos extrañas le habían de arrebatarse.

Pero Vicente, que también comprendía las grandes dificultades que se avecinaban, dió entonces pruebas de ser un verdadero filósofo. Aunque tenía muchas impaciencias que le aguijoneaban, en el deseo de verse rico muy pronto, era para él asunto de mayor preferencia atender por entonces á calmar cierto desvanecimiento que sentía en el estómago y le debilitaba un tanto la cabeza, y propuso el consumo de algunos comestibles, para adquirir las fuerzas de que en aquel momento carecía y que en breve iban á serle muy necesarias.

Y razonaba diciendo que lo primero de todo era comer, ase-



gurar el eje del carro que había de resistir la carga, porque, según el refrán asegura, barriga llena no tiene pena, y á mayor abundamiento es sabido que tripas llevan pies, aunque parezca, por lo que la vista nos dice, que estos son los que han de sostener al individuo.

Tales razonamientos, hijos de la más profunda convicción y formulados con ese tono particular que el hambre imprime á la palabra, hicieron que el tío Mochuelo bajara la cabeza contra sus propósitos y que se contagiara á su vez, despertándosele súbitamente el apetito. Vióse, por lo tanto, obligado á aceptar la idea, y se dispuso á engullir lo que su compañero le presentara.

Entonces Vicente bajó al fondo de la barca, y desliando de un trozo de lienzo las viandas que había traído, puso á la vista de su amo, en un momento, un pan con un trozo de salchichón y algunos de bacalao. Así, como si aquello fuera el mejor manjar que hubieran visto en toda su vida, pusiéronse á devorar el apetitoso fiambre, pero sin perder la costumbre de comer muy despacio, como si para mover las mandíbulas del uno tuvieran que pedir permiso continuamente á las del otro.

---

---







---

---

## CAPITULO XI

### *La Tempestad*

---

Con intermitencias de *levante* y *jaloque*, como si ambos vientos trataran de ejercer su dominio en aquella vasta extensión, deslizábase el tiempo, despejándose ú oscureciéndose alternativamente el horizonte, teniendo perplejos aquellos cambios bruseos al tío Mochuelo y á Vicente, que temían la reproducción de otra lluvia torrencial.

Con ayuda del vino, podían soportar el helor é incomodidad de sus vestidos mojados, y algo hubieran hecho por tener á la mano algunas astillas que quemar, para secar un tanto aquellas empapadas ropas.

Vicente buscó y encontró unas tablas en el fondo de la barca: hizolas pedazos con muchos esfuerzos, y después colocándolas en unas piedras de la playa, con la ayuda de un trozo de cuerda de cáñamo y de casi una caja de cerillas que gastó, hizo un poco de fuego, consiguiendo mejorar su situación angustiosa con aquel calor bienhechor é inesperado.

Cuando se hubieron repuesto un tanto, ordenó el tío Mochuelo la prosecución de las operaciones, y al instante se diri-



gieron al regolfo del mar, pisando charcos y resbalando á cada momento sobre la blanda arcilla, con peligro de caer y desnucarse.

Luego que llegaron al sitio de los bloques, vieron que la lluvia les había favorecido en más de dos tercios de su empresa, pues como el socavón que practicaron por la mañana no tenía ya endurecimientos, el agua cubría el enorme hoyo, encargándose de filtrarse por las partes blandas de la tierra, atacando y venciendo la resistencia del enorme peñasco.

Comprendiólo así el tío Mochuelo, alegrándose infinito, porque le solventaba el difícil problema, y al instante hizo que Vicente trazara un surco para que se escapara el agua contenida en el socavón, como aconteció en efecto en breves minutos.

Al quedar descubierta la tierra sola con el sedimento fangoso de su base, volvieron á introducir las barras, apoyándose en unos guijarros, y al empuje poderoso de su forcejeo, movióse entonces el peñón, levantando en algún punto más de un palmo, presentando una abertura que recordó al tío Mochuelo las fáuces de aquel coloso que vió con los gemelos maínos. El hueco fué relleno al momento con otro guijarro que ingirió Vicente, para que la enorme piedra no volviera á su antigua posición.

¡Qué gozo tan grande en el tío Mochuelo y qué palpar de su corazón afanoso y lleno de entusiasmo!

¿Qué eran ya los sufrimientos de la mañana, las crueldades con que le había maltratado la lluvia, y hasta los temores de que fué presa su espíritu? Para él ya no había esposa, ni política, ni sociedad, ni mundo, ni nada. El gigante había vacilado, había perdido en la batalla su más formidable posición, había retrocedido temblando, medroso, y no tardaría en ser vencido, anonadado, cediendo al fin su presa, su presa que guardaba durante tantos siglos, con la fidelidad y energía de un eunuco que vela llorando las hermosuras que jamás han de satisfacer las ansiedades infinitas de su alma.

Y todo esto, en su gerigonza, en su lenguaje tosco, y salpicándolo de interjecciones incultas, lo decía el tío Mochuelo, mi-



tad mentalmente, mitad á gritos, como si se le escapara el alma por la boca en el delirio de su tremenda exaltación.

Volvieron á buscar las palancas otro punto de apoyo, y los soñadores á poner en ellas todos sus esfuerzos, y entonces sí que fué el colmo del entusiasmo. Levantóse el gigante sobre sus piés, enderezando el enorme cuerpo que se obstinaba todavía en disputar la victoria; pero perdiendo el equilibrio, por no darle los contrarios un momento de reposo, cayó de espaldas, empujado, volteado, rodando luego sobre sí mismo, hasta quedar sumergido en el mar, é incrustándose allí como un eterno monumento de su derrota.

Pero ¡oh desencanto! Al precipitarse el tío Mochuelo sobre el alvéolo, vió que no existía subterráneo ninguno, sino una masa compacta de tierra, algo ablandada por el agua de la lluvia, y sintió que la sangre le subía al cerebro, excitando todo el furor contenido en sus entrañas.

¿Y había trabajado él para todo aquello? ¿Y había sufrido, sin quejarse, todo el rigor de las inclemencias, viendo malogrado su trabajo en un instante? Pero nó: él tenía conciencia de haber visto el tesoro con sus propios ojos y de haberlo tocado con sus propias manos: él recordaba perfectamente que la boca desgarrada del gigante, por donde penetró, era semejante á aquella misma abertura que se había formado al empuje de las palancas, y por allí, por allí mismo salía la claridad de aurora que le iluminó para penetrar en la negra sima donde estaba el objeto de todos sus afanes.

Vicente oía atónito los desatinos del tío Mochuelo, y no acertaba á explicarse nada de aquello, porque lo que más lejos estaba de su imaginación era un ataque de locura en su amo, precisamente porque lo que les trastornaba ahora el cerebro nacía de un hecho positivo, de una realidad que no tenía nada de artificio ni de sueño.

—¿Pero dice osté que tó lo vido con sus ojos y lo tocó con sus manos?

—Sí, Vicente, sí; y ya sabes que, si así no fuera, no hubiera venío yo en un día tan malo como éste.

—¿Y dice osté que entró por aquí mesmo y que bajó á la



cueva y que tó estaba tan claro como si se viera á la luz del día?

—Como te lo digo, Vicente, ni más ni menos, y por eso tó me llama la atención, y no compriendo el ver ahora tan tras mudao lo que vide ñe tan distinta manera.

Encogióse Vicente de hombros, como asombrado por la contradicción tan grande que existía entre lo que estaba patente y lo que le decía su interlocutor, sin acertar á pronunciar palabra alguna que concordara con la extraña situación en que se encontraban ambos.

—Te digo, Vicente, que no lo compriendo y que *me se* sube la sangre á la cabeza.

—Pos yo tampoco lo compriendo, tío Diego. Aquí estaba ese peñasco que habemos volteao, lo mesmo que el día que nos comimos el caldero, y ni lo habemos encontrao removío ni se ven señales de contrabandistas que se haigan llevao, si-gún, lo que había dentro.

—Pos por eso me llama la atención.

—¡Vaya un avío, tío Diego! Estas cosas son pa golver loco al más pintao.

—¡Y tanto! ¡Y tanto, amigo mío! Y cuando considero que habemos perdío el tiempo y el trebajo, y que ha pasao por nuestra ropa toa el agua de las nubes...

Y al decir esto, su voz era trémula y su palabra balbuciente como la de un niño.

Vicente lo miraba compasivo y á la vez malhumorado, porque no quería resignarse con su desgracia y perder de un golpe las ilusiones que había alimentado dentro de su corazón. Dolíale también no verse rico rápidamente, como esperaba haberlo sido en aquel instante.

De pronto, asomó á sus labios una sonrisa de satisfacción, y rascándose la cabeza como si arrancara ideas con sus uñas de aquella cabellera enmarañada, dijo, acercándose al tío Mochuelo y bajando la voz cuanto pudo:

—Diga osté, tío Diego. ¿Y si fuera verdá lo del zahorí?

Abrió el tío Mochuelo los ojos desmesuradamente, como si



aquella idea le hiciera ver de pronto un cielo de esperanzas, y después de un instante de silencio, contestó:

—Muchacho, tú has dao en el clavo, y ahora ya no me pesa lo que habemos hecho, porque pa estar cierto de que se encontraba el tesoro en uno de los dos laos, por anguno había que encomenzar. Al dar éste en fallo...

—Lo digo, sigún, porque siempre he oido decir que el tesoro estuvo en este sitio muncho tiempo, y que no sé quién, que tenía poder pa ello, se lo llevó á la Balsa de San Cayetano.

—Pos ahora me desplico por qué fué.

—¿Por qué, tío Diego?

—Porque aquí era cosa sabía de que estaba; y sin duda el guardián, pa no ser responsable el día de mañana, lo trasmudó. El zahorí aquel, que debió de ser un amigo del agüelo de Lorenzo y que sabía tres secretos de los treinta de Salomón, averiguó ánde estaba. Yo no me lo había creido nunca, por razones que no he de decir. Siempre me figuré que era en este mesmo sitio ande había que darle caza.

—Pos ya se habrá convenció osté de lo contrario.

—Y tanto, amigo mío. Pero ahora es mester saber si una cosa que dice la gente será verdá ú mentira.

—¿Se refiere osté á eso de la sierpe que saldrá cuando sangren á una doncella en la mesma Balsa?

—Sí, á toas esas cosas.

—Entoces, tío Diego, eso es pan comío: yo platicaré con ciertas presonas, haciéndome el mundío, y así como si no fuera del caso, les sonsacaré lo que pueda, y con el resultao sabrá osté to lo que hay que saber en el mundo.

En esto comenzó de nuevo á chispear, habiendo triunfado el *levante* del *jaloque*. La tarde estaba declinando; pero como las bandas de niebla volvían á aglomerarse en el horizonte, parecía que se adelantaba la llegada de la noche, y se hacía preciso reembarcarse inmediatamente.

Con este motivo, volviendo á liar las cuerdas que se habían hecho innecesarias, y tomando cada uno una barra y una piqueta, dirigieronse á todo escape á la barca, llegando teme-



rosos de volver á sufrir otro chubasco, á cuyo solo recuerdo temblaban desde los piés hasta la cabeza.

Pero estaba escrito que habían de terminar la jornada' desastrosamente.

El *levante*, húmedo y frío, tenía tendencias de correrse hácia el *norte*, y tanto apretó con sus esfuerzos, que logró al fin provocar un *nordeste* de tendencias huracanadas, precisamente en el momento en que se había izado la vela de la barca, y el tío Mochuelo se sentó en el timonel, tomando la caña y enderezando la proa en dirección á la Punta de Galindo.

Una fuerte ráfaga de viento, acompañada de una lluvia espesa, hizo virar la barca, poniéndola á pique de zozobrar, y la pobre nave, embestida por las olas encrespadas, vióse imposibilitada de tomar aquel rumbo que hubiera sido el más corto y favorable para la navegación.

Las tempestades en el mar Menor son á veces tan temibles como las del Mediterráneo; y por eso, en cuanto aquella ráfaga de viento hizo retroceder la barca, conoció el tío Mochuelo que se hallaban en verdadero peligro. Recordando su antiguo oficio de pescador, sin atemorizar á Vicente para no crearse un obstáculo más, púsose á dirigir las maniobras con tanta actividad como destreza.

Por lo pronto arrió la vela hasta más de la mitad, y por dos ó tres veces intentó ganar el regolfo de donde momentos antes había partido; pero la fuerza de las olas desviaba la proa violentamente, y la barca seguía empujada hácia el centro del lago, con sacudidas espantosas que hacían crugir las tablas resistentes de sus bandas.

Entonces, como la obscuridad se había hecho bastante intensa, procuró orientarse por la luz del Cabo de Palos, y púsose á obrar, ordenando imperiosamente á Vicente, como es de necesidad en tales casos. Aquella orientación le sirvió de mucho, porque hubo espacios de tiempo nada cortos en que la luz del faro se eclipsaba por la densa cortina de nieblas; y como era preciso seguir maniobrando sin perder la seguridad del sitio en que se encontraban, pudo ir ganando algunos centenares de metros, resistiendo la inclemencia de los pequeños é in-



termitentes chubascos que caían de las nubes y el empuje formidable de las olas, con más valor que Vicente, á pesar de la bien marcada diferencia de edades.

Momentos hubo en que la obscuridad era tan grande, que ni aun los tripulantes se veían, y sólo vislumbraban las crestas de algunas olas en ese fulgor fosforescente que se desarrolla con el movimiento de las aguas salinas.

Y rugía el lago, como si una legión de mónstruos desencadenados bramara en lo interior de su seno, y sentían súbitas elevaciones y súbitos descensos, según que el tremendo oleaje empinara la barca sobre su lomo, ó tratara de hundirla en las depresiones violentas de su alterada superficie.

Vicente y el tío Mochuelo iban agarrados á las cuerdas para no ser víctimas de las sacudidas, y aun así, perdieron muchas veces el equilibrio y estuvieron á dos dedos de ser arrastrados por las olas, especialmente en algunos golpes de mar en que el agua cruzaba de una banda á otra con ímpetu arrollador.

A pesar de todo, la barca ganaba espacio delante de sí. Era resistente y estaba dirigida por quien había sido el pescador más experimentado y diestro, y bien se conocía allí su mano, cuando no habían sucumbido ambos tripulantes, devorados por la furia de la tempestad.

¿Cuántas horas duró aquello? No se sabe; pero es lo cierto que fueron muchas, y que en una de las orientaciones que sin cesar tomaba el tío Mochuelo, conoció que se hallaban muy cerca de la Punta de Rio Negro.

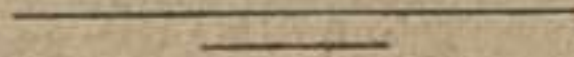
Alegróse mucho, porque sólo un kilómetro los separaba de los Alcázares, y ya todo consistía en sostenerse como hasta entonces, en espera de uno de esos momentos favorables que suelen presentar en ocasiones los malos tiempos, para desplegar la lona en su totalidad y torcer la caña del timón, á fin de enderezar la proa á la playa de los Frailes ó á cualquiera de aquellos sitios arenosos donde encallaría, viéndose ya libre de todo peligro.

Con efecto, el momento favorable llegó, y aprovechándolo con oportunidad asombrosa, mandó á Vicente que terminara de izar la empapada lona, el cual maniobró con la rapidez que






el caso requería, y en tal instante hizo girar el timón en la dirección que se propuso, y allá fué la barca con la velocidad de un proyectil, cortando con su quilla las espumas, cogiendo de través las olas y yendo á hundir el filo de su tajante proa á pocos metros de tierra, en el centro de la curva grande, en cuya orilla se alza el renombrado caserío, á donde acude la gente campesina de casi media provincia, en el verano, para la celebración de la fiesta de la mar.







## CAPITULO XII

### *Tristezas y recuerdos*

---

La ausencia del tío Mochuelo no llamó la atención de nadie durante el primer tercio de la mañana. Un hombre de su importancia podía tener asuntos urgentes, negocios imprevistos, sin necesidad de que su administrador interviniera en ellos, y ni aun de que tuviera la más ligera noticia de las gestiones de su principal.

Comenzó la extrañeza á la hora del almuerzo, y Rosalía se puso malhumorada, más que por la tardanza de su esposo, por el poco aprecio que suponía hácia ella la falta de comunicación, tan natural en las intimidades conyugales, y la reserva de actos que indicaba algo como desconfianza ó desdén.

Como el amor propio de las mujeres suele ser excesivo, mayormente si ellas se creen con bastante mérito personal para que no se les regatee ninguna clase de consideraciones, Rosalía, que tenía formada de sí una idea exageradísima, veía en todo aquello mucho de ultraje que la hería en el fondo de su dignidad. Por esta razón su disgusto subía rápidamente, llegando hasta el punto de arrancar lágrimas de sus ojos.



¿Nó se habían casado en un mismo día? ¿Nó era ella una compañera que ponía la mitad en el contrato del matrimonio, siendo partícipe con su esposo tanto de los intereses como de las penas y alegrías? ¿Nó ofrecía ella el primer ejemplo, consultando pareceres, poniendo en conocimiento de su marido hasta los pasos que daba, en cumplimiento de deberes que aceptó libremente al tomar el estado que tenía? ¿Nó era ella su mejor y más sincera amiga, para guardar secretos y aconsejar medidas, con ese interés que sólo tienen y saben mostrar las esposas sensatas? ¿Nó le exponía previamente sus determinaciones, para ajustarlas á una unidad de criterio y marchar ambos con perfecta armonía?

Entónces ¿por qué aquella conducta de su esposo, aquel ocultarse de su vista para misteriosos procedimientos ignorados de todo el mundo, aquel ir y venir sin conocimiento de ella, aquel madrugar ó trasnochar extemporáneos, aquel silencio absoluto para todo cuanto pensaba ó hacía, y por último aquella ausencia que ya comenzaba á llamar poderosamente la atención? ¡Ay! aquello iba haciéndose ya irresistible, y más tarde ó más temprano debía ella tomar una determinación radical que deslindara los campos para siempre.

Todo cuanto pensaba lo decía delante de Lorenzo, en arranques cada vez más crecientes de ira, sin ver que cometía una imprudencia al exteriorizar sus pensamientos.

Y Lorenzo, en cuyo fondo la pasión amorosa se revolvía rugiente, aunque comprimida por una voluntad de hierro, oía al principio, mostrándose silencioso y un poco triste, apenándose por el disgusto de aquella hermosa mujer, á la que hubiera deseado todas las felicidades imaginarias; pero después desató su lengua, comenzando por medias frases, palabras aisladas, de complementos mudos, y luego soltó el torrente de sus interioridades, sin darse cuenta del efecto que podía producir.

Sí; ella era la culpable de todo, porque no había seguido el precepto natural de «cada oveja con su pareja» sacando de quicio lo que el tiempo se hubiera encargado de resolver. Él vino de Cuba, lleno todavía de ilusiones que no se habían amortiguado á pesar de las fatales noticias que á última hora



recibió. Él esperaba encontrar generosos sentimientos en aquel corazón de que se había apartado algunos años antes, no por su gusto, sino por la fuerza de la ley que lo obligó, alejándolo de su patria con la inflexibilidad y rigor del que tenía mayor poder.

Verdad que ella podía presentar una importante atenuación, la creencia de la muerte de su amante, que estuvo á dos dedos de la realidad, pues cayó herido y fué hecho prisionero y á punto de ser macheteado por los feroces sectarios del libertinaje. Pero ¿por qué se aficionó ella al lujo y admitió regalos de consideración, que eran cadenas con que se aprisionaba, creyendo néciamente que la felicidad le da el dinero por los placeres y comodidad que proporciona? ¿Por qué las energías que ahora desplegaba ella no las empleó para hacerse superior á sí misma, cortando el nudo que no se atrevió á desatar, continuando oportunamente la historia de aquellos amores que interrumpió una desgracia de que jamás él tuvo culpa?

El supo desde léjos cuanto en su ausencia había acontecido, y se llenó de amargura, no sabiendo cómo tuvo fuerzas bastantes para no sucumbir al golpe que recibiera en medio del corazón; pero á pesar de todos sus dolores, respetó los hechos consumados como hombre reflexivo, y se aisló con sus disgustos para saborear él sólo sus propios males, y vivir entre los recuerdos de un pasado que no vería nunca enlazado con el porvenir.

Pudo haber apelado á la violencia, á la imposición, porque le sobraban medios y ocasiones, en caso de que Rosalía se hubiera negado á continuar las relaciones antiguas, y á ello le instaban los muchos amigos que aborrecían al tío Mochuelo por tacaño, y porque, con el iuflujo de su oro, arrebatava una belleza que pertenecía á la juventud por derecho propio; pero no quiso que nadie le echara en rostro algún día la destrucción de lo que aparentaba ser una felicidad.

Por otra parte, él prefirió dejar el campo libre á su rival, por no llegar á la violencia, tal vez á un extremo en que se hubiera teñido de sangre las manos, y por convencerse de que ella había adquirido aficiones que él no podría satisfacer nunca, á



causa de su conocida pobreza; y en cambio, dominándose, castigándose á sí propio, hasta había intentado galantear con cierta muchacha bien parecida, no sólo para despistar á los lenguaraces y mal intencionados, sino para aparecer indiferente á los ojos del mundo, y para buscar á la vez el modo de ver si podía arrancar de su pecho aquella pasión que le enloquecía.

Por último, él había aceptado el puesto de administrador de su rival, por estar cerca de ella, por respirar su atmósfera, porque no podía arrancarse del corazón aquel sentimiento amoroso que le despedazaba, aquella pasión violenta que le enloquecía, pero dominándose y haciendo el propósito firmísimo de ver en ella no sólo un imposible para él sino una persona sagrada á quien había que guardar y respetar, como si se tratara de una virgen de los cielos. La conducta que en aquella casa había seguido, era la confirmación de sus palabras. Ni un desmán, ni la más ligera indiscreción por parte suya, habían revelado jamás los hondos y puros sentimientos de su alma. La prudencia y la resignación eran la forma que había adoptado, para guardar avaro el secreto de su amor y de sus padecimientos. Si hoy se atrevía á manifestar ese secreto, era debido á las circunstancias, pues contra su voluntad se habían abierto las válvulas que cerraban el recipiente de sus amarguras y de su grandiosa pasión, y era inútil intentar recoger las palabras escapadas de su boca.

Pero ella comenzaba á sufrir entonces el castigo de su culpa. Se había casado por interés y no por amor; y como el esposo, por su parte, no había visto en ella otra cosa que una hermosura material, un aliciente para sus sentidos embotados por la pasión del dinero y de la política, una vez saciados sus brutales apetitos, la esposa era una mujer más para él, un mueble de lujo que conservaba por vanidad, pero que día por día le iba siendo cada vez más indiferente.

Todo esto lo decía él arrebatado, sentido, con acento exhalado de lo más profundo de su alma, pues aunque el cálculo había sido al principio el móvil de su conducta, era tan grande y tan verdadera su pasión, que se le escapaba y se le venía á los labios en cláusulas de fuego, dando á sus palabras el in-



menso calor que hervía en su pecho y se difundía por todas sus arterias.

La joven, en el estado excepcional en que se encontraba, oía aquello con una mezcla de terror y gusto, como si dos fuerzas contrarias de potencia irresistible pugnaran á la vez por apoderarse de su espíritu. Por una parte, le horrorizaba escuchar palabras amorosas que rechazaba por deber, y por otra sentía que en su alma se despertaban dormidos afectos, sensaciones inexplicables, algo que le hacía ver en su corazón un vacío que no podía llenar en el anhelo infinito de sus aspiraciones.

Entonces su imaginación volaba hácia el pasado, y recordaba las horas dulces y alegres que disfrutara en otro tiempo, oyendo el acento embriagador de aquel hombre mismo y forjando en su mente risueñas y castas esperanzas con la inocencia de un sueño de las flores. Y al sentirse herida de aquellos recuerdos, que eran en tal momento punzadas de dolor, acudió el llanto á sus ojos, y una lluvia de lágrimas vino á empañar momentáneamente su hermosísimo semblante.

Cuando Lorenzo hubo terminado sus casi inconscientes expansiones, aprovechóse del llanto de Rosalía, para salir de la habitación sin ser visto, dejando allí á la desconsolada esposa entregada á la confusión de sus encontrados pensamientos. Pero la semilla había sido arrojada al surco: la tierra estaba preparada para recibirla, y la misma acción natural que rige y desenvuelve todas las cosas obraría allí, en virtud de sus propias leyes, y ¡quién sabe si haría fructificar aquella siembra, como hace florecer las que arroja sobre los campos el esfuerzo de los labradores!

Como el día amaneció nublado y al fin se formalizó una lluvia general, supusieron los de la casa del tío Mochuelo que éste se habría visto obligado á detenerse en cualquier parte, en espera de una oportunidad para trasladarse á su morada.

Aquietáronse todos con este razonamiento que encerraba una lógica perfecta, y hasta la misma Rosalía se sintió algo consolada, creyendo que no tardaría en ver entrar á su esposo.



Mientras tanto, procuró distraerse en sus asuntos domésticos, para sacudir las impresiones que las palabras de Lorenzo le habían causado; pero llegó el medio día y con él la parada de la lluvia, y como, á pesar de todo, transcurría el tiempo sin que asomara la silueta del tío Mochuelo por punto ninguno, la extrañeza se convirtió en alarma, y en la falta de serenidad, unos y otros comenzaron á formarse las más disparatadas suposiciones.

Dió la coincidencia de que alguien se acordó de Vicente, á quien tampoco nadie había visto, incluso el tío Blas que acudió presuroso al llamamiento de su ama; y como en aquel aguzamiento de imaginaciones y en el ir y venir de las gentes se tropezaron en el dormitorio del tío Mochuelo con las ropas que ordinariamente vestía, la alarma subió de punto, y nadie dudó de que allí había algo más que lo que se veía. Añádase á todo ello que, al seguir rebuscando hasta por los rincones de la casa, se echó de menos un traje en no muy buen uso que el tío Mochuelo solía llevar en época anterior, y entonces se convirtió la confusión en alarma, y ya nadie supo cómo ni en qué sentido orientarse.

No quedaba ya la menor duda. Allí había pasado algo extraordinario y trascendental, envuelto en las obscuridades del misterio más incomprensible, y desde aquel momento había necesidad de tomar determinaciones extremas.

Un criado fué al pueblo con órdenes para el alcalde, encargándose á la vez de dar una vuelta por las calles para ver si adquiriría alguna noticia acerca de su amo ó de Vicente. El tío Blas salió á recorrer el campo de la parte baja, mientras Lorenzo, tomando rumbo contrario, se adelantaba por la carretera hasta escudriñar los últimos límites de la villa.

Todo era actividad y movimiento, en las ansiedades de que estaba poseída hasta la baja servidumbre. ¿Qué más se podía hacer, dada una situación tan excepcional?

Rosalía, olvidando momentáneamente las vivas impresiones que grabaron en su alma las palabras de Lorenzo, trató de sobreponerse á sí misma, cumpliendo á conciencia con sus deberes de esposa, y comprendiendo que era de urgencia suma



anteponer sus obligaciones á todo cuanto pudiera sentir y pensar en lo relativo á sus especiales sentimientos. Decidióse, pues, á no omitir diligencia alguna ni á encomendar á otra persona lo que pudiera hacer ú ordenar, ya que se trataba de su propio marido, y la situación no admitía dilaciones de ninguna clase.

Fuera reserva ó desdén el silencio que guardaba para con ella el tío Mochuelo; fuera cansancio ó indiferencia la falta de exaltaciones cariñosas que notaba en su esposo, la situación no era oportuna para acordarse de nada ni para poner de relieve sus derechos. Aquella ausencia prolongada tenía visos de ser algo así como suceso desgraciado, y ella sentía una congoja infinita que le desgarraba el corazón. En tal momento quedaban borrados todos sus disgustos, como si jamás hubieran existido, y era preciso agotar cuantos recursos estuvieran á su alcance, para encontrar á su esposo y hallar una situación clara y definida, aunque le fuera dolorosa.

A pesar de todo, nada se conseguía. Volvían los sirvientes con recados de Lorenzo y del tío Blas, sin traer ninguna esperanza. El tiempo avanzaba, y con él llegó la noche desapacible.

Soplaba furiosamente el vendabal, lloviendo á intervalos, y la obscuridad se dilataba con aglomeraciones de nieblas, estrechando cada vez más los contornos del horizonte. A ratos, los murmullos del viento en la hojarasca del jardín y en los lejanos olivares, fingían lamentos y hasta gritos de desesperación, como de personas desvalidas allá en las praderas invisibles, en cuyo fondo la esposa trataba de hundir los rayos de sus pupilas, sin poder penetrarlo.

Y entonces, en la exaltación de su espíritu atribulado, se extraviaba su imaginación, excitada por la fiebre, y creía ver á su esposo, que ya regresaba á su hogar para devolver á todos con su presencia la tranquilidad perdida, asaltado cobardemente por feroces enemigos suyos, envidiosos de su fortuna, habiéndole acechado allá en la hondonada de una senda, al amparo de las sombras y en medio de la más espantosa soledad. Y el delirio se extremaba entonces y las imágenes eran más vivas, y veía á los malhechores capitaneados por Vicente



por aquel traidor, sumiso hasta entonces para inspirar una confianza completa, y después adversario irreconciliable, maltratándole todos y hundiendo sus puñales sin piedad en la garganta de aquel hombre indefenso.

Y lloraba la pobre esposa, sin encontrar á su lado una mano amiga que enjugara sus lágrimas, y alzaba al cielo sus manos suplicantes, demandando un consuelo fugitivo para su desolado corazón.

Luego, por un fenómeno tan natural en los extravíos de la mente, pasaba á contrarias suposiciones, y creíase engañada, pospuesta á otra mujer menos bella, pero más engañadora por sus cálculos y artificios, que había sabido fascinar con fingidos halagos, hijos del más villano interés, las pasiones de aquel hombre que, á pesar de su edad avanzada, no conocía aún las maldades del mundo. Y aquella advenediza se burlaba cruelmente de la pobre esposa, pisoteando sus derechos, y libaba la copa de un amor satánico como robo que causa las delicias del criminal empedernido.

Y enlazando ideas é imágenes de subido color sin orden ni concierto, parecíale ver á su esposo estrechando á la rival entre sus brazos, en el desbordamiento de todas las impurezas, inyectados los ojos del fuego de una ansiedad horrible y maldita, con la desesperación de las decadencias que buscan violentas emociones para obtener momentos juveniles, á trueque de gastar con rapidez su ya viciado organismo. Y entonces el dolor de su alma se trocaba en odio, afluía al cerebro la sangre con la precipitación de una corriente de lava, y recordaba el amor respetuoso de Lorenzo, el amor sublime del espíritu, el amor sacrificado por ver feliz á la prenda de su corazón.

Y en aquellas alternativas violentas de su delirio; en las convulsiones y estremecimientos de sus nervios en vibración, cayó sobre la mullida alfombra de su gabinete, sin exhalar un ay, muda, acongojada, sin conciencia de sí misma, como una masa inerte donde la vida sólo se mostraba á ratos por las sacudidas que experimentaban sus miembros, en el canaancio de una lucha tan prolongada.

Las pesquisas que se habían practicado, tanto dentro del pue-



blo como en diferentes puntos del campo, no dieron resultado ninguno, y hasta el alcalde que, acompañado del alguacil del municipio, dió algunas vueltas por los sitios que el tío Mochuelo frecuentaba, no fué más afortunado que los otros exploradores, y tuvo que resignarse á volver á su casa, algo cansado y muy impaciente, en espera de noticias que le aclararan aquel misterio.

A pesar de lo desapacible del tiempo, no faltaron comadres y vecinos habladores de la villa que se trasladaron á la morada de otros tan curiosos y parlanchines como ellos, frotándose las manos de gusto, por haber encontrado un tema interesantísimo, que se prestaba á sabrosos comentarios, para dar á la sin hueso un par de horas de ejercicio, en su afán de pasar una velada con el más agradable de los entretenimientos.

Bien entrada la noche era, cuando regresó Lorenzo, luego de haber atravesado lodazales y sendas extraviadas, volviendo con un humor de todos los diablos, por haber conseguido únicamente llenarse de lodo y sacar en claro lo que el negro del sermón. Encontró la morada del tío Mochuelo sumida en la más profunda tristeza, como si retratara el estado aflictivo del corazón de su dueña. Reinaba un silencio sepulcral en todas partes, cual si en aquel momento no existieran allí seres humanos, y las pocas luces que iluminaban algunos aposentos, aumentaban el pavor de que parecía estar impregnado todo el ámbito del edificio.

Conoció, desde luego, que el resultado de las pesquisas del tío Blas, lo mismo que del alcalde y de los mozos, era igual al que él había obtenido en las suyas. Preguntó entonces por Rosalía para ver si seguía tan alarmada como antes; pero nadie le daba razón de ella, por estar toda la servidumbre aterrada ó abstraída en sus cuidados particulares, dado el desorden completo que se había producido.

Esto le inquietó mucho, y mandó encender inmediatamente las luces de todos aposentos y que se procediese á buscar á la dueña, con preferencia á cuantas cosas hubiese necesidad de hacer. Así se verificó, y la joven fué encontrada en su gabinete, tendida y sin sentido, vencida por su propio dolor.

Creció con esto la alarma, pues como sucede casi siempre,



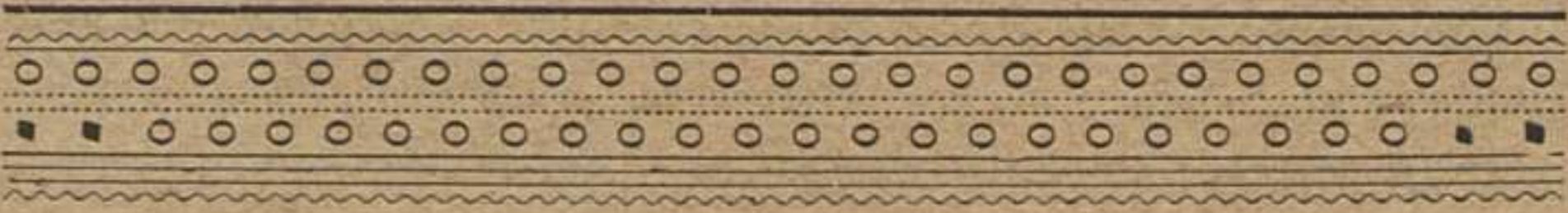
nunca un mal viene solo, y no parecía si nó que todas las fatalidades trataban de conjurarse á la vez en aquella casa, para poner á prueba los sentimientos de cada cual.

Lorenzo ordenó que trasladaran á Rosalía á su lecho, por primera providencia, y que su doncella la friccionara para hacerla volver en sí, lo que se ejecutó con la mayor rapidez, en la buena voluntad que la servidumbre tenía por socorrer á su ama. Inspiraba en aquellos momentos tales simpatías, que todos los corazones se enternecieron al contemplarla en tan angustioso estado, y no omitieron medio alguno para que volviera á su normalidad.

Cuando la pobre Rosalía abrió los ojos y pudo darse cuenta de la situación en que se hallaba, la primera mirada con que tropezó fué la de Lorenzo, en la que se retrataba la ansiedad infinita de un corazón agitado entre las violencias de la pasión y del sufrimiento.

Entonces dos ardorosas lágrimas brotaron de los párpados de la joven, y cayó sobre la almohada, lanzando suspiros dolorosos, que más parecían la confesión tácita de su amor por aquel hombre, que la expresión de sus angustias y fatigas, tras un día de sufrimientos crueles y de una noche horrorosa como las penas que sienten los condenados á castigos eternos.





## CAPITULO XIII

### *Regreso*

---

Las ocho de la mañana serían por filo, cuando un vendedor ambulante de pescado trajo noticias del tío Mochuelo. Había aparecido con Vicente en una de sus barcas, en la Ribera de Santiago, y enviaba urgentemente por su galera para trasladarse á su casa.

Recibió Lorenzo la noticia que hizo transmitir, acto continuo, á Rosalía para que se calmasen sus angustias, y al mismo tiempo ordenó el arreglo del vehículo que se había pedido por su dueño.

Corrió la nueva con la velocidad del rayo por entre la servidumbre, y todas las imaginaciones se dieron á conjeturar sobre la extraña aparición, inventándose en un momento multitud de fábulas, en el deseo de explicarse satisfactoriamente lo sucedido, ya que durante un día entero nadie había acertado dónde pudiera encontrarse el jefe de aquella casa.

Cuando la galera hallóse dispuesta, montó en ella Lorenzo, y á todo el galopar de los caballos, se dirigió al lugar donde los náufragos se encontraban.



Con efecto, el tío Mochuelo y Vicente, luego de encallar la barca en la playa de los Alcázares, saltaron á tierra, mareados, aturdidos y llenos de fatiga, por aquel tremendo bregar de tantas horas, y se encaminaron, como Dios les dió á entender, á una casilla de pescadores, empapados de agua, resbalando á menudo y pisando incesantemente lodo, en medio de una completa obscuridad.

Costóles todavía algún trabajo que les fuera franqueada la puerta; pero ya bajo techo, respiraron satisfactoriamente, como si sólo en aquel momento se vieran libres del peligro que corrieron y del que habian salido casi milagrosamente. Entonces, al calor de una buena lumbre que encendieron los caritativos pescadores, el tío Mochuelo y su acompañante pudieron secar sus vestidos y reanimar sus miembros, disponiéndose á pasar de cualquier manera el resto de aquella noche maldita.

Después de todo, tenían que dar á Dios infinitas gracias por haber quedado con pellejo. Los apuros y angustias que habian tenido no eran para menos, y se estremecían ante los menores recuerdos de lo que acababan de sufrir.

Unos pardetes asados en el rescoldo de la hoguera y un buen trago de vino, por la mañana, calmaron su hambre y templaron por completo su fatiga; y como el día presentábase claro y el lago se encontraba poco movido, con tendencias á serenarse, vieron que era mejor regresar á la Ribera embarcados, que hacer el viaje por tierra, por cuya razón se decidieron á volver de este modo.

No ofrecía gran trabajo poner la barca á flote, á pesar de que estaba bien sujeta por el encallamiento y toda llena de agua. Bastaron un par de horas para que media docena de operarios la sacaran de aquella ligera prisión y la dejaran completamente lista y en disposición de surcar nuevamente la superficie del lago.

Tenia el tío Mochuelo deseos vivísimos de regresar á su casa inmediatamente, maravillándose de haber olvidado el día anterior hasta la imagen de los seres más queridos que parecían ahora acusarle por su falta de memoria. Así es, que, acabada la operación, remuneró con verdadera esplendidez á



todos los perarios, conociendo que no era de oportunidad lucir sus tacañerías, y saltó con Vicente á la barca, haciendo rumbo hácia la Punta de Río Negro, para doblar allí y dirigirse en una pequeña curva al punto de su arribada.

Lorenzo los encontró pálidos, desencajados y ojerosos, como cadáveres salidos de sus tumbas, y de una ojeada observó que las ropas de aquellos hombres estaban tiesas y como acartonadas, señales inequívocas de haber buscado en el fuego refugio, después de un enorme remojón, tal vez en el mar mismo luchando con la tempestad.

¿Pero á dónde había ido aquella pareja que llevaba de ausencia más de treinta horas?

Esta pregunta, hecha á sí propio, le hirió vivamente la memoria y le reveló algo de la verdad. Como aquella suposición era la más verosímil en tales circunstancias, calificó de locos rematados al amo y al mozo, si bien guardándose mucho de burlarse ostensiblemente de ellos ó de reprochar en lo más mínimo su conducta. La enfermedad era terrible, y había oído mucho hablar del fin rápido y desastroso de los atacados de locura por las riquezas. Pero después de todo ¿qué le importaba á él todo aquello? En cuanto á la aventura, ya se la referiría Vicente, su íntimo amigo que depositaba en él sus secretos y se lo consultaba todo. Así, con un poco de calma, pronto se pondría al corriente de lo sucedido.

Había, pues, que fingir, aparentar que no sospechaba nada absolutamente, y cuando los tripulantes saltaron en tierra, preguntó con la sencillez más grande del mundo:

—¡Hola, tío Diego! ¿De dónde sale usted que nos ha tenido medio muertos de susto? ¡Arriba! ¡Arriba!

Y luego añadió mientras entraban en la galera.

—¡Vaya! Alguna calaverada: alguna muchacha por allá por las Salinas de San Pedro, que le ha retenido durante un día y una noche.

El tío Mochuelo que vió en aquellas palabras una idea magnífica para inventar la mejor de las excusas, agarróse á ella al instante, y contestó con gran apariencia de sencillez:



—Pos eso es, eso ni más ni menos: paece que te lo han dicho al oído:

—¡Cuidado, tío Diego! Mucho cuidado, que las infidelidades no son buenas, y más cuando debe de estar aun blando el pan de la boda.

Creyó el tío Mochuelo que había cometido una imprudencia, y se apresuró á rectificarla, exclamando:

—Te diré, hombre: no llegó la cosa á tanto, ni quiera Dios que yo le falte á mi Rosalía; pero como sucedió que yo tenía que ir á las Salinas á un asunto pa ver si se pué emprender un negocio de sal, me fuí con Vicente en cá un amigo pa golverse de conta, y cádate que echó á llover á eso de la media mañana. Aquello me puso dao á tos los diablos, porque vide que la cosa iba pa largo y que no tenía trazas de parar en muchas horas.

—¿Y vino entonces la muchacha?

—¡Cá! Lo que vino fue más agua y paeía que iban á juntarse los dos mañes. Pos, señor, que dale, que torna, que aspera, que va, llegó la noche, y como el tiempo se puso con una ventolera de dos mil diantres, no nos atrevimos á pasar el charco.

—Pero ¿y la muchacha?

—Aspérate, hombre. Como no había modo ni manera de enviar una razón á vusotros, pos yo me desesperaba, porque no *me se* quitaba de la cabeza mi Rosalía ni nenguno de los de la casa, y tó era levantarme aquí, sentarme allá, y tornar y golverse, con una esazón que me escoyuntaba.

—Bien, pero la muchacha no parece.

—Pos la muchacha, que es hija de ese amigo mío, estaba allí, y la probe, viéndome tan desagenao, se puso á platicar y á contar muchas cosas, diquia historias, y luego nos *acostémos* como Dios nos dió á entender.

—¿Y qué hizo entonces la muchacha?

—¿Pos qué había de hacer? Irse ella tamién á lo que le die-ra la gana, á acostarse ú á velar ú á lo que quisiera hacer de su presona, porque en su casa estaba y con eso está tó dicho.

—No está mal,—pensó para sí Lorenzo, y luego añadió en



voz alta:—Pues mire usted, tío Diego: usted estaría muy intranquilo, y yo no lo dudo, porque lo que me cuenta no es para otra cosa; pero nosotros hemos revuelto el término de la villa, buscándolo por todas partes. Rosalía estaba desconsolada, y hubo que darle calmantes para que no se muriese de congoja.

Inmutóse el tío Mochuelo al oír estas últimas palabras, y exclamó enternecido:

—¡Cómo! ¿Es posible? ¿Y había de remediarlo yo dinde allá, sin verlo ni saberlo?... ¡Probetica!... Verás: en cuanto llegue, la pongo güena en tres minutos.

A esto, la galera corría por el tortuoso camino lleno de charcos donde hundía sus ruedas, enfangándolas hasta el cubo.

El tío Mochuelo bajaba la cabeza, triste y avergonzado á la vez, como si se considerara reo de un delito enorme que no podía ocultar á la mirada investigadora de un acusador; y Lorenzo, dejándolo sumido en sus íntimos pensamientos, interrogaba á Vicente con la vista, leyendo en el fondo de su amigo la tragedia del día anterior, como si el otro se la relatara punto por punto.

Poco tiempo tardaron en llegar á la casa, y en cuanto se apearon del carruaje, la primera operación del tío Mochuelo fué dirigirse precipitadamente al gabinete de su esposa.

Estaba Rosalía recostada muellemente en una lujosa butaca, con áire de gran señora, cosa á que iba acostumbrándose insensiblemente, porque el hábito contraído en su nueva vida le venía haciendo deponer, aunque con lentitud, la afectación que solía tomar al principio de su grandeza.

Fué el tío Mochuelo á precipitarse en los brazos de su esposa, y hasta le dirigió alguna frase de cariño, creyendo que con aquel acto borraría el hondo disgusto causado por su ausencia; pero lo contuvo una mirada despreciativa de la joven, mirada que heló al ricachón hasta los huesos, produciéndole más frío que la lluvia de la víspera, y dejándolo inmóvil, como si sus piés hubiera echado de pronto raíces en el pavimento.



Aquella mirada, penetrante y hasta provocativa, le hizo reparar también en el viejo y desusado traje que vestía, indigno de él, y se avergonzó al verse cubierto de aquella manera.

El tío Mochuelo sintióse débil en aquel instante y balbuceó frases incoherentes, pretendiendo disculparse de los justos reproches que su esposa le lanzaba en los rayos de sus pupilas, y queriendo manifestar á la vez su sentimiento por el disgusto causado contra su voluntad. Pero aunque Rosalía entendió perfectamente aquel lenguaje incompleto y azorado, no quiso prestarle ninguna atención, y cerró los ojos para poder prolongar su despreciativo silencio.

De esa manera manifestaba que no quería oír satisfacciones que no había pedido ni disculpas que no podía creer de ninguna manera, pues seguía royéndole el corazón aquel pensamiento fatal que asaltóle la noche anterior, cuando creía haberse visto despreciada por su esposo, ó tal vez pospuesta al capricho de una advenediza de mérito insignificante.

El tío Mochuelo, apesadumbrado y confuso, viendo que era inútil todo cuanto intentara hablar para hacer patente lo inocente de su conducta, sobrecogióse ante la resuelta actitud de su esposa, y salió de la estancia mucho más aturdido que cuando en ella se presentó.

Mientras tanto, Lorenzo se había apoderado de Vicente y lo llevó á su despacho, donde con gran seguridad le hizo referir toda la historia del día anterior.

Gozaba el administrador oyendo el relato de tan original aventura, aunque procuraba no exteriorizar sus fruiciones que le hubieran impedido conocer hasta los detalles más nímios; y cuando su interlocutor, tan exaltado como candoroso, repitió las palabras del tío Mochuelo sobre aquél zahorí que sabía tres secretos de los treinta de Salomón, dándose una palmada en la frente, exclamó, como si se sorprendiera de tal noticia:

—Sí, sí, era muy amigo de mi abuelo, y todo lo recuerdo perfectamente. Pero ¿por qué no ha guardado el secreto que yo tan en confianza le revelé y que no conviene divulgar?

—No lo sé,—contestó Vicente,—quizá sea porque en esto él y yo semos una mesma presona.



—De esa manera, nada tengo que decir.

—Pos mira, ya que estamos sobre el ayunque, vamos á platicar un rato.

—Como quieras.

—Yo tenía noticias de tó eso, por lo que se viene diciendo y no por otro conduto. Al prencipio, no creía en ná y dista me reía, porque me paecía cosa de cuento. Pero me he convenció ñe que es verdá y muncha verdá, y si nó, díme: ¿sabes de ánde ha salío toa la riqueza del tío Mochuelo? Pos ha salío de una de las cajas del tesoro que se encontró cerca de los peñascos.

—Vamos, entendido.

—Pos bién, platiquemos de lo prencipal. Ya que tñ sabes mejor que náide lo del zahorí ¿será cierto ú has oido decir tú tamién que, al trasmudarse á la Balsa el tesoro, no se pué ya sacar sino sangrando allí mesmo del pié izquierdo á una doncella?

—Así lo he oido decir yo también: esto es, lo oi decir, cierta noche, siendo muy muchacho. Recuerdo que mis padres hablaban de esas cosas, á consecuencia de haber referido que un pastor de mi abuelo llevaba siempre encerrados los *mengues* en una caja, y que los sacaba de noche para que le guardaran el ganado, mientras él dormía. Ese pastor, cuando se hizo más hombre, se convirtió en zahorí, y los *mengues*, sin duda, le revelaron tres secretos de los treinta que sabía Salomón.

—Pos mira, atento de lo de la sangría, que es lo único que yo quería saber, me alegro de que tú mesmo me lo haigas comunicao, porque así tó seguirá de secreto.

—Harás perfectamente.

—Ya ves; si emprenciara á preguntar por aquí ú por allí, al cabo de angún tiempo podría llamar la atención, y lo que á nusotros nos conviene es que náide sepa por ánde vamos. A tí únicamente te lo cuento, porque ya sabes que dinde muchachos semos amigos de verdá.

Tentado estuvo Lorenzo de desengañar á Vicente, admirado de su candorosa inocencia y de la sinceridad con que le habla-



ba; pero guardóse de responder al impulso generoso de su corazón, porque conció que su buen deseo carecía completamente de oportunidad. Además, conveníale dejar correr las cosas por su cáuce natural, sin poner cortapisas á las extravagancias del tío Mochuelo. ¿Las había él buscado acaso? ¡Quién sabe si el fruto de ellas pudiera recogerlo él algún día!

Así es que, ciñéndose á las circunstancias, se contentó con decir á su amigo:

—Tú puedes hacer en mí las confianzas que quieras, seguro de que nadie ha de saberlas de mi boca.

Después de aquella escena, Lorenzo escribió unas cartas que había de poner á la firma de su principal, y cuando estuvieron terminadas, llamó al tío Mochuelo, el cual acudió mal humorado.

Le duraba todavía el escozor de la actitud despreciativa de su mujer, y á más de eso, las fatigas y las penalidades de la víspera habían dejado en sus nervios señales hondas, sintiéndose sin fuerzas que tenía necesidad de reponer.

Oyó leer aquellas cartas con muy poca atención, y puso su firma sin hacer observación ninguna. Después indicó que se retiraba á descansar, y con efecto, dirigióse á su habitación, cerrándola con llave: luego hundióse en la cama, donde es fama que durmió de un tirón hasta el día siguiente, reponiéndose por completo, sin que se le conociera que había pasado por su espíritu toda una catástrofe.

Cuando Lorenzo terminó sus tareas, quiso aprovecharse de la oportunidad que se le presentaba para continuar sus expansiones amorosas.

Como no abrigaba ningún propósito material acerca de Rosalía, y además sentíase impulsado hácia ella de una manera irresistible, creía firmemente, con profundo convencimiento, que las afecciones puramente espirituales sin ulteriores propósitos ni miras intencionadas, resultaban actos lícitos que no podían ser tachados en conciencia. La consagración pura de sus facultades, en aras del objeto idolatrado; el culto fervoroso, en lo más íntimo del corazón, hácia un sér que era como



la encarnación viva de una idea extra-terrestre, no podían contener malicia en el fondo ni en la forma.

En esta persuasión, fuése en derechura al gabinete de Rosalía, donde la joven se encontraba sin haber podido desechar aún la desagradable impresión que le produjo la entrevista con su esposo, y después de pedir permiso con la más exquisita urbanidad, entró, dejando abierta la puerta, para no dar lugar á sospechas ó á dudas, y sentóse á respetuosa distancia, procurando dar á la pulcritud de sus frases la parte principal de la escena.

Latíale el corazón apresuradamente al verse, en circunstancias tan especiales, cerca de aquella mujer encantadora que parecía llenar de resplandores su existencia, á pesar de juzgarla como un imposible, como una idealidad que se desharía, tornándose en humo, si pretendiera tocarla con su mano.

Al mismo tiempo la compadecía, porque, á pesar de la fastuosidad y riquezas que rodeaban á tan singular mujer, veía claramente que no había podido encontrar la dicha que ella soñó en sus ambiciones y que él le deseó de buena voluntad, cuando dejó rodar el curso de los sucesos que aparentaban ser un favor decidido de la suerte. Y es que no es el oro el que lleva la felicidad al corazón, sino la correspondencia de afectos que se funden en uno solo, ligando los espíritus con la dulce cadena del amor, en la santa paz del hogar doméstico y en la tranquilidad inalterable de la conciencia.

Había adivinado Lorenzo los adelantos que el día anterior consiguiera hacer en el corazón de Rosalía; y como su lenguaje no carecía de cierta cultura, y era él, además, hombre de talento y de ingenio agudo, quería, no obstante su verdadero desinterés y la pureza de sus intenciones, hacer resaltar las notables diferencias que existían entre él y el tío Mochuelo, á fin de seguir despertando en el corazón de la joven aquellos afectos adormecidos por el tiempo y por las circunstancias. Pero aborrecía las violencias y era enemigo de sacar las cosas de sus vías naturales. Decíale su sentido íntimo que el engolfamiento en que se hallaba metido el esposo de Rosalía, no debía de tener un desenlace lejano ni pacífico, y él adivi-



naba un porvenir á través de las brumas del presente, con horizontes luminosos y llenos de encantos y de alegría.

Con tierna solicitud y dando á su acento admirables tonos de sinceridad, manifestó querer enterarse del estado de salud de Rosalía: luego, con habilidad suma, habló de la escapatoria del tío Mochuelo, y aunque pretendía disculparle con cierto calor, excogió un artificio tan particular, que, á pesar de todo, en el fondo de cuanto decía solo resultaban cargos, y de esa manera influía para que subiera de punto el desprecio de la pobre mujer. Tratándose del ricachón, aunque la frialdad del raciocinio le hacía tener á Lorenzo agradecimiento y consideraciones, en el punto concreto en que su corazón se interesaba, lleno de recuerdos de su deshecha felicidad, no era la caridad la virtud que más dominaba en él.

Rosalía se dejaba arrastrar insensiblemente, así como arrullada por una melodía que fascinara su vida y le hiciera saborear dulzuras desconocidas, y no encontraba en aquella visita nada de reprochable. Sin embargo, en sus contestaciones era tan discreta, que, ahogando cuanto podía sus sentimientos, apenas dejaba campo libre á Lorenzo para que pudiera soltar los diques de la fogosa pasión que se le escapaba de sus ojos.

Era para ella tan premioso y reducido el círculo en que podía tender el vuelo de su imaginación cuando se ceñía á la realidad que le rodeaba, que parecíanle aquellos cortos instantes como un espacio infinito donde su espíritu se dilataba sin encontrar el límite que lo detuviera, mostrándole la amarga verdad á que había de reducirse su presente. Y es que el corazón humano, sediento siempre de una felicidad inagotable, se inclina á lo que cree que más se aproxima al objeto de sus ambiciones; y por eso oía aquella mujer la palabra de Lorenzo con una delectación sin igual, dejando que su fantasía volara en alas de la más pura ilusión, siempre que sus deberes de esposa no se borraran ni un momento de su mente, conciliando así los impulsos naturales de su alma con las obligaciones contraídas ante la ley de Dios y de los hombres.

A pesar de todo, meditaba y después comparaba interiormente. ¡Ay! ¿por qué no era posible desatar aquel lazo y for-



mar otro ménos opresor con su antiguo amante, con el hombre que le hacía entrever las dulzuras verdaderas del corazón, por supuesto (y aquí entraba uno de los pensamientos principales) con una riqueza análoga á la que disfrutaba entonces, para verse, después de querida entrañablemente por quien sabía apreciar todo su mérito, atendida de criados, rodeada de comodidades, y siempre en condiciones de disfrutar?

Las miserias de la naturaleza humana asomaban siempre su cabeza, aun en medio de un amor dulce y hondamente sentido; y Lorenzo que penetraba algo de las agitaciones que hacían latir fuertemente el corazón de Rosalía, extremaba sin afectación la suavidad de las formas que tanto efecto causaban en aquella calenturienta imaginación, y ponía de relieve, aunque con marcadas discreciones, sus sentimientos amorosos, contenidos, enfrenados, pero ardiendo puros en lo interior de su pecho, en un ambiente de esperanzas.

Luego, cuando juzgó oportuno retirarse, por haber llegado la conversación al límite que de antemano esperaba, despidióse cortésmente, y salió, cerrando entonces la puerta, para que Rosalía quedara únicamente acompañada de los pensamientos que hervían en el fondo de su exaltado cerebro.

---









## CAPITULO XIV

### *El Carnaval*

---

Cuando una cuerda tirante se rompe, aunque se anude y vuelva á tener su antigua tensión, siempre en el nudo indica la interrupción de una recta que la conveniencia ó la necesidad ha obligado á reconstituir, y por consiguiente, disminuye el valor ó la importancia que antes pudiera tener.

Anudadas las relaciones matrimoniales entre el tío Mochuelo y Rosalía, no sólo por el buen parecer de las gentes sino por la conservación de la paz dentro del hogar doméstico, sucedía que, al correr los afectos mútuos por el invisible cable que unía sus corazones, deteníanse momentáneamente en el recuerdo del primer disgusto de consideración que había turbado su armonía y que ya iba precedido de no pocas rozaduras y algunas pequeñeces no olvidadas por la esposa.

Y sucedía precisamente, que cuando las vibraciones que se escapaban de aquel nudo se transmitían á sus respectivos corazones, sonaban en el de Rosalía los acentos suaves de una voz amorosa y dulce, de tonos melancólicos, que le hacían entrever goces purísimos, desconocidos todavía para ella, y repe



cutían en el del tío Mochuelo los de su sórdida avaricia que parecían apoderarse por completo de su sér, apartándolo en absoluto de toda racionalidad.

Entonces el alma de Rosalía, sedienta de felicidad, volaba á las regiones ideales en un arrebató de exaltación, meciéndose en sueños de ventura, mientras su esposo, entregado á sus anhelos materiales, llenaba su mente con el pensamiento de aquel soñado tesoro que había de arrancar de las manos de mónstruos invisibles.

Así una y otro calmaban momentáneamente sus sinsabores, sin advertir que las aromas con que trataban de embriagarse, eran emanaciones venenosas que pudieran, si no se acudía oportunamente al antídoto, intoxicar lentamente sus artérias, corroyendo sus entrañas.

De esta manera, el tío Mochuelo, disminuyendo rápidamente la intensidad de sus pequeñas llamaradas amorosas y acariciando cada día más en su mente la idea disparatada que le iba sorbiendo los sesos, se apartaba en una gradación continua del cariño y hasta del afecto de su esposa, allanando el camino de su no sospechado rival, y acentuando su resolución de tomar determinaciones para la pronta realización de su empresa,

Sucedía á la vez que, como el diablo quería enredar las cosas, por esa complacencia tan especial que tiene de ver despedazarse á los desgraciados hijos de Eva, aumentó el veneno de la envidia que ya tenía metido en el corazón el tío Blas, haciéndole aborrecer á Lorenzo con todas las veras de su alma.

Como el antiguo labrador desempeñaba ya papeles muy secundarios en el servicio del tío Mochuelo, y no obtenía, por consiguiente, tantos beneficios como en las épocas en que le estaba confiada la dirección de multitud de operaciones, creyó firmemente que todo aquello era hijo de la malquerencia del administrador; y aquella pícara envidia le sugirió una odiosidad, y después la obsesión de que Lorenzo no era todo miel, sino interés oculto y cálculo muy acompasado.

Esta idea, como en otro lugar queda dicho, era antigua en él y germinó por las sospechas de meras posibilidades; pero



casi se había amortiguado ante ciertos hechos que al parecer las desmentían. Ahora volvía más viva y excitante la idea, poniéndosele entre ceja y ceja la manía de que Lorenzo engañaba á su amo y que tenía allá adentro y muy entera su pasión por Rosalía, y que la desagradecida esposa, olvidando sacratísimos deberes, era ó estaba á punto de ser infiel al hombre que la había enriquecido, sacándola del fango de la miseria y dándole una posición social verdaderamente considerable.

Con esta intención tan perversa, en su afán de perjudicar á Lorenzo, aunque no quedara exento de daño el tío Mochuelo, se dió á observar con astucia, procurando sacar partido hasta de lo más insignificante, abultándolo en su malicia; y luego, dando á la publicidad lo que tenía almacenado en su corazón, comenzó á hablar con marcadísimas reticencias en el ventorrillo, en el café y en donde la ocasión se le presentaba.

Sin embargo, no aclaraba el tío Blas todavía ninguno de sus conceptos, porque le faltaba un fundamento algo más sólido, para poder soltar por completo los frenos de su lengua y pasar de las frases ambiguas á la acusación formal y al escándalo á que lo impulsaba su despecho. No quería comprometerse demasiado; pero le era preciso llegar hasta el último extremo con un arma de incontrastable potencia, á fin de herir impunemente y sobre seguro, y cuando cierta infausta casualidad le hizo ver unas miradas llenas de fuego que se cruzaron entre Lorenzo y Rosalía, creyendo hallarse solos, no necesitó más para convertirse en pregón de la deshonra de sus amos, llenando el campo y el pueblo con la noticia de aquellos criminales amores.

Que la nueva de tal descubrimiento cundió con la rapidez de un reguero de pólvora, no hay para qué decirlo, atendiendo á la índole de la localidad para la propagación de sucesos semejantes, mayormente cuando se resucitaban antiguos sentimientos que las circunstancias habían conseguido amortiguar.

Pero aconteció lo que sucede en todos los casos análogos, ó sea que cuando se hablaba de estas cosas, aunque las con-



versaciones fueran alborotadas por el encrespamiento de los ánimos, cesaban repentinamente si Lorenzo ó el tío Mochuelo se dejaban ver de cerca, recordándose entonces la célebre bofetada del café, por cuya razón, el administrador y su amo, amén de Rosalía y de los íntimos de la casa, eran los únicos que ignoraban que iban de lengua en lengua, siendo el ludibrio de los desocupados.

—Verás como al fin y al cabo se arma la de San Quintín, —decía un mocetón que estaba en un corrillo junto á la iglesia.

—¡Toma! ¡toma!—contestaba otro.—Si eso se veía venir. Lo que me extraña es que no haiga sucedido antes.

—Y bien mirao,—añadía un tercero,—hace bien Lorenzo: era suya, y el otro se la quitó con malas artes. Si se la pega ahora, bien mereció se lo tié el tío Mochuelo.

—¡Ya! ¡ya!—replicaba el primero;—pero es que Lorenzo se achantó cuando pudo tirar de la manta, y hoy le pué costar la torta un pan.

Y así sucesivamente, en la plaza, en el café, en lo interior de las casas y en donde quiera que se juntaban dos personas, se conversaba del asunto, y los comentarios eran sabrosísimos, presagiándose acontecimientos de importancia.

Y llegaron los días de Carnaval, días dedicados al bullicio cuando no al desenfreno y al libertinaje, removiéndose entonces todo el fango social para que se agite y bulla en la superficie. Con tal motivo, la villa de San Javier, siguiendo el ejemplo de todas las poblaciones del mundo, se disponía á celebrar alegres mascaradas en los sitios de costumbre.

El Ayuntamiento retocó varios desperfectos de la glorieta, y algunos particulares prepararon un carro, semejante á un tablado, con adornos de follaje, que habían de colocar junto á un costado del paseo, para tener allí, durante las tres tardes sus carnavalescas expansiones.

Hubo el primer día poca animación, lo cual nada de particular tenía, porque siempre la gente que ha de disfrazarse, y aun mucha de la que ha de ser meramente espectadora, se reserva para evitar el cansancio; pero en la tarde del segundo, se llenó la plaza de las cuatro rotulaciones, y gran golpe de



máscaras se desparramaron por la esplanada de la glorieta, alegrando la vista con multitud de disfraces caprichosos.

El tío Mochuelo, con la autoridad que le daba su propia persona, se había sentado en uno de los balcones de la casa de la villa, como si aquel sitio le perteneciera de derecho. Desde allí, acompañado del cortejo que para él formaban los conspicuos de su comité, dominaba el espectáculo, lo que no le impedía conversar agradablemente é intercalar párrafos de *alta* política, para no perder la costumbre de hablar de ciencia del Estado, y seguir gobernando la nación á gusto de los consumidores.

Al mismo tiempo Rosalía, que no había querido aceptar las invitaciones que le habían hecho para ocupar cualquier balcón, exhibíase paseando en la glorieta, ricamente adornada y dándose todo el tono que requería su disculpable vanidad. Acompañada de otras señoras de agradable presencia, y teniendo dispuestas sillas para descansar cuando lo creyeran oportuno, recorría con paso lento la longitud del recinto, llevando tras de sí las miradas de todos los circunstantes.

Lorenzo, confundido con la masa general de los espectadores, paseaba también con algunos amigos, sin tomar parte en las bromas que por todas partes se prodigaban.

Comenzaba á hacerse general el barullo, y por momentos se iba dificultando más el paso en la glorieta, á causa de la creciente aglomeración.

Cruzaban las máscaras junto á Rosalía y dirigíanla frases admitidas en tales casos, según uso y costumbre, por más que algunas iban recargadas de cierto color, y otras expresaban veladas intenciones que todos los oyentes comprendían, excepto la persona paciente contra quien tales dardos se disparaban.

Lo mismo, poco más ó menos acontecía con las otras señoras y hasta con las muchachas solteras, que, agarradas del brazo y en bandadas, recorrían el paseo de punta á punta; pero como esas libertades, aunque groseras, tenían el arraigo de las costumbres seculares, nadie se daba por ofendida, y seguía el bullicio y continuaba la algazara en paz y en gracia de Dios.



La tarde era tan espléndida como podía desearse por los apasionados del carnaval. Una temperatura benigna contribuía á mantener el calor de los espíritus, y la mayor parte de los habitantes del campo y de la villa aglomerábanse en la glorieta y en sus alrededores, dando á toda la plaza el grandioso aspecto que se observa en las confusiones de las festividades extraordinarias.

Había llegado á su máximun el alboroto y la concurrencia, cuando de pronto, una de las máscaras subidas al carro del follaje, después de empinarse una enorme bota de vino y de darle un tiento más que regular, púsose á llamar la atención dando saltos y lanzando relinchos, muy propios de la nota dominante de aquellas bromas carnavalescas; y luego de dar vueltas y de decir disparates con acento fingido que excitaban la risa general de los que la contemplaban, empuñó la bota, abrió los brazos y brindó por Lorenzo y Rosalía, entrelazando una frase de burla para el tío Mochuelo.

Aquella voz vinosa y cascarrada tuvo vibraciones bastantes para recorrer como una ráfaga de hielo, no sólo el circuito del carro, sino gran parte de la plaza y de la glorieta, alcanzando á ser oída de las personas á quienes tan alevosamente atacaba.

Un silencio sepulcral se hizo de pronto hasta en los ángulos más distantes del amplio recinto, y como si aquel enmudecimiento de la escasez de dos segundos fuera precursor de una violenta tempestad, oyéronse á continuación hondos murmullos y voces destempladas en un *crescendo* rápido é imponente, como si á pleno pulmón gritaran los allí reunidos, promoviendo un alboroto de carácter aterrador.

Arremolinóse la gente en distintas direcciones, corriendo espantada hácia las calles afluentes, lo mismo que en las revueltas de un motín, y en un momento se produjo tal confusión, que era imposible dar un paso sin exponerse á un atropello.

Al insulto grosero, paróse Lorenzo aturdido, sin acertar á darse cuenta de nada, como acontece en toda sorpresa; pero comprendiendo rápidamente la inmensa gravedad que encerra-



ban aquellas frases provocativas, dió un salto como suele darlo un tigre herido, y se precipitó hácia el carro, ciego, rugiente, congestivo, dispuesto á arrancar la lengua de aquel infame, sin hacer caso de los que trataban de detenerle y sin ver que atropellaba como una tromba cuanto á su paso se oponía.

Sí, aquel insulto merecía un correctivo instantáneo, aplicado con mano fuerte, y corría hácia el sitio donde se había inferido el ultraje; pero la máscara había tenido tiempo para bajarse del monumental tablado y confundirse entre la multitud, amparada tal vez por cómplices de su barbárie, ó aprovechándose hábilmente de la confusión, y saliendo de la plaza en la huida de tantos cientos de personas como corrían en tropel hácia las calles laterales.

Burlado Lorenzo de aquella manera, acometió al carro, causando no poco destrozo en el follaje y en la tablazón, desahogo que podía permitírsele, ya que no encontró al que promovió sus iras ni á ninguno de los que poco antes ocupaban aquel sitio. Mas nó por eso se dió por vencido ni se aquietó en su fúria; antes, bramando de coraje, escapándosele el alma por los ojos en relámpagos continuos, y jurando vengar la afrenta que acababa de sufrir si alguna vez descubría á la indigna persona que de una manera tan infame había arrastrado por el lodo la honra sagrada de una familia, alejóse de aquel sitio, rodeado de algunos amigos y de Vicente que no quisieron abandonarle hasta que se aquietara con el áire fresco de la campiña.

Rosalía, presa de un síncope, fué trasladada á la casa de una de aquellas señoras que le acompañaban, y el tío Mochuelo, hirviendo de coraje, se retiró del balcón, dejándose conducir por los amigos hasta una habitación alejada del tumulto, impidiéndole con ésto que bajara á la plaza, como quiso, para buscar al que acababa de insultarle tan groseramente.

Encontrábanse los dos esposos, aturdidos y confusos, como si una losa de plomo hubiera caído da repente sobre sus cabezas. Rosalía, parte más débil que ninguna, comprendió, desde el momento en que ya pudo darse cuenta de su situación, que su honor era el que mayor peligro corría, y un temblor con-



vulsivo la hacía estremecerse á cada instante, sin que bastaran á calmar sus nervios ni á aquietar su corazón las palabras consoladoras de las buenas personas que la rodeaban ni las póci-  
mas que á granel le hacían sorber, procedentes de la botica. ¡Ay! en aquel instante tan horrendo, hubiera dado gustosa toda cuanta vida pudiera quedarle, con tal de que su honra pudiera resplandecer pura é inmaculada, como brillan los rayos del sol allá en lo más profundo de los cielos.

Enfriado el carnaval por aquel incidente que fué del agrado de muy pocos, despoblóse la mayor parte de la plaza y de la glorieta, y el resto de la tarde fué ya como una languidez del festejo popular, sin alicientes, sin atractivos, y sólo alguna máscara suelta y silenciosa se atrevía á cruzar por entre los grupos de los espectadores.

Inútil es decir que, aun cuando la mayor parte de las familias del pueblo deploraron el suceso y calificaron ágricamente la desvergüenza del que con tanta alevosía injuriaba á una familia honrada, el pasto para las comidillas caseras fué archi-superior, y los comentaristas se hartaron de lo lindo, con atracciones de hambriento, analizando, abultando y desfigurando hasta los más pequeños detalles, llegando á presentar la obra transformada en una horrible monstruosidad.

Muchos golpes en pocos días acababa de recibír el tío Mochuelo, y aunque no le faltaban energías, así físicas como morales, aquel último empuje de la desgracia era ya demasiado violento para sus fuerzas. Allí, recostado en un sillón de la alcaldía, agitábase como soñoliento, sin dirigir la palabra á los amigos, pero meditando, aunque confusamente, sobre su comprometida situación.

¿Era aquel el pago que le daba una persona en quien había depositado la dirección de su fortuna é intereses? ¿Era aquel el hombre de confianza plena á quien confiara importantes secretos y á quien protegía para darle después una posición independiente y desahogada? ¡Con qué hipocresía había procedido el traidor Lorenzo, fingiendo una indiferencia que no sentía, para burlarse mejor de él, allí mismo, en su propia casa, asegurando de esa manera sus propósitos viles! ¿Qué merecía



el que le deshonoraba de aquella manera, con toda la perversidad de un alma miserable?

Y rugía sordamente, ahogando en su garganta las vibraciones de gritos que no se atrevía á exhalar en presencia de los amigos que le rodeaban, y le latía el corazón con récios golpes, como llamadas que daba la honra en su pecho para que la defendiera.

¿Y si todo aquello era una infamia de algún enemigo suyo que había acechado el momento más favorable para que quedara impune su perversidad? ¿Y si era una calumnia fraguada en el espasmo de una de una desgraciada borrachera, por la envidia de verle á él rico y feliz, casado con la mujer más hermosa de todo el término de la villa? ¿Y si lo que en la forma resultaba un insulto de inmensa gravedad, era sólo en el fondo una broma chocarrera, sin verdadera intención maliciosa, con el propósito de hacer pronto luz, para que no quedara obscurecida la verdad?

Pero nó, allí había algo, así como entre nieblas, y se lo decía su buen sentido que se abría ahora á la claridad. No podía precisarlo todo, porque en su candidez y excesiva confianza no había parado mientes en muchas cosas que parecían hijas de la casualidad. Por el contrario, en tal momento recordaba detalles significativos que denotaban una refinada malicia, y sobre todo, aquel ascendiente que Lorenzo tenía, cuando él no podía obtener de su esposa la aprobación de ciertos actos que contrariaban los caprichos de ella.

Preciso era, pues, cortar de raíz y de un solo golpe el mal que de repente se había presentado y que avanzaba á paso de gigante. Sí: hablaría con él cara á cara, de hombre á hombre, para que viera Lorenzo que no le amedrentaba con su fama de valiente. Le escupiría en el rostro y le arrojaría ignominiosamente de su casa, sumiéndolo en la miseria, y se jugaría la vida con él si era preciso, porque no quería vivir deshonorado, pareciéndole que mejor estaría muerto, siempre que le acompañara el convencimiento de que había lavado con su propia sangre la mancha que un amigo criminal había impreso en su honrada frente,



En cuanto á Rosalía, él tenía bastante mundo para no dar un paso en falso que le ridiculizara para siempre; y aunque no la perdonaría jamás, porque no la creía digna de sus bondades, tampoco le hablaría de aquello, para que ella misma viera cuanto desprecio se había atraído sobre sí. Para hacérselo comprender mejor, la retendría á su lado, bajo su mismo techo, pero con un gran cercén de todas las consideraciones de que hasta entonces había disfrutado, para que los remordimientos se apoderasen de ella, y llegara un día en que humildemente se arrastrara á los piés de él para pedirle perdón.

Y en aquellos pensamientos se engolfaba su imaginación calenturienta, sintiendo que el pecho se le desgarraba de dolor y de ira, pero haciendo esfuerzos supremos para no exteriorizar ninguna de aquellas ideas, como si al revelar una sola, corriera riesgo de escaparse con ella todas sus energías.

Por fin llegó la noche, el momento ansiado para retirarse sin que le vieran enrojecerse su cara con el color de la vergüenza, y ya en la obscuridad que le servía como la defensa mejor de todas, levantóse de su asiento, dió brevemente las gracias á sus amigos por haberle acompañado interesándose en su desgracia, y tomó el camino de su casa, tambaleándose como un beodo y renovando todos sus juramentos.

Pocos momentos antes, había llegado Rosalía, conducida por su galera. Algo calmada en su excitación nerviosa, continuaba, sin embargo, acongojada y triste, no sólo por la vergüenza que le causara el escándalo de la tarde, sino porque presentía que aquello no era nada más que el principio de un drama, cuyo desenlace estaba velado por una nube sangrienta, sin permitir que se averiguara con anticipación.

No consintió que nadie la acompañara á sus habitaciones particulares, en la necesidad que sentía de verse sola, y cuando llegó á su gabinete, arrojóse sobre el sofá como una masa que se desploma y buscó en el llanto el lenitivo de sus pesares. Un río de lágrimas brotó al punto de sus ojos, surcando sus mejillas como una corriente de fuego, y su boca exhalaba hondos suspiros que salían de lo más profundo de su corazón.

Allí, en la penumbra que proyectaba la velada luz de un



elegante quinqué, y juzgándose á sí misma en el tribunal de su conciencia, hallóse culpable y merecedora de castigo.

Pero ¿podía acaso arrancarse aquella pasión por su antiguo amante, cuando para nada había jugado su voluntad, y los antiguos afectos, adormecidos por las circunstancias, habían surgido nuevamente y con mayor fuerza, como retoñan las varillas de las flores cuando el dulce calor de la primavera hace circular por sus vasos la sávia contenida por los frios del invierno?

Era culpable, sí, pero nó por aquel amor inmaterial y puro, por sentirse inclinada al objeto que llenaba todo su sér, por verse impulsada hasta contra su voluntad hácia el hombre á quien había adorado libremente en días más felices: su culpa era por no haber tenido suficientes enegías para rechazar en tiempo oportuno al que hoy era su marido, al que ya tenía sobre ella derechos indiscutibles. Era culpable por haberse dejado deslumbrar, en su ambición de ser rica, con brillantes proposiciones que hoy la abrumaban con su pesadumbre: era culpable, porque en su afán de hacer ostentación de lujos y comodidades, para considerarse superior á todas las mujeres de la villa, había despreciado afectos que hoy renacían con una potencia incontrastable, para agitar su espíritu y sumergirle en un mar de desventuras.

Entonces maldijo la hora aciaga en que conoció al tío Mochuelo, y cogiendo bruscamente las valiosas halajas que adornaban su garganta y su cabeza, las arrojó violentamente á un extremo de la estancia, sin dignarse dirigirles una mirada de compasión, ya que ellas habían contribuido durante algunas horas á realzar el mérito de su belleza. Después, dirigióse con presteza á la estancia contigua, y trató de buscar en el lecho el bálsamo de sus pesares.

Lorenzo, reprimiendo los furios de su espíritu, luego que el áire del campo y las palabras consoladoras de sus amigos mitigaron un poco el ardor de su cerebro, también se había retirado á su casa acompañado de Vicente, y quería meditar.

Lo inaudito del suceso y el disgusto que le causara ver el nombre de Rosalía hecho el ludibrio de ciertas gentes, le ha-



bían exacerbado hasta lo infinito, privándole de la serenidad de que tantas veces hiciera gala hasta en las circunstancias más difíciles; y como hombre de sangre fría y de corazón de hierro, quería ver en lo posible y por anticipado aquello en que su propio convencimiento le decía que había de desempeñar un papel de mucha importancia.

---





## CAPITULO XV

### *Medidas severas*

---

Comprendió Lorenzo que, de dilatar su presentación en la casa del tío Mochuelo, podrían surgir vivas sospechas que hicieran más verosímil su culpabilidad, y aunque hubiera querido evaporarse para no pasar por el lance que presentía, lleno de ánimo se dirigió á la casa de su principal, á la hora acostumbrada, y decidido más que nunca á dar pruebas de templanza y sangre fría.

A él, en último extremo, le tenía sin cuidado todo, aunque la solución hubiera de obtenerse aventurando su existencia en frente de otra; pero ¿se podría prescindir de cualquier manera de Rosalía, arrastrada por él, comprometida ya en su reputación ante un público ignorante capaz de dar crédito á los mayores absurdos, aunque hasta entonces, nada de cuanto pudiera relacionarse con ambos acusados, había traspasado los límites de un puro platonismo que á nadie podía causar ofensas?

Atravesó sereno el centro de la villa y llegó á la casa del tío Mochuelo, aparentando completa indiferencia, dirigiéndose



luego á su despacho, según costumbre. Al abrir la puerta, encontró á su principal sentado en su sillón, por lo que se quedó un momento parado.

—Entra,—dijo el tío Mochuelo con voz seca y áspera:—pása y siéntate, que tenemos que hablar largamente.

Dió entonces Lorenzo los buenos dias, cuyo saludo no fué contestado, y se sentó junto á la mesa, en otro sillón que allí había y que parecía como estar preparado á propósito para la conferencia que se iba á verificar.

—Usted dirá, tío Diego,—dijo al sentarse.

Transcurrieron algunos ratos de silencio, y el tío Mochuelo entonces, con un aplomo que Lorenzo no esperaba y que hacía ver que el irritado dueño tenía adoptada una enérgica resolución, comenzó á pasar revista á la obra de su administrador, desde que ingresó como dependiente de aquella casa, manifestando para con ella su más completa conformidad. Después se ocupó del porvenir que le tenía preparado á Lorenzo, en prueba de sus buenos servicios, si se casaba con la joven á quien galanteaba, según de público se decía; y por último, haciendo ligeras consideraciones, vino á parar en el incidente indecoroso de la tarde anterior.

Aquello era inaudito, inaguantable: aquello era jugar indignamente con su honra, de un modo que no tenía ejemplo: aquello era pagar con la más negra ingratitud su confianza y sus beneficios, y él estaba decidido á defender su decoro á todo trance, aunque en ello le fuera la vida.

Lorenzo dejó que el tío Mochuelo hablara cuanto quisiera, sin hacer el menor gesto para interrumpirle, y sin mostrarse dolorido cuando alguna palabra malsonante le hería en su amor propio. Hacíase cargo de la violenta situación de su principal, y encontraba justificado, hasta cierto punto, cuanto tuviera carácter de puro desahogo.

Pero cuando le tocó el turno de responder, irguióse altivo y digno, cual hombre que no tiene de qué acúsarse ni por qué avergonzarse. Comenzó negando de una manera enérgica y rotunda haber atacado jamás á su honra en obras ni en propósitos con Rosalía, y atribuía el escándalo producido en la plaza



de San Javier á un despropósito carnavalesco, fundado más en la ignorancia que en la malicia, y empujado por los vapores del vino y tal vez por algún rencor oculto de difícil averiguación.

Tuvo, sí, amores con Rosalía cuando ambos eran libres, cuando ambos hubieran podido ser esposos ante Dios y los hombres, en el pleno derecho de que disfrutaban; pero luego nó, de ninguna manera, porque él respetó siempre el compromiso que ella contrajo, y jamás dió paso alguno para faltar al que era legítimo esposo de aquella mujer.

Si él hubiera querido burlar al hombre que ahora le pedía cuentas de lo que no tenía culpa, lo habría burlado antes, cuando no tenía derechos adquiridos, porque entonces las ventajas eran suyas; y no toleraba que en lo sucesivo se le volvieran á pedir análogas satisfacciones, porque los derechos de cada cual tenían su limitación, y así como él no penetraba en los del otro, tampoco permitiría que sin una completa razón se intentaran traspasar los suyos.

Y Lorenzo, al hablar así, estaba imponente, transformado, y el timbre de su voz era sonoro y vibrante, como si resplandeciera con la verdad que se contenía dentro de sus frases.

No esperaba tales razonamientos el tío Mochuelo, á quien dejaron altamente sorprendido. Creía que su administrador, llevando las cosas al extremo de la bravura, pretendería abroquelarse con su valor personal, como una habilidad ó un subterfugio que le hiciera quedar impune, y para ir á ese terreno, bien preparado estaba el ricachón que no era cobarde, y á quien el dolor de la ofensa había exasperado hasta lo increíble. Pero al ver que Lorenzo, con continente digno y altivo á la vez que exento de fanfarronería, daba razones que no dejaban de tener alguna fuerza, su interlocutor se veía desarmado, si bien iba sintiendo cierto gozo interior, porque así veía que su honra no había padecido en la realidad, por más que aparentemente quedaba ultrajada por un enemigo, de una manera villana.

Las dudas que el tío Mochuelo podía tener por aquel ascendiente de Lorenzo con Rosalía, que él tantas veces había



notado, quedaron explicadas satisfactoriamente por la confianza misma que con ella tenía el administrador desde la niñez.

Sin embargo, á pesar de las manifestaciones tan satisfactorias sobre el fondo del asunto, quedaba la afrenta pública, que era como un padrón de ignominia puesto para perpétua memoria en el centro del pueblo, y aquello no podía olvidarse, de ninguna manera, porque hubiera sido tanto como despojarse voluntariamente de la propia dignidad y entregarle á las lenguas voraces de la difamación.

Había, pues, que borrar aquello con otro acto público, con una manifestación que satisficiera á todos, cortando de una vez las calumnias de entonces y las que pudieran formarse en lo sucesivo. El único modo que veía para todo eso, era que Lorenzo dejara de ser su administrador y que no volviera á pisar los portales de su casa.

Lo sentía mucho: se había convencido de la inocencia de su dependiente, y existía allí una mano oculta que se escondía cobardemente al arrojar la piedra que á él le daba en el corazón; pero á la murmuración se le debía quitar todo el pasto posible, tapando así, de una manera radical, las bocas de los vagos y de las comadres habladoras.

Prevenido estaba Lorenzo para cuanto acababa de oír, y sin embargo no dejó de inmutarse, como si tan brusca despedida fuera una sorpresa. Es que se desmoronaba su fortuna de un golpe, y no le quedaba ya para vivir otro recurso que ausentarse del pueblo. Es que además esa ausencia volvería á traer el hielo del olvido al corazón de Rosalía, mientras que el suyo se agitaría constantemente en las convulsiones de una horrible desesperación.

Pero orgulloso en su pobreza, y no queriendo invocarla para excitar inútilmente los sentimientos del ricachón, juzgó que era entonces oportuno sacar sus argumentos de reserva, con los cuales esperaba combatir hasta obtener seguramente la victoria.

—Bien, tío Diego,—dijo:—usted es un hombre de honor y





hace bien en volver por sus fueros; pero yo también soy un hombre honrado y debo volver por los míos.

Sorprendióse el tío Mochuelo por el tono con que Lorenzo pronunció aquellas palabras, y exclamó:

—¿Y quién te los ataca?

—Usted, tío Diego: usted que en esta ocasión se muestra demasiado egoísta, y no atiende más que á su persona.

—¿Pos á quién he de atender, siendo como soy el ofendido? ¿Es que después de lo que ha pasao, debo ser yo el que ha de defenderte?

—No trato de que usted me defienda, sino de que haga justicia. Al querer usted quedar en el buen sitio que le corresponde, no puedo consentir que sea á costa del mío, porque mi dignidad está ofendida también, y yo necesito una reparación completamente satisfactoria.

—¿Y está en mi mano el dártela?

—Completamente. De usted y nada más que de usted es de quien debe venir esa reparación.

—Pos no te compriendo.

—Me explicaré, y quiera Dios que con esta explicación que voy á dar, queden las cosas en su punto más conveniente, porque de lo contrario, así como usted prefiere morir con honra á vivir sin ella, yo soy de la misma opinión, respecto de mí, y llegaré hasta donde pueda llegar todo hombre que se estima.

La voz de Lorenzo no era entonces clara y vibrante, como al principio de la conversación, sino obscura y reconcentrada, como si apenas pudiera encubrir el dolor y la rábida de su pecho despedazado y dispuesto á estallar arrojando el fuego que contenía. Conocíalo así el tío Mochuelo, y se estremecía al ver aquella enérgica decisión, cuyas consecuencias podían ser fatales; pero como los propósitos que habían provocado la conferencia estaban tomados firmemente, hacíanle tener ánimos y afrontar la tempestad que se avecinaba, por más que siempre estaba dispuesto á ceder ante la fuerza de la razón.

Es verdad que el tío Diego, despídiendo á Lorenzo daba una satisfacción al público, y con ello demostraba grandes



energías, condiciones de hombre de pundonor; pero con tal medida, Rosalía y Lorenzo seguían siendo culpables; y, si el esposo quedaba muy conforme con aceptar el pasado de su mujer con tal que no se enlazara con el porvenir; esto es, si el tío Diego hacía la vista gorda á las infidelidades de su esposa, dándolas por ciertas, pero pretendiendo perdonarlas si no continuaban en lo sucesivo, él, Lorenzo, no se avenía á pasar por un bribón que había sido despedido por mancillar una casa honrada, pues continuaría con el dictado de criminal sin haberlo vengado.

Por el contrario, permaneciendo en la administración, el público que esperaba divertirse á costa de la dignidad de aquellas tres personas, se vería burlado y callaría forzosamente, abrumado por el peso de la verdad. Con tal motivo, el marido podría decir, levantando la frente descubierta: «¿véis? obro así, porque he visto que sois unos calumniadores; y la prueba de que mi esposa y Lorenzo valen demasiado para prestarse á ser blanco de vuestras mentiras groseras, es que yo, que me estimo en mucho, mantengo á Lorenzo junto á mí, como una protesta viva contra todas las infamias, dispuestos ambos á cortar vuestras lenguas de víbora y á buscar anhelantes la causa que ha engendrado esta calumnia, para haer un ejemplar escarmiento».

Y al decir esto, levantóse Lorenzo, grave é imponente, y dió por terminada la conversación. Tomó su sombrero, y dijo al tío Mochuelo por toda despedida:

—Me marcho, y ahí lo dejo á usted para que medite cuanto acabo de manifestar. Yo no suplico, razono, y usted es completamente libre para obrar como mejor le parezca. Espero pronto la contestación en mi casa, pero sea cual fuere, sepa y entienda que yo no he de darme por hombre deshonorado.

Quedóse pensativo el tío Mochuelo, sin acertar á resolver en un asunto tan árduo y espinoso. Si la afrenta no hubiera sido pública, desde luego Lorenzo quedaría rehabilitado ante sus ojos y repuesto en el cargo de administrador, porque la verdad acababa de patentizarse, y no le cabía la menor duda de que el insulto de la máscara era una chanza, aunque sangrienta



y cruel; pero ¿cómo convencer á todo un pueblo, ante quien se había hecho la más grave de las denuncias, y que esperaba tal vez de él un acto que lo rehabilitara?

Por otra parte, si á él no le faltaba valor para ponerse frente al más hombre y jugarse la vida en una cuestión de honra, al castigar á Lorenzo teniendo que afrontar sus iras, se sentía débil, por carecer de un estímulo tan poderoso como sería la defensa de su honor, no teniendo ya contra su dependiente la animosidad que antes sentía.

Faltábale ambiente que refrescara su cabeza, y salió al jardín para aspirar áire puro, calmándose á poco por el influjo bienhechor de las emanaciones de oxígeno que á torrentes le enviaban las plantas y las flores.

Pero á pesar de esto, pasó todo el día, perplejo, irresoluto, malhumorado, huyendo de la vista de las gentes, terminando por buscar en el lecho un calmante á su excitación nerviosa, como hacía el jefe principal de su partíeo, cuando se le presentaba una verdadera dificultad en la política, ó cuando no encontraba inmediatamente una solución para unir dos opiniones discordantes.

Al día siguiente llamó á los amigos más íntimos del comité, que acudieron presurosos, porque presentían que aquella precipitada convocatoria obedecía á algún motivo de gravedad.

Con una nobleza que honraba al tío Mochuelo, les contó, sin omitir el más ligero detalle, toda la conversación que había tenido con Lorenzo y la actitud en que ambos habían quedado después de la entrevista. Había que buscar una solución, y rogaba á sus amigos, que, puesto que se trataba de una cosa tan delicada, y él no podía ser juez y parte porque le faltaba serenidad para ver y resolver, hacía de ellos un tribunal de honor, en cuyas manos se ponía, para que meditaran y fallaran, prometiendo solemnemente acatar en absoluto su sentencia.

Hacía bien el tío Mochuelo en proceder de aquel modo. Como los asistentes á la consulta habían oído antes las voces que venían corriendo por el pueblo, y no faltaba quien sospechara ó supiera que algo de aquello fué impulsado por el



tío Blás, relacionaron la actitud y palabras de Lorenzo con las hablillas anteriores, y dedujeron que el ex sargento de Cuba resultaba con más probabilidades de inocencia que de culpabilidad, y que, si el tío Diego se avenía á reponer en su puesto á su antiguo administrador, ellos se encargarían de referir en el pueblo toda la verdad, para que el matrimonio ofendido volviera á su buena reputación, exento de toda mancha.

Lanzó el tío Mochuelo un suspiro de satisfacción, y ofreció acatar la opinión de sus buenos amigos. ¡Vaya un peso el que se le quitó de encima.

Pero tenía necesidad de ver al tío Blás, y en cuanto se quedó solo, mandó que el labrador fuera á verle inmediatamente.

El tío Blás, que se había alegrado tanto con el escándalo de la plaza, porque veía destronado á su antagonista, y que había sabido además el resultado de la entrevista de Lorenzo con el ricachón, creyó, al oír el llamamiento, que era para entrar en funciones de algún cargo que su amo pensaba darle; pero ¡cuán grande fué su desencanto al verse descubierto, acusado como el propalador de aquella calumnia, y puesto ante la presencia del ofendido que iba á pedirle cuenta de su conducta!

Negó al principio con el azoramiento de todos los culpables; pero cuando se le citaron personas ante las cuales él había hecho afirmaciones ofensivas, su ofuscación subió de punto, y balbuceaba y se enredaba y se contradecía, concluyendo por bajar avergonzado la cabeza.

Pero el tío Blás quería batirse en retirada á fin de no resultar derrotado, y para ello era preciso sostener como verdad grande las pequeñeces que él había observado alguna vez:

Sí: lo decía ahora; había inteligencia amorosa entre Lorenzo y Rosalía. Él lo había visto muchas veces hablando con ella en secreto, y mudar de pronto de conversación para despistar al que los observara. Él los había sorprendido mirándose, como se miran las personas cuando hay interés de cariño por en medio. Él casi podía jurar que había presenciado acciones poco decorosas, de una manera furtiva, sin poder precisarlas, por lo que no formulaba sobre ellas una completa acusación.



Y el tío Mochuelo oía con la inquietud del que siente constantes mordeduras, y aunque le decía al tío Blas, que era una impostura cuanto hablaba y así también lo sentía en su conciencia, veía que penetraba en su seno el dardo de la duda rasgándole las entrañas, porque la calumnia, aunque no se crea, deja siempre sedimentos venenosos en lo más profundo del corazón.

¿Es que no podía haber algo de verdad en todo lo que rechazaba, no sólo por convencimiento, sino por salir de aquellos labios á impulsos del despecho y de la envidia?

De todas maneras, la propagación de aquellos rumores que dieron por resultado una ofensa pública, merecía una sanción que fuese justa y conocida de todos á la vez, y por lo tanto, desde aquel momento el tío Blás quedaba despedido de las tierras que cultivaba, y se le prohibía que entrara en lo sucesivo en la casa de su amo.

Salió el tío Blas bramando de coraje, tomando al cielo por testigo de la injusticia que se cometía con él, y jurando vengarse á la faz de Dios y de los hombres.

Otra vez volvió á verse apurado el tío Mochuelo. ¡Con que había algo entre Lorenzo y Rosalía! ¡Conque aun cuando su honor ante el público quedara satisfecho, seguía la culpa, continuaba el crimen, teniendo él ahora atadas las manos por temor á un escándalo terrible! ¡Oh!..... Pero él sabría cortarlo todo de raiz. Sí: se marcharía lejos, muy lejos, á vivir solo con Rosalía, poniendo en aquel pueblo un administrador, aunque fuera el mismo Lorenzo para tenerlo así más separado. Se ausentaría, para no recordar ni tener quien le recordara sus dudas y vacilaciones.

A fin de deslumbrarlos á todos, activaría ahora, sin más aplazamientos, la busca de aquel tesoro oculto, seguro ya de encontrarlo, pues sabía todos los datos y había tomado bien las medidas para que no se le escapase. Cuando lo tuviera en su poder, huiría sin volver la cabeza, sacudiendo el polvo de sus zapatos, sin que le quedara otro sentimiento que perder la jefatura de aquel partido que con tantos esfuerzos estaba robusteciendo y reorganizando.



Pero, en último término ¿qué le importaba aquella pérdida? Con el valimiento del alto político de Madrid y con los millones que en breve tendría cuadruplicados, pronto sabría abrirse paso en la política, aunque se encontrara en un extremo del mundo.



---

---

## CAPITULO XVI

### *Consultas y escarceos*

---

Las flores de los almendros habían cuajado en más de una cuarta parte, anunciando una abundante cosecha, y formando infinidad de botoncitos junto á las nacientes hojas que comenzaban á cubrir la obscuridad del varillaje; y á medida que los trigos y cebadas cambiaban el verde de sus tallos arrogantes por un tono amarillento de auríferos contornos y violáceos perfiles, las ramas desnudas de las arboledas vestíanse con ropajes esmeraldinos que se destacaban pomposamente en el fondo de la campiña, recortando los nacarados velos del horizonte y dando á la extensión de las praderas una galanura sin igual.

Aproximábase la primavera, renuevo constante de la juventud de la naturaleza, y llegaba á pasos rápidos, sonriente y galana, con toda la gracia de su hermosura, con su corona de flores, con sus ambientes puros y cálidos cargados de aromas, con su embriaguez de matices, como si el iris aprisionado en los dominios de la más poética de las flores, y triscaban los ganados por entre









mientras rechaza hasta con burlas crueles lo que es producto de la ciencia ó del raciocinio.

Siempre es allí el curandero de más importancia que el médico, llegándose á aplicar, como medicinas infalibles, los despropósitos más atroces que aborta la estupidez; y no hay barbero que, en el momento de empuñar la navaja de afeitar, no se crea con aptitud suficiente para curar todas las enfermedades habidas y por haber.

Por eso el tío Mochuelo, rindiendo culto á la disparatada leyenda del tesoro de la reina, puso en ella toda su fé, sin que jamás se alterara por la menor sombra de duda. Bien es verdad, que, dada su ignorancia, podía dísculparle aquel hallazgo en la orilla del mar que fué la causa de su fortuna, y que tanto se acoplaba al espíritu y á la letra de la tradición.

Seguía queriendo ausentarse y marchar á cualquier punto lejano, aunque á nadie comunicaba su proyecto, para evitar que los curiosos se entrometieran en sus cosas, ó los interesados trataran de entorpecer sus planes. Sólo le hacía perder tiempo aquel soñado tesoro, y si no había abordado ya la escena de la Balsa, era por detenerle la dificultad de hallar una doncella que se prestara á sufrir la consabida sangría.

Había que apelar á la maña, no sólo para tener facilidades respecto de la mujer que había de jugar un papel tan importante, sino para no ser explotado por la avaricia, queriendo hacerle pagar muy caro su deseo.

Estudiaba además el ricachón el concepto de la doncellez, por si la palabra *doncella* era esencial ó accidental, ó por si había de concretarse pura y exclusivamente á la raza humana ó á cualquier vertebrado hembra en toda su virginidad, lo que estaba dentro de lo posible y hasta de lo probable, y pasaba los días dando vueltas á su pobre magín, desesperándose por no encontrar una solución que le convenciera.

Le urgía saber pronto á qué atenerse y al fin decidióse á una consulta.

Existía en uno de los pueblos mineros de la sierra de Cartagena, una buena mujer, procedente del campo de Pacheco, muy entendida en cosas sobrenaturales. Su fama era tal y tan



ta, que la gente del contorno de muchas leguas acudía siempre á ella en todas sus vicisitudes, y se contaban de su *gracia* y buen acierto casos y cosas de la más extraña originalidad.

Cortaba el *aliacán*, y sabía si era negro ó amarillo por el procedimiento de unos trozos de paño puestos en un vaso de agua, según que flotaran ó se hundieran al contacto del líquido: echaba el cedazo y la redoma, averiguando inmediatamente quién había cometido un hurto, haciendo que apareciera su imagen á presencia del consultor: acertaba con los náipes los misterios amorosos, según se presentaban el rey, el caballo ó la sota, y sabía, por ocultas combinaciones, predecir fortunas y ver el porvenir de las personas con la claridad de los profetas.

¿Qué de particular tenía, pues, que el tío Mochuelo fijara su atención en mujer tan singular, para obtener por tal conducto la solución de todos sus misterios?

A ella fué enviado Vicente, con instrucciones completas y bien aprendidas, si bien con la reserva cautelosa de revelar el sitio donde se decía que se encontraba el tesoro y el nombre de la persona que lo codiciaba. Hablar con mayor claridad hubiera sido tanto como excitar los deseos de nuevos ambiciosos y abrir las puertas á una publicidad inoportuna.

Llegado el mozo al sitio indicado, sin perder tiempo indicó su objeto á la buena mujer, y celebróse la consulta con toda la solemnidad que requería un caso tan grave. Volvió á los dos días el embajador, asustado por lo que había visto y oído, pero con más fé que nunca, porque acababa de encontrar la confirmación absoluta de la veracidad de todas las tradiciones.

Con exaltación increíble y con ingenuidad rayana en la estulticia, decía al tío Mochuelo que aquella mujer era una maravilla, un verdadero prodigio, una persona que debería de saber lo menos diez secretos de los treinta de Salomón, siendo por consiguiente muy superior á aquel zahorí que fué amigo del abuelo de Lorenzo.

Luego relataba su misión con detalles pintorescos, gesticulando y haciendo aspavientos, como si tratara de reproducir fielmente la escena tenida allá, en la soledad de una habita-



ción vetusta y ennegrecida, llena de cachivaches de no muy extremada limpieza, y á la luz soñolienta de un candil pendiente de una estaquilla incrustada en la pared.

Contaba tembloroso y como si se encontrara todavía bajo el influjo de sus impresiones, que, á las pocas palabras que él habló, interrumpiéndole ella, sintiéndose súbitamente inspirada, anticipándose á todo cuanto él quería consultar. Teñíasele poco á poco á la Sybila la cara de verde y amarillo, poniendo los ojos en blanco, como si estuviera viendo cosas del otro mundo, y lanzando suspiros que denotaban una gran fatiga que abrumara todo su sér.

En aquella situación que atemorizaba al mancebo, decía con una voz muy débil, de un timbre amedrentador, pero bastante clara, dónde se encontraba el tesoro, mezclando en el relato palabras que él no entendía bien, porque serían francesas ó morunas, aunque sacaba de entre ellas otras que comprendía sin ningún esfuerzo, como *doncella*, *sangría del pié izquierdo*, *sierpe con alas*, *agujero*, *truenos y relámpagos*, y otra porción más que no recordaba. Cuando la buena mujer volvió en sí, había perdido por completo la memoria de su visión, y sudaba á mares, condoliéndose de todas las articulaciones de su cuerpo hasta inspirar lástima. Después quedó adormecida por espacio como de media hora, y luego sintióse aliviada casi por completo y en disposición de dedicarse á sus tareas.

Por último, cuando él, luego de depositar en la mano de la Sibyla un duro, le pidió una verdadera interpretación de la palabra *doncella*, que era el objeto principal de la consulta, contestóle que eso no ofrecía dudas de ninguna clase, pues quería decir mujer pura de cuerpo, y que no podía entenderse de otra manera, porque la eficacia de la sangre no consistía en la composición del líquido, sino en la virtud de la doncellez, ó sea de una mujer virgen.

Sosegóse no poco el tío Mochuelo con las explicaciones tan claras de Vicente, porque la autoridad indiscutible del oráculo, teniendo en cuenta lo imprevisto de la consulta, era una prueba más de la existencia del tesoro; pero sintió en el alma que la palabra *doncella* fuera tan esencial y tan ter-



minante en cuanto á su significación, porque ¿dónde encontrar una mujer de esas condiciones que se prestara á derramar unas cuantas gotas de sangre?

Sin embargo, había que buscar sin tregua ni descanso, aunque con prudencia suma para no descubrir ni malograr el secreto, y no tenía que vacilar ni descuidarse, porque sinó, nada podía hacerse. Además urgía mucho el tiempo; la idea de alejarse de aquellos contornos le aguijoneaba más y más, como si cada día que pasaba fuera una eternidad de sinsabores que llenaban de amargura su espíritu atribulado, y él quería respirar pronto otro ambiente, estar en contacto de otras costumbres más en armonía con sus aspiraciones, como si hubiera de nacer á nueva vida.

La sangría de una doncella era el talismán, la clave, la palabra mágica que evocaría los misterios del mundo subterráneo, para que á su potencia irresistible que amedrentaría á los genios de lo desconocido, la serpiente soltara su presa y saliera huyendo del escondido antro, mostrando á su pesar el sitio por donde había de descubrirse la portentosa riqueza.

Eso y nada más que eso era lo que faltaba hacer, y á ello se disponía con toda su voluntad, seguro de que muy en breve tendría en su mano el hermoso objeto de sus ansias.

Para mostrar alegría y distraer las atenciones que ya iban fijándose demasiado en su persona, el tío Mochuelo no quiso ser menos que sus vecinos, que ya habían comenzado á iniciar bailes en las puertas de sus casas, y después de consultar el caso, en reserva, con Vicente, le dió órdenes para que organizase un bailazo á la altura de su posición, proponiéndose á la vez tantear de un modo indirecto las voluntades de las muchachas, para ver si podía sacar algún partido que favoreciera sus planes.

Para que el baile resultara tal y como quería, no habían de faltar juegos y relaciones, y al efecto se invitaría á los juguistas del Cabezo Gordo, que eran los mejores, y á Gregorio el de los sermones, residente en Los Infiernos de San Cayetano, que improvisaba coplas con asombrosa fecundidad y



que tenía en la memoria un almacén de versos para todas las circunstancias y todos los gustos.

Con efecto, Vicente se dió la maña que pudo, recorriendo caseríos y comprometiendo personal, y en la tarde del inmediato domingo acudieron á la esplanada de la casa del tío Mochuelo más de doscientas personas, rebosando alegría y dispuestas á divertirse hasta no poder más.

La noticia de aquel baile había venido á dar fin á todas las hablillas que se suscitaron con el incidente del Carnaval, y aun cuando habían disminuido mucho por las razones que hicieron prevalecer los conspicuos de la política y por la despedida del tío Blas, los murmuradores venían todavía reproduciendo, aunque fríamente, el recuerdo del disgusto. Pero el baile significaba alegría, y aquella alegría no podía nacer de otra cosa que de la completa conformidad de pareceres entre Rosalía y el tío Mochuelo, y por consiguiente quedaba bien probado que todo había sido una calumnia hija de la embriaguez y de los malos sentimientos.

En cuanto acudieron las muchachas más garridas, comenzaron á sonar las guitarras y el posticeo suelto, y á poco se oyó la primera copla y con ella comenzó el típico y tradicional baile de la malagueña, con esa profusión de trezados, saltos y vueltas que forman una de las danzas más vistosas que se conocen en las expansiones populares.

Allí estaba también Rosalía, lujosa como siempre que se trataba de una exhibición, pero con aire más señorial y menos afectado, por tener ya cierta costumbre de las cosas grandes. Parecía que su hermosura había aumentado, aunque notábase en su frente y en su mirada cierta melancolía, como si á pesar de sus comodidades, se reflejara en su semblante el vacío de su corazón.

El tío Mochuelo, por el contrario, con aire más jovial que de costumbre, conversaba con los jovenzuelos y los animaba para que bailasen. Luego acercábase á las mozas y gastaba bromas y las excitaba para que lucieran sus habilidades, y después con ciertas artimañas que había buscado, giraba las conversaciones, á veces un tanto forzadas, llevándolas al punto



que se proponía, concluyendo siempre con estas ó parecidas palabras:

—¿Es que no te darías tú una sangría de cuatro onzas por veinte ú treinta duros?

Creía el visionario que la perspectiva de aquella cantidad, que para sus ojos era exorbitante, haría buen efecto en las muchachas, sobre todo en las picadas de vanidad que no eran pocas; pero veía todo lo contrario. Unas lo miraban con enojo y como sorprendidas, sin decir una palabra: otras respondían irónicamente, tomando á chacota la propuesta, y algunas se reían estrepitosamente, por creer que aquello sería una broma sin importancia.

Sólo alguna vieja viuda, de pobreza extremada, que oía la proposición, por más que á ella no le era dirigida, solía exclamar:

—Por veinte ú treinta duros, nó; pero por ochenta ú cien, yo sí dejaría que me sangraran en seco, pero sin pasar de media onza de sangre.

¿Pero qué mérito tan grande no había de tener aquel tesoro oculto, cuando los magos que lo guardaban ponían dificultades rayanas en la imposibilidad?

Allí había indudablemente algo que no salía á la superficie y que ataba las voluntades de las doncellas, convirtiendo tal vez á sus ojos la sencillez de la corta sangría en una herida de suma gravedad que imponía terror, ó quitando valor é importancia á la oferta del dinero, apareciendo acaso ante su consideración como insignificantes monedas de cobre los voluminosos discos de plata, deslumbrantes y sonoros, por cuyo alcance trabajaba sin descanso la humanidad, y se hacían revoluciones y se consumaban crímenes horrendos.

Pues si lo que mucho vale mucho cuesta, á él no habían de arredrarle los obstáculos por dinero. Decidido á llegar hasta el fin, aunque doblara ó triplicara la cuota de la sangría ¿qué era aquello en comparación con la riqueza que esperaba?

También se encontraba allí Lorenzo, que no había querido permanecer ausente, por no dar margen á sospechas, y andaba



por todas partes grave como siempre, pero amable, conversando con unos y con otros, excogiendo con Gregorio los sermones del «Morrastel» y del «Higo de pala» y enterándose de los juguistas acerca de los disparates cómicos que iban á representar.

Oyó varias veces y por casualidad las extravagantes proposiciones que hacía el tío Mochuelo, y vió que la enfermedad de su principal no tenía cura y que aquella cabeza se había desequilibrado por completo. Adivinó enseguida lo que el richón proyectaba, y conociendo que bajaba con rapidez la pendiente para estrellarse en un abismo, decía, encogiéndose de hombros:

—¿A mí qué? ¿Tú lo quieres? Peor para tí. El que vaya detrás recojerá lo que tú dejes.

Y con efecto, él procuraba ir en pos del alucinado, porque presentía una catástrofe cercana. No le empujaría; no cargaría su conciencia con un mal consejo siquiera; pero un extravío semejante sería una excepción de la regla general si no tuviera en breve un desenlace desastroso. ¿Y quién antes ni mejor que él para recoger los ricos despojos que quedarán, cuando viniera la terrible solución? ¿Quién con mayor derecho para ocupar el puesto que voluntariamente cedió y que no trató de disputar por las conveniencias del momento?

Mientras tanto seguía el bullicio y continuaba el baile con gran animación. A una pareja reemplazaba otra, entre un coro de postizas que repiqueteaban muchas manos, oyéndose apenas, en el vibrante y estruendoso carrasclás, la voz que entonaba las coplas y los sonoros bordones de la guitarra.

Y paró momentáneamente el baile para intercalar los juegos, número el más saliente de estas diversiones, y las gentes se prensaban unas contra otras para no perder ningún detalle de la representación.

Era el primer juego, como todos, un pasillo cómico sin piés ni cabeza, un disparate sin argumento pero con una idea fundamental picaresca y maliciosa, improvisándose la forma escénica y el lenguaje, que se encomiendan al gracejo natural y á la viveza de imaginación de los actores,



Rióse mucho la gente con las felices ocurrencias de los juguistas, y prosiguió el baile, á manera de entreacto, representándose luego otro juego tan disparatado como el anterior, que siguió excitando la hilaridad de los circunstantes, con tanto gusto como la que producen entre los espectadores del teatro más culto los chistes cómicos de las situaciones más graciosas.

En la alternativa de bailes y juegos, Gregorio espetó sus dos sermones, entre carcajadas y frases maliciosas de los oyentes, porque los tales sermones y con especialidad el del «Morrastel», levantaban ampollas en la gente joven, como sátiras sangrientas, hechas por pluma avezada á escribir, sobre las costumbres disolutas que la falta de moralidad y cultura vá extendiendo rápidamente por los campos.

Al terminar los sermones, el crepúsculo comenzaba á tender su velo sobre el horizonte, ocultándose los últimos rayos del sol tras las lejanas cumbres de Carrascoy, entre festones opalinos y celajes de grana. Con tal motivo, inicióse un desfile lento que se extendía por el camino y por las sendas de los próximos bancales, despejándose en algunos minutos la esplanada de la casa del tío Mochuelo. Los circunstantes se llevaban el recuerdo de una tarde feliz, y esperaban que aquel acto tan agradable volvería á repetirse con frecuencia.

Rosalía fué la última en retirarse, aprovechando la ocasión de verse sin testigos para lanzar miradas alegres á Lorenzo, indicándole en ellas lo contenta que estaba por la reservada conducta de su administrador.

Hacía ya algunos días que sólo ponía en juego el lenguaje de los ojos, como único medio para comunicar con él sus sentimientos, pues si alguna vez empleaba el de la palabra, era para hablar indiferentemente y en presencia de testigos.

Unicamente el tío Mochuelo estaba algo disgustado, y había perdido el buen humor que tuvo al principio de la tarde, por no haber deducido nada digno de provecho en sus proposiciones indirectas sobre la sangría. No podía comprender la razón de tantas dificultades, cuando la misma luz natural le hacía ver que no había en el mundo nada más sencillo ni



de menos trascendencia. ¿Iría á quedarse ahora sin tesoro, por decreto fatal de la desgracia, después de haber puesto en juego todos los medios que estaban á su alcance?

Pero Vicente, que hacía lo posible por tenerle contento, leyendo en la cara de aquel hombre la lucha que sostenía en su interior, lo llamó aparte y le dijo al oído unas palabras que le hicieron al punto levantar la cabeza con alegría.

—Sí,—contestó:—prefetamente: veo que vales una mina y náide te gana á discurrir.

—¿Con que está osté conforme?

—Del tó, Vicente, del tó. Es custión de unas pocas semanas, y quien ha asperao tanto, bien pué asperar sin impacientarse ese tiempo que se pasará volando. Mientras tanto, platicarémos y deslindarémos el asunto, pa quitar de una vez de en medio toas las contras.

Y sintiendo que su pecho se llenaba nuevamente de alegría, entróse en su casa, dispuesto á cenar como un bienaventurado, no cabiéndole la menor duda de que ahora era cuando podía contar con el tesoro que la tierra aprisionaba en su endurecido seno, y que guardaban con tanto afán los génios de lo desconocido.

---









## CAPITULO XVII

### *La Mona*

---

¡La mona! ¡La mona! ¿Quién no sabe lo que significa esta palabra en Murcia, en la huerta y en todo su campo?

Había llegado la Pascua florida y con ella la celebración de la merienda tradicional, de la merienda por antonomasia, comida llena de encantos y atractivos, cuya nota principal consiste en ser de carácter rústico, esto es, al aire libre y lejos de la casa propia que recuerda á cada momento las costumbres ordinarias de la vida.

El fruto típico de esos actos expansivos estaba ya en completa sazón, y se alzaban en no pocos trozos de los bancales los habares olorosos, con sus hojas largas de mezcla verde y azul, algunas sombreando blancas florecillas á las que todavía no había llegado el turno de cuajar. Eran como llamadas incesantes que despertaban el apetito, excitaciones puestas constantemente á la vista de los golosos, y había que acudir á sus ofrecimientos con diligencia, respondiendo á su generosidad con caricias dentales, únicas admisibles en las grandiosas circunstancias de la mona.



Por eso, la mayor parte de las familias de la villa y del campo, hacían preparativos para la clásica merienda, y cargaban cestas enormes con apetitosos comestibles, saliendo á pié ó en carruaje, una á una, ó varias reunidas, dirigiéndose á un sitio excogido de antemano, donde pudieran dar rienda suelta á las bromas que el acto lleva consigo.

El tío Mochuelo no podía ni debía sustraerse á la fuerza de esta costumbre. Desde la semana anterior, había intentado buscar ocupaciones, pretextos, algo que lo retuviera en su casa para impedirle sacar del bolsillo más de lo ordinario, porque le horrorizaba la idea de ver engullir á dos carrillos, á costa suya, personas extrañas á su familia; pero no encontró lo que buscaba, y hubo de resignarse contra su voluntad, teniendo que ser uno de tantos y disponiéndose á merendar también como el último *quidam* de los mortales.

Túvole esto de mal humor durante un par de días; pero luego, por uno de esos fenómenos que no se explican y que suelen ser tan comunes en los tacaños, pasó de repente de un extremo á otro, y de no querer gastar un céntimo, determinó llegar hasta el despilfarro.

Había concebido una idea halagadora en extremo, una idea que se adaptaba perfectamente á su excesiva soberbia y á su pueril vanidad, proponiéndose á utilizar una ocasión magnífica, como el acto había de ofrecerle, para hacer ciertas indagaciones referentes al tesoro en cuestión. Consistía aquella idea en convidar al alcalde y á la alcaldesa juntamente con varias familias y á los amigos más íntimos del comité, y merendar allá nada menos que en la cumbre del Cabezo Gordo, enseñoreándose del terreno, como si fueran una bandada de águilas reales dominando la considerable extensión de aquellos campos.

Quería adquirir fama de grande, dejar un recuerdo de consideración, tal vez el último, de su estancia en aquella región que deseaba abandonar muy pronto, y aquel recuerdo sería, durante muchos años, como la estela luminosa de un astro que se aleja, para que quedara grabado en el corazón de todos sus convecinos.



Y ya que se determinaba á derrochar comestibles, había de ser precisamente allí donde él designaba, por la originalidad del sitio, por el efecto tan grande que produciría ante los que únicamente se atuvieran á lo que veían sus ojos, á la parte material del hecho, sin penetrar en el fondo, lo cual sería indudablemente objeto de favorables comentarios. Sin embargo, aquello era únicamente la forma, no lo principal, el verdadero motivo. La merienda en lo alto del Cabezo tenía para él la ventaja de ofrecerle una ocasión propicia de tender libremente y á la presencia de todos, sus gemelos marinos, con pretexto de admirar el panorama, pero en realidad para escudriñar minuciosamente la Balsa á pocos pasos de la carretera.

¿Por qué había de defender unos cuantos duros de diferencia, cuando antes de tres semanas pudiera estar en condiciones de competir con los primeros banqueros de la provincia?

Únicamente le preocupaba si debía invitar ó nó á Lorenzo, pues aunque había redoblado cerca de él su atención sin haber observado nada que hiciera valer las afirmaciones del tío Blás, quedábale en lo interior cierto rescoldillo, y el joven se le atragantaba algunas veces como cosa indigesta que hubiera arrojado lejos de sí para vivir más tranquilo. Pero después de meditar mucho, resolvió invitarle, siempre con objeto de evitar malas interpretaciones y comentarios desfavorables.

Llegó la tarde del día excogido, y en las primeras horas de ella, dos galeras y dos tartanas, repletas de gente, salieron á escape de la casa del ricachón, y después de atravesar el pueblo y de recorrer la carretera, torcieron á la izquierda, internándose por el camino de Pacheco hasta llegar al pié de la colosal protuberancia de piedra. Precedíales un carrito donde iban los comestibles custodiados por la servidumbre.

La ascensión á la cumbre del Cabezo Gordo no tenía nada de fácil, pues apenas existían practicables dos ó tres sendas, y luego había que caminar por declives y rampas de muy pequeña suavidad, orientándose después por las reducidas mesetas hasta abordar la masa central donde los repechos son más ágrios, y llegar de allí al punto culminante ó sea á un pequeño rellano donde se alza una cruz que viene á coronar el monte,



y que la piedad de los pasados siglos levantó como en señal de la alteza de sus miras y de la bondad de sus sentimientos.

A pesar de las dificultades, la ascensión se hizo muy entretenida. El mismo temor de las mujeres y la necesidad de ser ayudadas en ciertos pasos, juntamente con los resbalones que solían dar los más atrevidos, provocaban á cada instante risas y frases epigramáticas. Descansaban de tiempo en tiempo para no fatigarse, sentándose muchos en los sitios donde los peñascos ofrecían alguna comodidad, y respiraban así aire puro y refrescante, cargado con perfumes de tomillo y eneldo y otras emanaciones de plantas silvestres.

A medida que la alegre caravana iba ascendiendo, veíanse poco á poco agrandarse en amplios círculos aquellas enormes sábanas de tierra que se extendían á sus piés, bordadas de verdes arboledas, olivares oscuros y trozos inmensos de rubios cereales, entre festones de viñedos brillantes y pomposos, de una irregularidad caprichosa y agradable. Parecía que el oro y la esmeralda, mostrando opacidades y bruñimientos en contrastes variados, pugnaban por enlazar todo el tesoro de su riqueza y hermosura con la magestad de un cielo purísimo de tornasolados matices, que se dilataba como un palio infinito sobre la considerable extensión del panorama.

Y era el Cabezo, en verdad, un punto de vista singular y magnífico, para abarcar de una ojeada cuanto puede recrear el espíritu apasionado de lo bello, en la contemplación de la gigante naturaleza con toda la esplendidez de sus encantos.

Por un lado, descubriase á lo lejos el mar Mediterráneo, como una enorme pincelada azul turquí, confundida en sus bordes de allá con los últimos velos del horizonte que parecían abrazarse en la unión amorosa de sus elementos, y recorriendo en sus lindes de acá la dilatada faja de tierra desde el Cabo de Palos, hasta desvanecerse en las costas alicantinas, parecidas á ligeras evaporaciones que se perdían en la inmensidad.

Más cerca, el Mar Menor de superficie plateada y brillante, con sus caseríos y sus encañizadas. A otro lado, la importante sierra de Cartagena que arranca junto al Cabo de Palos y se



pierde allá en los campos de Mazarrón, como formidable barrera destinada á defender los límites sagrados de la patria. Al poniente, la mole de Carrascoy, que se resuelve en una cordillera para formar á sus piés el valle donde se asienta la incomparable huerta de Murcia. Allá, en las lejanías del norte, las montañas de la Pila y de Orihuela, como si fueran una sola masa, á pesar de la enorme distancia que las divide, cerraban el contorno, presentando sus elevados picos de un azul pálido casi confundido con el del cielo.

Y en los radios de aquel enorme círculo, partiendo del punto central del Cabezo Gordo, se destacaban, ya como relieves del terreno, ya como contrastes del color, multitud de pueblos y centenares de caseríos y cortijadas, donde bullía la vida y se amasaba la alegría con las miserias cada vez más crecientes de los labradores.

Una vez en la cumbre y en el sitio en que habían de pasar la tarde, formáronse corrillos diferentes, como acontece cuando el gentío es numeroso, y mientras unos querían descansar largamente de las fatigas de la última ascensión, otros se recreaban en las grandezas del panorama, el más amplio de toda la provincia, y alguien sacó á relucir la guitarra y se puso á entonar cantares alegres, dando á la excursión una nota de singular atractivo.

El tío Mochuelo no tardó en desenfundar sus gemelos, y unido á Vicente, enfilaba los focos hácia la Balsa que se veía allá abajo, junto á unas higueras que comenzaban á cubrirse de hojas.

La Balsa era, ó mejor dicho, es una alberca grande, de la época árabe, medio destruida, sin condiciones para retener el agua que los aluviones depositan en ella, por lo que siempre presenta seco su fondo, el cual, por los sedimentos aglomerados durante tantos siglos, ha ido subiendo hasta casi nivelarse con la superficie de la tierra que la rodea.

—¿Lo ves?—decía:—por lo que yo calculo, debe de ser por mi izquierda. Me parece que por allá abaja el terreno un poco.

—Sin embargo, tío Diego, pudiá ser por la erecha. En eso no hay que confiar, porque la sierpe es quien lo ha de decir.



—Tíes razón; pero munchas veces se acierta por las corazonás, y á mí me da el corazón que es por ande he dicho.

—Güeno... la custión prencipal es, que, bien sea por el lao este, bien por el lao aquel, que lo mesmo tié por una parte que por otra, ese, ese es el sitio ande se encuentran toas las halajas de la reina mora cuando se estaba bañando.

—Conveníos, conveníos.

—Entoces no hay duda de que tamién estarán las halajas que tenían sus acompañantes de la orilla del Estacio, que no serían una cosa cualquiera, sino condeses y duqueses y gente muy gorda.

—¡Toma! ¡Pos de contao! La leyenda no dice que los piratas se llevaran nengunas riquezas, y por eso ná tié de particular que aquí se encuentren juntas toas.

Y rápidamente el tío Mochuelo dirigió los gemelos á otro lado para desorientar á unos mirones que pasaban cerca de ellos, y luego de fingir un rato que hablaba sobre lo que veía al pié de las lejanas sierras, volvió á enfilar las lentes á la Balsa, como si hubiera un imán que atrajera los focos de los cristales.

—Lo veo, Vicente, como si lo tocara con mi mano. Adivino que debe de tener tres cajas, y grandes.

—¡Claro! Como que la Providencia es muy güena, y que-rrá que una sea pa mí del tó.

—Ties razón. Te dí mi palabra de rey, y lo juré por las diez cruces de mis deos. Aunque se juntara el cielo con la tierra, tendrás lo que te corresponde, porque así debe ser.

Y volvieron á guardar silencio, temerosos de ser oídos.

Como se ve, el desequilibrio mental del tío Mochuelo iba acentuándose día por día, y ya era muy escaso el espacio que lo separaba de la locura constante á la que parecía aproximarse con rapidez.

En esto, las domésticas, dirigidas por Rosalía, habían distribuido servilletas y colocado manteles en el suelo, pero más abajo de la cumbre, buscando la sombra que proyectaban unos peñascos. Después volcaron un río de cubiertos de plata,



y sacaron el pan y las viandas que habían de colocarse donde pudieran ser con facilidad distribuidas.

Destapáronse grandes cestas de mimbres, y aparecieron, con piececitas de pan blanco y tierno, multitud de fiambres, por requerirlo así la índole de la merienda.

Alternaban trozos del riquísimo jamón del país con salchichones de Vich y embuchados extremeños. Voluminosos morcones caseros y gruesas longanizas se destacaban junto á la *mortadella* de Bolonia y una variedad no pequeña de quesos. Apilábanse más allá, junto á fuentes de excitante ensalada, las monas con sus huevos blancos y relucientes entre crucetas de masa, y una inmensa cantidad de habas recién cogidas deslumbraban con su verdor subido, despidiendo un aroma fragante y embriagador.

Por último, una caja de botellas de vino de Jumilla y algunas de pajarete, apareció como símbolo de la alegría general, y ante aquella visión deslumbradora, apresuráronse todos los circunstantes á tomar posiciones y á dar una valiente acometida á los comestibles con todo el rigor de sus mandíbulas y toda la energía de sus apetitos.

No había más que alargar la mano y tomar de lo que se quisiera. Se habían prohibido las *etiquetas*, y cada uno comería con plena y absoluta satisfacción como si estuviera en su propia casa.

¡Vaya una tarde que iban á pasar! ¡Vaya un humor que reinaba en todos los asistentes, dispuestos á comer tanto como á divertirse!

Multiplicábase Rosalía, distribuyendo comestibles y excitando á todos á atracarse de lo lindo y á beber, y los jóvenes desataban sus lenguas, alternando las galanterías con las frases chistosas, y se cruzaban los obsequios, los epigramas de buena ley, y hasta las miradas fogosas de la juventud de ambos sexos.

Pero las cabezas comenzaban á marearse. Los vasos de vino desaparecían rápidamente en el estómago de los comensales, y alguno empinaba una botella, viéndole el fin á poco de colocarla en su boca.



Rosalía, con varias compañeras, se había entregado á la alegría general, y como ellas, de sorbos cortos pasó á tragos de importancia, y el vapor alcohólico comenzaba á excitar su lengua, después de hacer asomar á su cara toda la viveza de sus hermosos colores.

Lorenzo bebía poco, aunque aparentaba lo contrario; pero el tío Mochuelo tiraba de largo sorbiendo de lo lindo, como si hubiera vuelto á los mejores años de su juventud.

—¡A beber!—dijo en un arranque de entusiasmo.

Y como si aquella palabra trajera al recuerdo el célebre coro de «Marina», no quedó una mano que no empuñara un vaso lleno del encarnado líquido, entonando á pleno pulmón, hombres y mujeres, el canto que parecía venir como de perlas en tales circunstancias.

Muchos hablaban ya incoherencias, y alguno las elevaba á la categoría de disparates. El alcalde se empeñaba en expresarse en francés, sin conocer el idioma, y el tío Mochuelo, desatando el dique de su lengua, soltaba una lluvia torrencial de palabras sin orden ni concierto.

No hay un resorte mejor que el vino, para hacer olvidar á las gentes los convencionalismos y presentarlas tal como son. Las cualidades características de las personas destácanse entonces de una manera espontánea, por el enervamiento de la voluntad, y se descubren las interioridades, como se descubren los pensamientos de un libro leyendo en sus hojas desplegadas.

Como la mayor parte de los comensales se encontraban en completa embriaguez y otros cerca de ella, excepto Lorenzo que había bebido poco, cada cual se exteriorizaba á su manera, si bien nadie se cuidaba de espiar palabras, movimientos ó intenciones de los compañeros. Rosalía no se ocultaba de mirar á Lorenzo con descaro, poniendo en los rayos de sus pupilas el fuego de una pasión que la abrasaba, y Lorenzo sostenía aquellas miradas con valentía, aunque procuraba no confiar mucho en la distracción de los demás, á fin de no provocar alguna inconveniencia y perder tan hermosa ocasión que la



casualidad le había presentado por primera y acaso por última vez.

El tío Mochuelo quiso aprovechar un momento y se fué al lado de Vicente que se había encaramado á la cumbre, junto á la cruz. Reanudando allí sus sueños, comenzó á hablar del tesoro de la reina con tanto calor, que por hallarse también Vicente algo embriagado, no pudo caer en la cuenta de que todo cuanto su amo decía era contraproducente, por los disparates que encerraba. Por eso el tío Mochuelo se despachaba á su gusto, sin testigos y sin contradictores, á impulso de los vapores alcohólicos que contribuían á la exaltación de su cerebro, haciéndole olvidar la cercana presencia de personas que podían sorprender aquel secreto que él tan eficazmente trataba de guardar.

¿Quién se acordaba en aquel momento de seguir merendando? Los estómagos no podían más, y las cabezas estaban completamente perdidas. Las lenguas, en cambio, habían concluido de soltar los frenos, teniendo ellas ahora el ascendiente, y cada cual charlaba cuanto podía en cien conversaciones distintas y llenas de incoherencias.

Ni la típica ensalada, ni las monas ni otros comestibles merecieron los honores de un bocado. Algunas habas, por vía de entretenimiento, habían soltado sus granos en muy pocas bocas, y el montón, desparramado por todas partes, solo servía para suministrar proyectiles á ciertos niños góticos que siempre se encuentran en donde no deben estar, para hacer gala de groserías y de mala educación.

Rosalía tuvo que apoyarse en el brazo de un robusto mocetón para poder levantarse del suelo, y la alcaldesa vióse precisada á recurrir á dos brazos resistentes que empinaran su humanidad voluminosa. Algunas muchachas que no quisieron aceptar apoyos de brazos que estúpidos mozalvetes les ofrecían, estuvieron á pique de rodar por las agrias pendientes de las lomas.

Como la mayor parte de los comensales habían abandonado su asiento de roca y se encaramaban á la cumbre para despedirse del grandioso panorama, las criadas pusiéronse á reco-



ger los restos de los comestibles y aquella balumba repartida en tantos sitios. Entonces Lorenzo cogió la guitarra, y sentándose en un peñasco mientras duraba la operación, comenzó á cantar lo que en Murcia se llama «malagueña de la madrugada».

Todas las coplas que entonaba eran de amor y melancolía, suspiros exhalados del fondo de un alma que vivía en un mundo de sentimientos, y parecían alusiones que Rosalía interpretaba como dirigidas á ella, expresando la situación especial en que ambos se encontraban.

Le hablaba así, á la vista de algunos que no habían subido á la cumbre, y le mostraba su corazón con lenguaje sólo entendido de ambos, y los oyentes palmoteaban muy entusiasmados, ajenos por completo á la intención del cantante, creyendo que aquellas coplas eran un desahogo natural, un número más de una fiesta que bien merecía tener una conclusión menos material que la que hasta entonces se esperaba, por la índole de la original expedición.

Declinaba ya la tarde, estando la luz del sol próxima á extinguirse, y un vientecillo frío y húmedo comenzó á subir desde el fondo del valle, como anunciando la hora de regresar. En vista de esto, algunos comensales indicaron la conveniencia de retirarse, y entonces el alcalde dió la orden de partida, aunque seguía soltando palabras en francés.

Pero si la ascensión fué difícil, más aun se ofrecía la bajada. Las asperezas presentaban cierto peligro, por falta de puntos de apoyo, y había necesidad de irse asegurando á cada paso, especialmente en las rampas de bastante inclinación, teniendo en cuenta, á más de los obstáculos naturales, la mayor ó menor perturbación de todos los cerebros.

Como Lorenzo era el único que conservaba sus facultades en equilibrio, pronto se vió obligado á ayudar á los más perturbados á torpes, y trechos hubo en que necesitó hacer esfuerzos poderosos para evitar multitud de desgracias.

Respecto de las mujeres, las dificultades eran mayores todavía, pues algunas se aterrorizaron, creyendo que el monte giraba á sus pies en vertiginosos movimientos. Lorenzo tuvo





que tomarlas á todas en brazos para transportarlas en determinados declives; y si bien le fatigó y le dejó malhumorado el peso mayúsculo de la alcaldesa, no así el de Rosalía. Por su gusto, hubiera querido prolongar la dulcísima carga, hasta dejarla en lo más bajo del Cabezo.

Lo que hizo reir grandemente á todos, fué cuando Lorenzo tuvo que agarrar al tío Mochuelo, para evitarle una muerte segura, y lo llevó en sus brazos largo trecho. Desde luego, casi puede afirmarse que el irritado administrador hubiera querido en aquel instante convertirse en el propio Anteo, para ahogar entre sus brazos á su principal, ya que la casualidad le lo ponía en condiciones tan á propósito; y algo sin duda debió de temer el tío Mochuelo, respecto de la suerte que pudiera correr, cuando con los ojos fuera de la órbitas comenzó á gritar como un desesperado. Pero todos vieron que Lorenzo fué tan caritativo como caballero, y acogieron con carcajadas burlescas las ridículas demostraciones del ricachón, quien al cabo hizo sonar la nota cómica con que debía terminar aquella original y célebre merienda.

Lorenzo también reía, mientras dejaba la carga, doblemente abrumadora, en sitio de confianza; y cuando el tío Mochuelo, en un rasgo de feliz razonar, vió que todo era una visión engañosa de sus odios excitados por el vino, se avergonzó un momento y se arrepintió de sus temores, pidiendo perdón á Lorenzo con una mirada que fué de éste perfectamente comprendida.

La caravana aún tuvo que andar largo trecho; pero como ya el terreno era más seguro, la gente estiraba á gusto sus piernas entumecidas, dirigiéndose rápidamente hasta el punto en que se encontraban los vehículos. Una vez allí, no tardaron en llenarse de nuevo las galeras y tartanas, continuando el buen humor de los excursionistas, que relataban ahora con risas y chistes los episodios de la bajada del monte, mientras las criadas y Vicente cargaban el carrito de los comestibles, bien aligerado ya de peso.

Al principio del regreso, caminaron todos con gran precaución; y luego cuando dejaron el endiablado camino de Pa-



checo y saltaron á la carretera, los carruajes volaban más bien que corrían, excitados por los conductores que tenían prisa por devorar los hermosos restos de la merienda, y llegaron á la villa de San Javier cuando había cerrado por completo la noche, sin que hubiera disminuido la alegría que á todos dominaba.

---





## CAPITULO XVIII

### *Esperanzas*

---

El tiempo, ese incansable y gran demoledor de las obras humanas, no podía dejar de influir en los sucesos de esta singular historia.

Con efecto, la animosidad del tío Mochuelo para con el tío Blas, había disminuido considerablemente con el rodar de los días. Esto unido á las muchas demandas de perdón que el labrador le había dirigido, no por arrepentimiento ni por dolor de conciencia sino por la imposibilidad de vengarse y la certeza casi absoluta de empobrecerse, decidieron al ricachón á la benignidad, cosa que se celebró en el pueblo, por aquello de que más conmueve los ánimos una acción generosa que un acto acompañado por los rigores de la justicia.

No dejó de influir para ese rasgo de bondad la conducta de Lorenzo, quien había demostrado en todo ser muy formal para sus asuntos y muy respetuoso para con sus amos, como así venía á probarlo, después de otras cosas, la última escena de la expedición al Cabezo Gordo.

De ese modo, á la faz de la villa entera, quedaba visible la





total inocencia y el completo desinterés del administrador; y si bien al tío Mochuelo le quedaban algunos insignificantes rescoldillos interiores, como marca de las dudas que contra su voluntad le asaltaron en otro tiempo, al fin y al cabo eran pocas las semanas que había de permanecer en el pueblo, y bien podían echarse pelillos á la mar, porque todos los sinsabores quedaban absorbidos en la felicidad del porvenir.

No retrocedería en sus propósitos de ausencia, porque era tenaz en sus resoluciones; y ya no le alegraba, como antes, su estancia en aquellos lugares, testigos de menos satisfacciones que amarguras para su corazón; pero dejaría tras sí la paz y la gracia de Dios, y él se iría á un centro grande de vida para disfrutar de aquel tesoro que iba á adquirir en breve. Allí, aumentadas sus riquezas para presentarse de una manera brillantísima y sin que nadie pudiera recordarle su humilde origen, su esposa alternaría ventajosamente con altas señoras, y él se codearía con acaudalados señorones y con políticos importantes.

Pero Lorenzo, que tenía el defecto de ser algo rencoroso, no olvidaba el daño que le causara el tío Blas. Podía éste seguir cultivando las tierras y hasta rozarse con él en multitud de asuntos agrícolas, porque así venían las cosas y no se podían encauzar de otra manera; pero jamás sería amigo del que había tratado de perjudicarlo, y cada uno quedaría á larga distancia del otro. Luego vería cómo habría de obrar, si alguna circunstancia favorable se le presentaba.

Es verdad que la mala intención del tío Blas sólo sirvió para que Rosalía, al verse contrariada tan ágriamente, acentuara más su cariño hácia Lorenzo, abriéndole casi del todo las puertas de su alma, porque la naturaleza humana suele tener esas rebeldías, á veces inconscientes, cuando se trata de reprimir con violencia los afectos del corazón; ¿pero nó estuvo él á dos dedos de perder su plaza de administrador, salvándole únicamente sus propias energías?

Y todo por pura envidia, por una malquerencia inexplicable y sin motivo. En fin, no lo podía olvidar, y ya el tiempo se encargaría de responder por todos.



Sentíase Lorenzo arrastrado hácia Rosalía contra toda su voluntad, y apenas si podía contenerse cuando en algunas ocasiones se encontraba con ella sin testigos. Pero la seguía respetando, mostrando la delicadeza más exquisita para con ella, usando un lenguaje tímido de amante verdadero, y únicamente alimentándose con la esperanza de un porvenir que presentía cercano, porque así se lo decía el corazón en sus maravillosas intuiciones.

Rosalía, que comparaba aquella suavidad con las continuas brusquedades de su esposo, aunque éstas tuvieran la atenuancia de los celos que le habían hecho concebir, veía crecer su pasión día por día, como crece la llama de una hoguera cuando encuentra combustibles al alcance de su voracidad.

Renacía su antigua pasión, como el fénix de sus propias cenizas, y renacía con proporciones gigantescas, cual si las frialdades anteriores que las circunstancias engendraron, convirtiéranse ahora en alicientes del fuego que se extendía por todo su sér. |

Embriagábase en purísimos recuerdos que se reproducían con mayor vehemencia en un risueño presente, á la manera de retoños primaverales tras el letargo de un invierno tempestuoso. Pero reprimíase con heróicos esfuerzos y procuraba no dar lugar á su amante para el menor atrevimiento, pues se estimaba en mucho, y tenía formada del honor de la mujer una idea cabal y perfecta, á la que no había de faltar nunca, aunque la felicidad y la vida se le escaparan al sostener una lucha con sus mismas pasiones.

Si estaba de Dios (como ella decía) que andando los tiempos, hubiera de pertenecer por completo á su amante, había de ser legal y decorosamente, con la bendición del sacerdote, para que de esa manera y nó de otra fuera santificado un amor, que sólo entonces podía ser lícito y merecedor de correspondencia.

¿Quién podía poner la menor tacha á su conducta, si en todo aquello que caía bajo el dominio de su voluntad, obraba con grandes energías, sin temor y sin vacilaciones, en la plena



seguridad de salir triunfante, para que resaltara siempre y en todo lugar su virtud acrisolada?

Lorenzo, en medio de sus anhelos, gozaba embobándose en la honradez de Rosalía. Si amándose como se amaban; si á pesar de la repugnancia que á su esposa iba inspirando el tío Mochuelo, se mostraba ella tan recatada y honesta, buscando su propia estimación ante sus mismos ojos con preferencia á la que pudiera tener en opinión de los demás, ¿qué confianza nó había de merecerle luego, si llegaba á ser su esposa, como lo sería indudablemente, porque una voz interior le decía que el fin del tío Mochuelo se hallaba próximo, y que pronto las tocas de la viudez habían de ceñir las sienes de aquella cabeza encantadora?

Y ahora que el tío Mochuelo había dado al traste con sus celos y por añadidura se engolfaba más y más con Vicente en el estudio de los procedimientos que habían de emplear para la busca del tesoro de la reina, veía á Rosalía más á menudo y conversaba con ella, prosiguiendo el largo idilio de sus amores y viendo cómo su pasión era cada vez más correspondida, pero siempre evitando, como su amada, que sus grandes corazones cambiaran de lugar y subieran á apoderarse de sus cerebros.

El tío Mochuelo, bien por causa de las seguridades que había vuelto á tener, bien por la preocupación cada vez más arrebatadora del anhelado tesoro, charlaba hasta más no poder en las continuas conferencias que celebraba, entregándose en absoluto á su pasión favorita, y analizaba escrupulosamente hasta los detalles más minuciosos que relataba la tradición y las palabras misteriosas de la Sybila consultada.

Aquellas conferencias se celebraban generalmente en medio del campo, para que sus palabras no tuvieran otros testigos que los árboles, y el secreto permaneciera resguardado de la curiosidad y de la malicia.

Un día, parándose de repente el tío Mochuelo junto á unas hermosas cebadas que estaban á punto de ser entregadas á la hoz, dijo á su acompañante:

—Mira, Vicente, estas cebás: ellas me dicen que dentro de



muy pocos días emprencipiarémos la cosa, porque los manchegos no puén tardar en venir pa la siega.

—Miste, tío Diego, me van entrando ya unas ganas...

—No serán como las mías, porque tú vas por un lao tan solo, y yo llevo lo menos dos por delante.

—Tío Diego, osté podrá ir por ande quiera; pero cá uno sabe lo que pasa en su casa.

—¿Y tú crees que se encontrará la doncella?

—¿Que si se encontrará? Eso por de contao, como si la tuviéramos ya en la mano. Gente probe y muy da al dinero... pos no hay que decir. Hay madre que por una ocena de pesetas ha dejao á sus hijas pa...

—Sí, ya sé que en toas partes hay madres malas; pero sin embargo, acuérdate cuando en el baile mentábamos lo de la sangría: náide entraba por uvas.

—Pos aquí sí entrarán, porque los manchegos tién al dinero un apego muy grande. La gente de este campo, como necesita menos, porque está mantenía con un piazo de pan y tomate ú alguna cebolla, no es como la de la Mancha que come tajás tos los días pa no morirse y bebe tanto vino como agua bebemos nusotros.

El tío Mochuelo quedó admirado del razonamiento de Vicente y de su experiencia acerca de la gente de la Mancha, y ya iba á dar por terminada la conversación y á continuar su paseo, cuando su interlocutor le dijo, sin moverse de aquel sitio:

—Ascuche osté, tío Diego; tenemos que platicar toavía un rato.

—Pos echa por esa boca cuanto quieras,—contestó el tío Mochuelo.

—Pos lo que tengo que decir es que quiero que osté me dé carta blanca pa tó.

—¿Y eso qué es?

—Pos muy sencillo: que si es mester dar más dinero, hay que soltarlo: por ejemplo, si piden cien ú doscientos...

—¿Te burlas?

—Yo no me burlo, tío Diego; pero lo digo al tanto, por lo



que pué presentarse. Es mester tenerlo tó prevenío, no 'sea que luego vayamos á echar á perder el guisao por un chavo de especias.

—Tiés razón; pero mira, Vicente: como la custión prencipal es quitar toa la enza posible pa que no nos conozcan la gana y quieran sacarnos un ala del hígado, es preciso andar con pié de plomo y saber tantear toas las cosas. Tú debes emprencipiar por poco, como por quince ú veinte duros, que, bien mirao, me paece que es bastante pa unas cuantas gotas de sangre, que cualquiera las echa en una cortá con un vidro ó con una caña, sin que se le salgan las tripas. ¿Me has comprendío? Dimpués, sigún: si ves que es mester subir, pos se sube.

—Güeno, güeno; pero yo quisiá saber dista ánde puedo subir, porque no es cosa de perder el tiempo y de ir y de venir con recaos.

—¿Y qué quieres que yo te diga?

—Pos osté es quien lo ha de decir. Supóngase osté que se espatarragan y quieren dista la luna ¿qué hago yo entoces?

—Mira, Vicente, á tu gusto: puedes subir dista doscientos duros. Pero te digo que emprencipies por quince ú veinte, que lugar hay de ir subiendo poco á poco, y siempre con muncha maña.

Y al decir esto, lanzó un suspiro.

Guardaron silencio por un momento, y [torcieron por una senda sin dirección fija. Ambos meditaban sobre lo que acababan de decir, maravillándose el tío Mochuelo de que una cosa tan insignificante como una ligerísima sangría pudiera valer tanto dinero como suponía Vicente. No cabía dudá: bien pronto se había de ver que lo que entonces parecía una montaña se quedaría luego reducido á la gratificación de unas cuantas pesetas.

La gente que de lejos los divisaba no paraba mientes en ellos. Lo más que alguno podía figurarse es que estaban examinando los banales, cosa que nada de extraño tenía, pues no era aquél el único dueño que daba una vueltecita por sus propiedades para hacerse cargo de lo que la tierra había producido.



De pronto, paróse el tío Mochuelo, y dijo á su acompañante:

—Oye, Vicente.

—Osté dirá, tío Diego.

—¿Te acuerdas de lo que está convenio entre los dos?

—Sí: la tercera parte de tó, pa mí.

—Bien, Vicente; pero ¿por qué no hacemos una cosa?

—Osté dirá, tío Diego.

—Pos á mí *me se* había ocurrió que podía haber algo que á tí te conviniera mejor.

—Miste, tío Diego, pos á mí no *me se* ocurre ná.

—Sí, hombre, sí: me desplicaré y te convencerás de que hay comenencias que es mester aprovecharlas por la cuenta que traen.

—Pos osté dirá, tío Diego.

—Pos lo mejor es, que en lugar de ese tercio, si tú quieres, yo te daría mis dos barcas, el roalico de diez fanegas y la casica que hay en Pozaléo (Pozo de Aledo), cien cabezas de ganao, una mula muy rigular con aperos de labrauría, y cincuenta duros.

Quedóse Vicente perplejo al oír tal proposición que acaso excedía del valor que él suponía al de la tercera parte del tesoro; pero conociendo la tacañería del tío Mochuelo, dedujo que tal oferta, aunque deslumbrante, debía de ser muy mezquina, comparativamente con la que deseaba cambiar. Pero no queriendo disgustar al que trataba de proporcionarle un bien, contestóle al rato:

—Miste, tío Diego: pa que el diablo no se ría de la mentira, no me disgusta eso que osté me dice: lo pensaré bien; pero si aceto, será con la condición de que ponga osté alguna cosa más.

—Bien, hombre, por eso no habrémos de reñir. ¡Quién sabe si podríamos poner encima veinte ú treinta duros!

—Nó, eso es poco.

—Ú cuarenta ú cincuenta.

—Vamos, ya se acerca osté algo más; pero, en fin, platicarémos de esto otro día, y verá osté como no reñimos.





—Prefetamente.

Y amo y mozo continuaron su paseo por las sendas de los bancales, entregándose cada cual á sus respectivas meditaciones.

El tío Mochuelo se regocijaba interiormente por la facilidad con que se avenía el mozo á tal cambalache. Bien hubiera podido subir hasta otro tanto de lo que ofrecía en especie y poner encima algunos miles de pesetas, pues si la realidad se había de medir con arreglo á los impulsos de su corazón, todavía podrían duplicarse las ganancias con lo que le restara, después de una dádiva tan crecida. ¡Al cabo que el tesoro sería una bicoca, cuando su fama había traspasado los siglos y costaba tanto trabajo descubrir!

Defendía bien sus intereses, como hombre que sabía donde le apretaba el zapato; y presumiendo que el tesoro oculto, por poco que contuviera, no bajaría de una caja igual á la que se encontró pocos años antes en el regolfo del Estacio, ya ascendería á algunos miles de duros el valor de la tercera parte nada más. ¿Hasta dónde llegaría la importancia de la riqueza, si las tres cajas que él adivinó desde la cumbre del Cabezo Gordo se presentaran luego á la realidad?

En estas ilusiones de color de rosa, y soñando siempre, volvió á su casa con el corazón rebosante de alegría. ¡Era ya tan corto el tiempo que faltaba para coronar su obra!... Los manchegos estarían de marcha tal vez á aquellas horas, y pudiera ser que algunos se encontraran cerca de aquel campo lleno de tostadas mieses. La impaciencia, pues, no sería por largos días, y bien debía dominar los latidos de su corazón para no denunciarse con alguna intemperancia.

Vicente regresó también á su casa con no menos satisfacción, rumiando la proposición del tío Mochuelo que le cosquilleaba por lo tentadora, despertando por primera vez en su alma vacilaciones y dudas.

¿Debía aceptar la oferta con algunas modificaciones favorables, ó dejar correr las cosas y echarse en brazos de la suerte, para ver luego lo que le tenía reservado su destino? ¿Cómo se iluminaría su entendimiento, para optar con seguridad por



uno de los términos del dilema? Y seguía devanándose los sesos y confundiéndose cada vez más, vacilando sobre si tan árdua cuestión debiera consultarla con su amigo Lorenzo ó meditarla detenidamente, sin que nadie en sus secretos tuviera la más mínima participación.

Y engolfado en tales pensamientos, que no le abandonaron ni aun durante la cena, tendióse en su cama, y á poco vino el sueño á hacerle dormir como un bendito, calmando así su cerebro, que el pobre bien lo necesitaba, por no estar acostumbrado á las ansiedades y zozobras que lleva consigo la ambición.

Dió la casualidad de que aquella misma noche, y á una hora bastante avanzada, sonaron á lo lejos algunas caracolas. Llegaron los ecos hasta aquel trozo de campo, y en cuanto el tío Mochuelo oyó aquellos sonidos, que tuvieron para él una dulzura inenarrable, llenóse de gozo, no pudiendo dormir ni un solo momento, revolviéndose en su cama por la excitación nerviosa que le produjeron.

Era que llegaban de la Mancha las primeras cuadrillas de segadores, y se anunciaban con aquella típica señal tan conocida en todos los campos.

Aquellas simpáticas vibraciones, penetrando en los lugares de los labradores y difundiéndose en las ondas del viento como el eco de una voz que cantaba á plenos pulmones el himno del trabajo, indicaban al tío Mochuelo que se acercaba la hora, la hora de su fortuna, el trance final, la coronación de su titánica campaña, más difícil que los trabajos de Hércules, y tan valiosa, por lo menos, como el descubrimiento del Nuevo Mundo.









## CAPITULO XIX

### *Los manchegos*

---

Los toques de las caracolas seguían sin interrupción, y se desparramaban por la vasta planicie de aquellos campos grupos de manchegos, con sus ropas de lana oscuras, harapientas, propias para afrontar rigurosos inviernos, contrastando con las de los campesinos murcianos, más en armonía con el clima y la vegetación.

Eran los segadores consuetudinarios, cuyas cortantes hoces habían de cebarse en los débiles tallos de las mieses, alternando con los hijos del país que afilaban ya sus corvillas, dispuestos á probar la ligereza de sus brazos.

Erguíanse en los bancales las rúbias cebadas, con sus espigas reseca que comenzaban á doblarse bajo el peso de los granos endurecidos, y solazábase el viento en la hojarasca, liviano, juguetón, produciendo alegres murmullos y sonatas de tonos variados que llenaban de regocijo el corazón de los labradores.

Iba á arrancársele al suelo la mejor y la más hermosa de las vestiduras, presentándolo afeado y desnudo ante la pública



espectacion, sin respetar la castidad de sus pudores, para que el sol, compasivo y amoroso, se encargara de tender sobre él el manto de su luz, y las áuras lo acariciaran con sus tímidos besos, consolándolo en su soledad.

Acomodábanse por acá y por allá las cuadrillas de manchegos, y se contrataban á destajo, ajustando bancales para aprovechar mejor el tiempo y retirarse luego con mayores ganancias, y cuando los contratos quedaban hechos, allí era de ver como se distribuían los hombres y las mujeres y comenzaban las operaciones de la siega, formando los apretados haces con una regularidad asombrosa.

Había trabajo para todos y durante mucho tiempo, lo que alegraba á los cosecheros y á los segadores, recreándose la vista con aquel blandir de los cortantes aceros, cuyas hojas vibraban en un relampaguear continuo que daba á los cuadros de tierra un espectáculo interesante y encantador.

A medida que avanzaban los trabajadores y el suelo endurecido presentaba su desagradable desnudez, multiplicábanse los cantares típicos de cada país, con esa alegría que hace dulces los rigores del trabajo y excita el entusiasmo, para que las horas se deslicen con la mayor facilidad.

De un lado las coplas lánguidas de carácter morisco, con sus notas agudas y dilatadas, como quejas de amor exhaladas en las vaguedades de un alma soñadora: de otro la seguidilla breve, trotona, festiva, como complemento de la movilidad de manojos de nervios en acción: y en aquellos cánticos del pueblo; en la unión de aquellos acordes sencillos, donde cada corazón retrataba sus sentimientos, se abrazaban dos regiones distintas, pero aproximadas, unificadas por el trabajo, ligándose con el lazo de la fraternidad pura y verdadera, y fundiéndose en la más santa y la más dulce de las aspiraciones.

Cuando llegaba la noche y se suspendían las duras tareas, unos y otros se retiraban á sus respectivos albergues. Los manchegos, sin alterar apenas las costumbres de su país, encendían fogatas á cuya lumbre preparaban las cenas para dar fuerza á sus estómagos, y devoraban abundantes y pesados comestibles, que contrastaban con la frugalidad usada por los



indígenas en su modesta colación. Después se reunían las familias más próximas y prolongaban las veladas, bailando al son de las guitarras y de las postizas, sin que las fatigas del día hubieran hecho mella en sus músculos de hierro.

Lo mismo que los cantares, eran los bailes también distintos, y esta variedad contribuía á hacerlos más interesantes y á atraer mayor número de espectadores. Los hijos del país bailaban la clásica malagueña, y los manchegos la jota, y corría la gente por los diferentes corrillos, atraída por los repiqueos de las postizas, pasando muy á gusto las veladas y divirtiéndose todos pacíficamente en medio de una expansiva y general alegría.

Desde que llegaron las primeras cuadrillas de manchegos, constituyóse Vicente en un observador continuo, para deducir, por instinto y por impresión, cuáles serían las personas más á propósito para realizar sus deseos, y después de pasar revista á casi un centenar de personas, fijóse en una familia donde la necesidad parecía haber formado su asiento para martirio constante de unos seres desgraciados.

Era un matrimonio de edad avanzada, con dos hijas que frisarian en los diez y ocho y los veinte años de edad. No tenían las hijas nada de bellas, contribuyendo á ello principalmente la pobreza y suciedad de sus trajes; pero la melancolía que se retrataba en sus semblantes, les daba cierto tono de dulzura y las hacía algo simpáticas. Vicente vió en ellas el tipo que buscaba, y no vaciló en fingirse amigo de toda la familia, casi, casi seguro de que allí había de encontrar la clave para obtener el tesoro.

Respecto de la doncellez, que era el requisito indispensable, según afirmaba la tradición, no creía Vicente que las muchachas ofrecieran duda de ningún género. A falta de pruebas materiales que así la confirmaran, estaba en primer término la presunción, por el visible estado de soltería, y luego había tal suavidad en las miradas de ellas, tal candor en sus palabras y tal pudorosa sencillez en sus modales, que nada podía ser hijo del fingimiento. En la flor de la juventud y bajo la influencia de una educación moral, no hay todavía intenciones



maliciosas para encubrir con apariencias de honradez costumbres relajadas ni el hervor de una sangre ya viciada y corrompida.

Desde luego, con escasos regateos para no perder una oportunidad que ella misma había llegado tan fácilmente, ajustó con el padre un bancal de varias fanegas que podía ser segado en ocho días, poniéndolo en colocamiento de Lorenzo para que, como administrador, aprobara sus gestiones.

Conseguida esta primera parte, continuó intimando con la familia, y de vez en cuando, así como por vía de caridad, cogía su hoz y ayudábales, segando buenos trozos, lo cual agradecían cordialmente los pobres manchegos, que todo lo atribuían á bondades del mozo.

De noche se reunía algunos ratos con ellos, y se condolía de sus miserías, deseándoles mucha prosperidad. Luego hablaba de lo mal que andaban las cosas, del descuido de los Gobiernos respecto del verdadero fomento del país, de sus injusticias, por atender sólo y de vez en cuando á los obreros de fábricas y minas, dictando para ellos disposiciones benéficas por el miedo que les inspiraban, y en cambio olvidaban ó despreciaban á los labradores, ya fuesen amos, ya jornaleros, porque aquellos tenían algo ó mucho que perder y estos se hallaban diseminados y en una insignificante minoría, no ofreciendo temor ni los unos ni los otros para hacer tambalearse en sus poltronas á los que la osadía elevaba á las altas esferas del «orden y mando».

Era preciso proyectar algo por parte del individuo para salir de aquellas situaciones tan violentas, hacer un esfuerzo, buscar nuevos horizontes á fin de encontrar refuerzos que les ayudaran á sacudir la miseria que les rodeaba. Por supuesto, que si él fuera mujer, hace tiempo que tendría alguna cosa para empezar á buscarse la vida con independencia.

Como llamara la atención de los manchegos la frase aquella de *ser mujer*, que con sencillez aparente pero con sobrada intención el joven había intercalado, contestaba Vicente, refiriendo con todo el calor que inflamaba su pecho la leyenda



tradicional del tesoro de la reina, que él elevaba á la categoría de historia cierta y evidente.

Ya se vé, por la insignificancia de unas cuantas gotas de sangre de un pié tener un buen puñado de duros, no era cosa que se presentaba todos los días, sino una ganga importante. La infeliz mujer que desaprovechara aquella ocasión tan magnífica, sentiría luego hondos pesares, arrepentimientos inútiles y tardíos, por haberse dejado llevar de un rato de miedo.

Él estaba seguro, segurísimo, de que una persona cualquiera, por poco animosa que fuere, no llegaría á sufrir el más ligero dolor ni la menor alteración de salud. Una pequeñísima picadura de avispa y un hilillo de sangre que apenas llenara medio huevo de paloma, eso era todo. ¡Ay, si él fuera mujer! ¡Al cabo que no se podría ganar cualquiera la vida con una base de cuarenta, cincuenta ó sesenta duros, hermosos y sonantes como una campana! ¡Y que los tiempos que corrían estaban para hacer gracias y desperdiciar ocasiones!

Al principio de aquellos relatos, los manchegos, á pesar de su pobreza, no se sentían excitados por la ganancia, en razón de creer que la sangre no era cosa de tan poca estima como suponía Vicente; pero cuando ya el mancebo llegaba en sus indirectas á los ochenta y noventa duros, los ánimos del auditorio comenzaban á moverse.

Una noche en que repetía por cuarta ó quinta vez su relato, dijo, encarándose con la menor de las muchachas:

—¡Vamos, que tú te dejarías dar una sangría bien pequeña por noventa duros!

—¿Yo?, ni por cien,—contestó la aludida.

La mayor de las hermanas que estaba escuchando con atención, ingirióse de pronto en el diálogo, diciendo:

—Pues yo ¿qué quieres que te diga? por cien precisamente, de ninguna manera; pero por alguna cosa más, puede ser que lo pensara.

Como se vé, el pez empezaba á morder el anzuelo. El cebo estaba tan bien colocado y era de tan superior calidad, que despertaba el voraz apetito de aquellos pobres seres, ansiosos de alguna esperanza que mitigara su miseria.



Vicente que no podía desperdiciar una oportunidad como aquella, agarróse á las palabras de la joven, y exclamó:

—Pos mira; tú piensas más á erechas que tu hermana, porque sabes que has de sacar más que lo que has de poner. ¿Y sabes lo que te digo? que no te arrepientas, porque si te puedes llevar un güen puñado de duros, ya tiés pa que comais tós angùn tiempo, y hacerte el ajuar pa cuando te cases. ¡Vaya! ¡Animo, que el que no se arresta, no pasa la mar!

—Sí, pero...

—No hay pero que valga.

—Es que no hay que ir tan de prisa.

—Lo comío es lo seguro, y más vale pájaro en mano que ochenta mil volando.

La joven se ponía colorada, no sabiendo que contestar. Levantóse un momento de la silla y volvió á sentarse, queriendo continuar la conversación que le halagaba, pero aparentando lo contrario.

Vicente, para precisarla, le dijo:

—¿Pero qué contestas? A estas cosas hay que dar el sí ú el nó, pero de contao.

—¡Ya!...—replicó la joven;—es que eso de sangrarse, es cosa para mirarla despacio, por si pudiera traer 'malas consecuencias.

—Nenguna, nenguna: de eso estoy bien seguro, y me paece que no merezco que penseis en que yo pudiera traeros angùn mal.

—Traerlo tú, nó; pero ¿y si viniera sin quererlo, por haber creído una cosa y resultar luego otra distinta?

—Ascucha: voy á decirte dos palabras pa que te sirvan de satisfacción. Si esto, que es un secreto grande, hubiera yo querío dicírselo á más de cuatro, mujeres que quisieran me sobrarían á estas horas, porque además de que no se les va á arrancar nengùn piazo de su cuerpo ni á quitarles el honor, hay por aquí munchas nesecidaes y munchas fantesías, y las muchachas están lampando por atrapar un puñado de pesetas. Pero vusotras me habeis entrao del to en las entrañas, y he



dicho: «pos pa estas probéticas que se lo merecen, porque son trebajaoras y güenas y les hace más farta que á otras».

El padre y la madre oían con gusto la conversación, mirándose á la luz del candil, y se hacían señas con disimulo para no ser observados de Vicente. Vacilaban como su hija, entre el miedo y la ambición, y aunque los estremecía la idea de ver un chorrillo de sangre, corto y sin peligro alguno, les halagaba la ganancia que, para ellos, era importante. ¿Debían aceptar ó rechazar una ocasión tan singular y propicia, única que hasta entonces en su vida se les había presentado?

—Oye, Vicente,—interrumpió el padre, después de interpretar las miradas de su mujer:—¿y cuánta sangre es la que se ha de sacar?

—Pos, miste, muy poca, como tres onzas ú cuatro, porque la sierpe ha de encomenzar á correr en cuanto emprenchie á salir la sangre, y ya vé osté que bien escasa ha de ser.

—Sin embargo, aunque á tí te parezca escasa, á mí se me figura que es demasiada cantidad la que se quiere que salga de las venas.

—¡Cá! No señor. Tó eso se vá en un chorríco, lo mesmo que el de una pequeña cortá en un deo. Sepa osté y entienda que, anque se corriera la sangría un poquico y llegara á cinco onzas ú á seis, no habria novedá pa la zagala, porque yo le he preguntao á un médico de San Javier, asi como que no es del caso, que cuánta sangre tenemos en el cuerpo, y tenemos ¡pásmese oste! más de treinta libras.

—Bueno; pues si mi hija quiere y no ha de pasar la sangría de las cuatro onzas, vamos, aunque se corriera á las cinco, me has de poner en la mano ciento cincuenta duros antes de llegar al sitio donde está el tesoro.

Vicente estuvo á punto de dar un salto de alegría, al oír aquellas palabras que tenían para él la hermosura de una cascada de perlas; pero, aparentando sorprenderse para que no se le conociera el gran efecto que le causaba la proposición, contestó moviendo la cabeza á un lado y á otro:

—¡Hombre! ciento cincuenta duros me paece mucho dinero, ¿No podíamos rebajar un poquico?



—¿Cómo rebajar?—exclamó el padre, lleno de entereza:—ni un céntimo. ¡Al cabo que lo que se pretende es poco! Ciento cincuenta duros, pues para salir de pobre, no es mucho que digamos.

Comprendió Vicente que la situación no era á propósito para regatear; y aun cuando sabía que al tío Mochuelo no había de darle gusto un desembolso tan alto, él vió que todavía era pequeño, al compararlo con la importancia del tesoro, y dijo para terminar el convenio:

—Ya,... pero... en fin... ved que á osté no le falta la razón. De modo, que siendo eso que osté pide, no habrá más que hablar y quea el trato hecho del tó.

—Si mi hija quiere, sí.

—Pues yo,—añadió la hija con viveza,—mañana mismo daré la contestación.

—En ese caso,—concluyó Vicente, mañana también traeré yo la autorización de tó, de parte de la persona que ha de dar los cuartos.

—Corriente.

Y dicha esta palabra que era como el punto final del interesante diálogo, varióse por completo, y desde aquel instante, la conversación, llevándola á otros asuntos distintos, entreteniendo así el tiempo hasta que llegó la hora de retirarse. Vicente marchóse entonces á su casa y se tendió en su gergón como un bienaventurado, para soñar con la dicha que se encontraba á distancia de dos dedos.

Al día siguiente, muy temprano, se dirigió á la morada del tío Mochuelo, encontrándolo en el jardín dirigiendo un enrejado de campanillas. Llamólo aparte, y permitiéndose en su alborozo la libertad de darle un abrazo, le contó cuanto con los manchegos había hecho y convenido, ponderando hasta lo sumo las dificultades que había tenido que vencer, para hacer resaltar mejor el mérito de su obra.

Aun cuando al ricachón parecióle muy subida la cantidad de tres mil reales que se había fijado para la insignificante sangría de que se trataba, conoció que el trabajo de Vicente era de bastante mérito y que había hecho mucho en la empresa,



por lo que aprobó al último el convenio, sin osar replicarle, optando por este extremo de un dilema que consistía en pagar ó renunciar, y autorizó á Vicente para que él mismo eligiera á su gusto la forma que creyera mejor para la entrega del dinero. En cuanto al día en que habían de reunirse todos para la expedición á la Balsa, que sería precisamente en la hora de la siesta, parecíale como más oportuno aquel en que terminara la siega de los bancales convenidos.

Oyó Vicente aquellas órdenes con suma atención, y reflejando en su cara un gozo inexplicable, dirigióse al sitio donde los manchegos se encontraban trabajando; pero en medio de una senda fué sorprendido por Lorenzo que iba á desempeñar su cotidiana obligación.

Trató al principio de ocultar los pensamientos que parecía llevar como esculpidos en su frente y en sus ojos; pero no pudiendo resistir al influjo que sobre él ejercía su amigo, sin poder contenerse, el pobre soñador se lo refirió todo, según costumbre, presentando, como una gran victoria obtenida por su agudeza, el hallazgo de la doncella que se prestaba tan dócilmente á una empresa de tal importancia, y marchó enseguida á ayudar á los confiados manchegos, para tenerlos siempre muy cerca de sí, y poder convencerlos, si trataran por un momento de arrepentirse de lo que con tanta formalidad habían arreglado.

Aunque Lorenzo esperaba siempre un disparate más en aquella serie de locuras, se sorprendió cuando se enteró por Vicente de lo que el tío Mochuelo intentaba para dar una solemne conclusión á los dislates que venía cometiendo. Era indudable que la catástrofe iba á sobrevenir; pero ¿hasta dónde llegarían sus consecuencias?

Remordíale un tanto su interior, por haber contribuido alguna vez con indirectas y consejos velados á la obsesión de su principal, por más que jamás supuso que la tenacidad del tío Mochuelo traspasaría los límites de la ridiculez, sin atreverse á llevar las cosas tan lejos y de una manera tan peligrosa. Convenciase también de que, sin haberle dicho él nada, el mismo resultado se hubiera producido, pues una pequeña astilla más



en una gran hoguera no permite apreciar el escaso fuego que añade, y el volcán en que se abrasaba y consumía el cerebro de aquel hombre venía siendo de una potencia extraordinaria; pero de todas maneras, tenía algo de qué acusarse, y aún podía, si su intervención era oportuna, hacer una obra meritoria en el amor al prójimo por Dios.

Para eso era preciso prevenirse, estar alerta, y él se encontraba decidido á intervenir cuando llegara el trance último, en la forma y manera que fuese necesario. bien solo, bien dando parte á la autoridad, pues de no mezclarse en el asunto, pudiera peligrar la vida de alguien, con especialidad la de la pobre manchega. La inocencia y la ambición de la desgraciada joven pudieran exponerla á ser sacrificada por el delirio de un loco y por la insensatez de otro infeliz contagiado de la misma enfermedad.

¿Nó pudiera también el mismo tío Mochuelo, por una torpeza, hija de sus alucinaciones, provocar un lance sangriento y sucumbir á manos de aquel padre enfurecido, al ver á su hija lesionada bárbaramente por manos inexpertas, en el azoramiento de quien ha perdido la conciencia de sí propio? ¿Quién respondía de la imposibilidad de una catástrofe, dada la altura á que habían llegado las cosas, teniendo presente el estado de las personas que habían de tomar parte en el asunto y las imprudencias que pudieran cometerse por parte de unos y de otros?

Aquello era ya demasiado sério para ser descuidado. La ridiculez de la cosa, que en otra situación diferente hubiera podido servir de chacota y entretenimiento para los habladores de la villa, tomaba ahora cierto carácter de alarma y no impedía el desarrollo de un acto violento de consecuencias incalculables, y él se consideraba en la ineludible obligación de evitar el mal que pudiera.

Puesto que ya no ignoraba el día ni la hora, procuraría estar muy cerca del escenario donde iba á representarse la tragedia bufa; pero estaría invisible, escondido, y las circunstancias se encargarían de indicarle la oportunidad de su intervención. Entonces saldría para impedir la consumación de un



acto que, á más de una locura espantosa, podía llevar aparejado hasta el crimen.

No quería, sin embargo, que Rosalía supiera nada. ¿Para qué solivianzar su corazón, completamente tranquilo? Al fin el tío Mochuelo era su esposo, y aun cuando sus voluntades no corrieran muy unidas, pronto sobrevendría una reacción, porque los trances violentos golpean en las conciencias, llamándolas al cumplimiento de deberes inexcusables.

Todo quedaría sepultado en el silencio, como si nada sucediese; pero mientras llegaba el momento, adoptaría buenas medidas, y acaso se bastara él mismo, sin ayuda de nadie, para que las cosas tomaran un rumbo diferente.

Vicente, haciendo esfuerzos para contener su gozo y disimular más que nunca, uniéndose pronto á los segadores manchegos y púsose á segar para ayudarles en sus tareas y seguir despertando simpatías en el alma de aquellos infelices.

Cuando pasado un buen rato reanudó, de un modo natural, la conversación suspendida en la noche precedente, oyó con suma complacencia que la hija mayor consentía de buena voluntad en dejarse hacer la pequeña sangría de que se había venido tratando. Con tal motivo, el padre daba su aprobación formal, lo mismo que la madre, pero mediante la entrega previa de ciento cincuenta duros y la seguridad completa de que la sangre que había de extraerse no pasaría de cuatro onzas, á juicio de buen práctico.

Una vez aceptado esto, que era lo principal, continuaron Vicente y el padre tratando de los pormenores del asunto, y fijando el día y la hora de la expedición á la Balsa. Sobre todo, había que guardar mucho silencio, porque la más ligera indiscreción podría dar al traste con un plan tan largamente meditado, y era preciso que no se malograra el fruto de grandes meditaciones y de no pocas amarguras pasadas.

Entonces Vicente, que á prevención traía un billete de cien pesetas, adelantado por el tío Mochuelo en un rasgo de valentía, se lo entregó al jefe de la familia, como señal y parte de lo que dos ó tres días después había de recibir, y que sería



precisamente en el trayecto que media desde San Javier hasta la Balsa de San Cayetano.

Aquel billete, que el manchego tomó con aparente indiferencia aunque con cierta alegría que no se escapó á los ojos perspicaces de Vicente, fué la firma del pacto, y la ratificación del mismo la constituyó un buen apretón de las manos callosas de los dos trabajadores, con lo cual nada quedaba que hacer ni que decir hasta el día de la expedición.

¿Habrían temblado en aquel momento los génius invisibles que guardaban avaros el tesoro de la reina? ¿Se estremecería acaso la serpiente, preparándose á huir cuando la virtud de la sangre de aquella doncella la arrojara del negro antro en que se escondía?

La suerte ya estaba echada, y pronto se había de ver el resultado.

---



## CAPITULO XX

*El Tesoro*

Caía un sol de plomo, difundiendo sus rayos abrasadores por toda la campiña, y los segadores, sobrellevando con paciencia y resignación aquel calor pesado, amontonaban haces de resecas y apretadas mies sobre los mismos bancales que iba desnudando la hoz.

Acababa de sonar la hora de las doce en el reloj de la villa, y aquellas campanadas graves y sonoras fueron la señal para que en todas las casas se prepararan las mesas á fin de llevar á cabo la operación más importante de la vida, y los trabajadores fueran poco á poco alejándose en dirección de sus viviendas, para rellenar sus estómagos que pedían ya un buen alojamiento de comestibles.

Era el día señalado por el tío Mochuelo para verificar la extracción del tesoro, y Lorenzo, que quería intervenir con oportunidad, se había instalado desde por la mañana en el despacho, con la resolución de no salir de él hasta que llegara la siesta, para poder trasladarse inmediatamente á la Balsa de



San Cayetano, atravesando por el camino viejo de Tarquinales, á fin de ganar tiempo y terreno.

Rosalía, siguiendo la tradicional costumbre de ponerse á la mesa pocos minutos después de sonar la hora del medio día, entró en el amplio y lujoso comedor para esperar á su marido. Hizo que le pasaran aviso, pero la criada volvió diciendo que el tío Mochuelo no estaba.

Llamó esto la atención de Rosalía, pues desde la fecha de la escapatoria á la orilla del mar, no había faltado su esposo á la hora fijada para comer. Siguió entonces esperando, en la creencia de que aquel retraso sería hijo de alguna urgencia imprevista; pero como transcurriera más de media hora y viera que tampoco acudía, hizo llamar á Lorenzo.

Hallábase el administrador ultimando unas cuentas de importancia, y al recibir el recado anunciándole la ausencia de su principal que se había anticipado á la hora de la siesta, inmutóse por la sorpresa que le causó la noticia. Para no perder tiempo y ganar todo el que pudiera, pues sabía á donde había ido el tío Mochuelo, mandó enganchar la tartana mientras él iba á calmar la zozobra y el sobresalto de Rosalía.

—¡Se me ha anticipado!—decía para sí, con reconcentrado coraje.—Dios quiera que cuando llegue no sea ya tarde.

Con efecto, el tío Mochuelo, que desde la noche anterior no había podido dormir un momento por el continuo pensar en aquel trance que por fin había llegado, salió de su casa, terminado el almuerzo del día siguiente y se fué á buscar á su colega.

Esperábale Vicente con no menor impaciencia, y juntos ambos, pasaron al bancal donde se encontraban los manchegos, los cuales estaban á punto de terminar sus tareas, y dispuestos á marchar en el instante mismo en que se les diera la orden.

Rodaban para los soñadores los minutos con la lentitud de los siglos, como acontece con frecuencia á los impacientes que no aciertan á ocupar las horas cuando esperan un acontecimiento extraordinario; y para matar mejor el tiempo, Vicente fué á recoger un carro que ya tenía convenido, pues el tío



Mochuelo no había querido valerse de los suyos para no llamar la atención de su casa, y luego lo llevó al sitio donde habían de montar todos los de la partida.

A cada momento creía el tío Mochuelo que se le hacía tarde, y diferentes veces llegó hasta cerca del pueblo, siempre por las sendas de los bancales, huyendo del camino, para ocultarse mejor á la vista de los que pudieran conocerle. En su impaciencia de adelantar el curso del tiempo y obsesionado á la vez con su tenaz idea, ya ni se acordaba de Rosalía, ni siquiera se fijó en que su ausencia pudiera ser notada á la hora de comer.

Por último, equivocando las horas, á causa de su misma excitación, dió orden de marchar mucho antes que la siesta llegara, y éste fué el motivo de anticiparse á Lorenzo.

No era muy fuerte ni ligera la mula que conducía el carro, resultando con estos defectos un bien para los planes del ambicioso ricachón, pues retardándose bastante en el camino, el momento de su llegada sería á poco de empezar la siesta, ó sea cuando los segadores que estaban más cercanos al sitio de la Balsa se hubieran retirado á comer, y de esa manera los expedicionarios no podían ser vistos de ninguna persona.

Dentro del carro había colocado Vicente las palancas, cuerdas y piquetas consabidas, como herramientas indispensables en toda excavación, y además una buena azada, por lo que pudiera acontecer. El tío Mochuelo, por su parte, llevaba dentro de una cajita la lanceta con la cual había de verificar la sangría, y que era como la llave que iba á abrir la puerta de todos los misterios.

Ocupaban el ambulante aposento los cuatro manchegos y los dos soñadores, y Vicente, colocado en primer término, guiaba la pesada y soñolienta mula, que no tenía trazas de llegar al punto de arribada, á pesar de los crujidos del látigo y de los tirones de las riendas.

Para entretener el fastidio, parecióle á Vicente que lo mejor era hablar, y con efecto, comenzó á charlar largo y tendido, tocando diferentes asuntos, á veces con excesiva jocosidad; pero los demás, preocupados con sus respectivas ideas,



oían y callaban, sin que el mozo consiguiera arrancarles, una palabra ni una sonrisa.

El calor que hacía dentro del carro era sofocante. La doncella que había de prestar su pié para el sacrificio, iba algo triste, y de vez en cuando refrescaba sus labios lívidos y secos con el chorro de agua de un cantarillo que se había llevado á prevención.

Cuando llegaron al término de la villa y entraron en el de Pacheco, el tío Mochuelo sacó de un bolsillo unos billetes que contenían las seiscientas cincuenta pesetas que quedaban pendientes de pago, según el convenio hecho con Vicente, y poniéndolos en las manos del padre de la muchacha, dijo con voz hosca y fatídica que parecía exhalarse del fondo de una tumba:

—Aquí tié osté lo suyo. Esto, con los veinte duros que le dió Vicente, hace justos los tres mil reales.

El manchego, sin hablar palabra alguna, pero brillándole los ojos de alegría ante la vista de los valiosos papeles, cogió los billetes, los examinó despacio uno á uno, como persona interesada, fijándose bien en los grabados y poniéndolos al trasluz. Cerciorado de su legitimidad, los dobló cuidadosamente y los sumió con su compañero en una mugrienta cartera que sacó envuelta en papeles del fondo de un chaleco de algodón que llevaba debajo de otro récio de lana.

Enseguida, y como hombre lleno de satisfacción, sacó una sucia bolsa de tabaco, y lió un enorme cigarro de papel, encendiéndolo luego con yesca, á fuerza de golpes del eslabón con el pedernal.

Más de hora y media tardaron en recorrer los siete kilómetros de carretera que hay desde San Javier hasta la Balsa de San Cayetano, y cuando llegaron á este sitio, hicieron que el carro penetrara en un declive muy suave que hay fuera del camino, colocando el vehículo de manera que la parte de atrás quedara enfrente de la Balsa y la mula en dirección de la carretera, formando con ésta una perpendicular.

—¡Gracias á Dios que habemos llegao!—dijo el tío Mo-



chuelo, dando un suspiro, mientras respondían con otro los manchegos.

Y luego, bajándose del carro, acompañado de Vicente, se puso á examinar despaciosamente el terreno, como si aquello fuera el acto de la toma de posesión.

Sí, allí, allí mismo, bajo la tierra endurecida que pisaban sus piés, se encontraba el sol de la felicidad, el anhelo de su alma, la pasión más grande de su vida. Había llegado el momento último, la hora sagrada, para arrebatarse de las manos de los géneos invisibles que lo retenían, uno de los tesoros más grandes que vieron los pasados siglos, como procedente de aquellas colosales riquezas que llegaron tan sólo á poseer los príncipes orientales. Él iba á ser el nuevo Arquímedes que con la palanca de su fé movería el mundo de lo desconocido. Él iba á tornar la noche oscura en día fecundo y brillante, perpetuando su nombre entre las generaciones venideras como un modelo de constancia y abnegación.

Y en el arrebatado producido por su desequilibrada fantasía, penetraba su imaginación bajo aquellas capas de tierra, iluminadas dulcemente con claridades de aurora que, al ahuyentar las tinieblas, se extendían en ondas purísimas y dejaban ver hasta en sus más pequeños detalles todas las profundidades del antro.

Y luego la claridad se aumentaba, y las ondas de luz, vibrando sin cesar hasta producir un rojo brillante, como el encadenamiento de cien soles que se movían en torno de un punto invisible cual si fuese su centro de atracción, le mostraban al fin el tesoro con toda su deslumbrante hermosura, que era aquel centro mismo, accesible ya á sus ojos, cuya ofuscación desaparecía á medida que se acostumbraban á soportar la intensidad de aquellos resplandores. Y reproducía la visión que tuvo en su gabinete cuando miraba con los gemelos marinos el regolfo del Estacio, y los ojos saltábanse de sus órbitas en una desmesurada amplitud, viendo aquellas hermosas cascadas de perlas y aquellos montones preciosísimos de diamantes, esmeraldas y rubíes.

Pero al fin volvió á la realidad y observó que ya era tiempo



de comenzar las operaciones. Mandó á Vicente que bajara del carro las herramientas que á prevención traía, y luego hizo que el joven se colocara apoyado en el tronco de una frondosa higuera que se encontraba muy próxima, con un pico en la mano y la mirada fija en la Balsa, para que atendiera al instante y al sitio de la salida de la serpiente, que había de surgir por la fuerza del conjuro, indicando precisamente el lugar por donde había de comenzarse la extracción.

Después de hacer Vicente todo cuanto se le había ordenado, se dirigió al carro el tío Mochuelo, y se puso á animar á aquella gente que permanecía muda como una colección de estatuas. Para reaccionar el decaído espíritu de la joven, decía que aquello era muy breve y muy sencillo y que no abrigase el más ligero temor, respondiendo con su cabeza de la verdad de cuanto hablaba.

Para que la operación de la sangría se verificara rápidamente y sin ofrecer el más ligero riesgo, mandó que los manchegos permanecieran en el carro, lo que agradó al padre, por seguir disfrutando de la sombra que proyectaba la cubierta. La doncella en cuestión había de colocarse la última, ó sea en la parte más próxima á la Balsa, para presentar fácilmente su pié izquierdo, que era el de rúbrica, según la tradición, apoyándolo en la traviesa de la espalda.

La madre, que estaba enfrente de ella, había de ligárselo previamente con una cinta, y luego tendría al alcance de su mano un pañuelo doblado en forma de vendaje, para poder tapar la sangría en el momento en que apareciera el reptil que guardaba el tesoro. (1)

---

(1) El hecho de la busca del tesoro en la Balsa de San Cayetano, es rigurosamente histórico, y me lo han referido diferentes veces muchas personas que habitan en los campos de Pacheco y San Javier. Aconteció algunos años antes del en que hago figurar esta escena, y me son conocidos algunos parientes del soñador.

El relato de lo que verdaderamente sucedió es horroroso, y figura en él una doncella que fué sacrificada de una manera cruel. Una vieja de malas costumbres, que tenía fama de he-



Como se vé, las medidas estaban bien tomadas, y el tío Mochuelo, á pesar de la exaltación de su espíritu, no se olvidaba de ningún detalle, y bien daba pruebas de haber meditado mucho sobre el particular, para que luego no pudiera estropearse todo por alguna deficiencia.

La joven manchega obedecía maquinalmente, colocándose en la forma y manera que ordenaba el soñador, y aun cuando estaba convencida de que no corría peligro ninguno, temblaba sin embargo, porque la naturaleza no puede desmentirse á sí misma, y la sangre que se vierte friamente no es como la que se derrama en el calor de la pelea, defendiendo un ideal ó luchando por la vida.

Cerraba el padre los ojos, como pretendiendo dormirse en la fresca sombra del carro, para ser indiferente á la escena que iba á comenzar, y de vez en cuando llevaba la mano al sitio donde tenía encerrada la cartera para palparla y tomar alientos. La otra hija, inmóvil como una estatua, miraba la mole del Cabezo Gordo, con ojos estúpidos donde no se leía ningún pensamiento. Unicamente la madre daba pruebas de ser más sensible. Conocíasele que hubiera querido pasar por hallarse muy tranquila para que su hija tuviera bastante serenidad; pero la desmentía su intensa palidez y el temblor de sus dedos, al cruzar la cinta por la garganta de aquel pié sonrosado, al dió un beso ligerísimo, depositando en él una lágrima.

El tío Mochuelo, á pesar de su excitación nerviosa, prodi-

chicera, fué la instigadora principal y la que, por el dinero del soñador, buscó y sedujo á la víctima. Esta vieja fué procesada y murió en la prisión, vendiéndose sus bienes para el pago de las costas, y entre ellos una casa sita en el campo de San Pedro del Pinatar, que hoy es propiedad de mi amigo D. Juan Ibañez Carrillo.

He alterado y desfigurado lo que me ha parecido conveniente para el fin de esta novela, cambiando también el nombre del buscador del tesoro, muy conocido en aquellos campos. A la vez he suprimido detalles que, por demasiado naturalistas, los creo más dignos del silencio que del relato.



gaba frases de animación á la muchacha, y su tono era festivo, como si todo aquello fuera un juego sin importancia, más bien para reír que para impresionarse seriamente.

Cuando creyó que había conseguido que la madre y la hija se serenaran, sacó del bolsillo la caja que contenía la lanceta, y dijo:

—¡Ea! ¿estamos ya?

Para que la joven no viera el fatal instrumento que brillaba en la mano del soñador, la madre hizo que se fijara en la torre de San Cayetano, que se destacaba encima del blanco caserío y en el fondo azul de un cielo tranquilo, llamándole la atención sobre un águila que tendía su reposado vuelo junto á la veleta.

El tío Mochuelo entonces, aprovechándose de la oportuna extratagema de la madre, enfiló la acerada punta de la lanceta á una vena hinchada junto al tobillo, tal y como él había visto más de una vez á los barberos; y cuando estuvo seguro de su puntería, dió con firme pulso un pinchazo leve, y al momento saltó un hilillo de sangre que comenzó á teñir el pié de fuerte vermellón. En vista del resultado, tiró súbitamente el arma alevosa y se volvió de espaldas para fijarse ya en el objeto de sus ilusiones.

La joven dió un ligero grito al sentir el pinchazo, y después, al ver la sangre, se desmayó. Aturdida la madre por el espectáculo de la sangre que veía correr y por el desvanecimiento de su hija, creyó que ésta acababa de ser víctima de la barbarie de un energúmeno, y comenzó á lanzar alaridos espantosos, diciendo que á su hija la habían asesinado.

Horrorizada y como fuera de sí, púsose á escape á vendar la herida con el pañuelo y á desatar la cinta de la compresión, mientras el padre, sin saber por qué eran aquellos gritos desesperados, preguntaba alarmado, aunque sin obtener contestación, á la otra hija que seguía mirando inmóvil la parda mole del Cabezo.

Dió la casualidad de que, en el momento álgido del alboroto, no se sabe si por el estrépito de los gritos ó por otra causa cualquiera, una enorme culebra, asomando primero su



cabeza triangular tras unos espinos y desarrollando luego rápidamente los anillos de su largo y abultado cuerpo, dió un silbido y saltó de pronto, dirigiéndose con suma velocidad á la higuera en que se encontraba Vicente.

Este, asustado por la presencia del terrible reptil que parecióle un monstruo inmenso, creyendo que iba á ser devorado, perdió su serenidad, y arrancó á correr con todas sus fuerzas, tirando el pico y gritando lleno de terror:

—¡La sierpe! ¡La sierpe!

También la había visto el tío Mochuelo; pero, lejos de amedrentarse, sintió, por el contrario, que entraba en su pecho un valor desconocido, y sin cuidarse de los gritos de la mancha ni del miedo de Vicente, cogió la azada y fuése corriendo hácia el espino, comenzando inmediatamente á golpear en la endurecida tierra.

¿Qué era lo que ya faltaba para llegar á la posesión del anhelado tesoro? La sangre pura de una doncella acababa de esparcir su aroma virginal en el ambiente cálido de aquel recinto, y la serpiente, la guardadora secular que á la puerta del antro colocaron los génios para defender la riqueza colosal allí contenida, había huido impotente, vencida ante la virtud irresistible del talismán.

Arrancando malezas y pedruzcos, con una rapidez vertiginosa, afanábase por ahondar en aquel sitio donde había de estar el agujero que conducía al subterráneo, y á medida que avanzaba en su tarea, gritaba con voz enronquecida:

—Por aquí... por aquí...

En aquel instante y en medio de una nube de polvo que levantaban las ruedas, llegó Lorenzo, á todo el correr de su tartana, que había venido guiando él mismo para que nadie se enterara del suceso. Bajóse del vehículo con celeridad, sin ver á Vicente que huía hácia San Cayetano, y cuando contempló el cuadro que á sus ojos se ofrecía, sintió que una compasión inmensa se apoderaba de su espíritu, y de sus ojos se desprendió una lágrima de fuego. Entonces maldijo su mala suerte que le hizo llegar demasiado tarde para impedir la catástrofe que al fin había sobrevenido.



Como seguían dentro del carro los alarmantes gritos, subió de punto el sobresalto de Lorenzo, suponiendo que tal vez aquella desgracia sería la mayor de todas, y sin perder un momento se dirigió á él, contemplando á los pobres manchegos que estaban poseidos de terror, á la vista de la sangre que se había esparcido por diferentes puntos de los vestidos y del carro.

Entonces arrancó con precipitación el pañuelo que rodeaba el pié de la joven, y examinó inmediatamente la herida; mas como viera que la sangría había resultado bien hecha, por casualidad, y que no ofrecía ninguna clase de peligro, dió plenas seguridades sobre ella, y consiguió que con sus palabras cesaran los alaridos de la madre y la alarma de su esposo.

Terminada la primera parte, volvió la espalda y se acercó al tío Mochuelo; pero al verle, se quedó como petrificado en presencia de su principal.

Nó: no era aquél un sér humano, una sombra siquiera de persona racional. Era un tigre espantoso, una hiena rugiente en todo el furor de su irritabilidad ante los despojos palpitantes de su presa, con la boca espumante y entreabierta, y los ojos desencajados por completo, inyectados de sangre, despidiendo relámpagos y con los globos casi fuera de las órbitas. Corríale el sudor en alarmante abundancia, cuál si estuviera sumergido en un baño, y su cabellera entrecana, erizada como las púas de un puerco-espín, recibía de lleno los rayos de aquel sol en la plenitud de su fuerza, como un torrente de fuego que la abrasaba.

Golpeaba con la azada sin cesar, fatigado, pero ardoroso y decidido, en el anchuroso boquete que había abierto en el espacio de breves minutos, haciendo saltar los terrones á considerable distancia, y á cada golpe que daba, terrible, retumbante, como si descargara la maza de un titán, exclamaba con voz cavernosa:

—Por aquí, Vicente: por aquí... por aquí.

La compasión de Lorenzo se aumentó considerablemente al ver á su principal en aquel estado tan lamentable. Tendió un velo sobre su pasado, olvidando sus egoismos y sus rencores,



y perdonando todas las ofensas, para atender solamente á los impulsos de su corazón que en aquel instante sentía hondamente entre latidos de verdadera generosidad.

Oyendo la voz de su conciencia, trató de interrumpir la faena á que estaba entregado el tío Mochuelo, hablándole con dulzura, amonestándole con suavidad é intentando arrebatarse el pesado instrumento que empuñaba; pero el soñador, aferrándose al palo de la azada con una tenacidad increíble y desplegando todas sus energías, lo rechazó bruscamente varias veces, y seguía golpeando el suelo como antes, diciendo sin cesar:

—Por aquí, Vicente: por aquí... por aquí...

Todo fué inútil. Ni ruegos, ni mandatos, ni amenazas, ni cuantos medios puso en juego el angustiado administrador, detenían por un momento aquellos brazos tajadores, y Lorenzo se desesperaba, porque nada podía conseguir de la terrible fiera que, en el delirio de su extraviada imaginación, había adquirido fuerzas portentosas con la dilatación de sus nervios irritados.

¿Y cómo podía suceder otra cosa, si la racionalidad de aquel desgraciado se había perdido por completo, después de haber recorrido todo el camino de la insensatez, sobreviniendo al fin la demencia extravagante, la locura furiosa, que hacía del hombre una bestia feroz, en cuyo estado había de permanecer siempre, como una señal del término, tal vez cercano, de sus días?

Enternecido y fatigado á un mismo tiempo Lorenzo, seguía bregando con su principal; pero tuvo que confesarse impotente para sujetarle por sí solo, conociendo que había necesidad de recurrir á la violencia y á la ayuda. Entonces se acercó al carro y demandó el auxilio de los que allí estaban, explicándoles con brevedad suma la triste situación en que se encontraba aquel desgraciado.

También se conmovieron los manchegos, al escuchar el relato, y al momento se apearon los dos esposos. Juntos ya los tres, dirigieron al centro de la Balsa, y rodearon al tío Mochuelo con gran precaución, para no recibir ellos algunos de los tremendos golpes que seguía descargando. Así, ayudán-



dose todos mutuamente en la penosa y larga brega que todavía hubo que sostener, consiguieron desarmar al loco y paralizar sus movimientos, porque se defendía tenaz y furiosamente, desplegando para ello unas fuerzas colosales.

Vencido y dominado el pobre hombre por un momento, había necesidad de sujetarle, á fin de que no se reaccionara y tratara de volver á su faena, y para ello, no había otro medio que emplear una de las fuertes cuerdas que el infeliz había llevado para ayudar á la extracción del anhelado tesoro; y conociéndolo así Lorenzo, no vaciló en utilizar ese postrer recurso, aunque condolido de la suerte del desgraciado, y de esa manera convirtieron en un fardo al pobre soñador, arrojándolo con toda clase de miramientos y la menor violencia posible al interior de la tartana.

La empresa del tío Mochuelo era una fiel reproducción de la fábula de Icaro al escapar del laberinto de Creta. Las alas de cera habíanse derretido por el calor del sol, y el cuerpo cayó precipitado desde las nubes. El tío Mochuelo, volando con las alas de una disparatada fantasía, había caído desde lo alto de su grandeza al abismo de la desgracia.

La esposa del manchego se encargó de dirigir el carro donde se encontraban las hijas, para volver al punto donde se habían alojado durante la siega, y el marido acompañó en la tartana á Lorenzo para guardar al loco, que seguía delirando, como si se encontrase ya en medio del anhelado tesoro y se regocijara á la vista de sus innumerables riquezas.



## EPILOGO

---

El desgraciado fin del tío Mochuelo no se hizo muy tardío, pues llegó á los pocos días, entre violentas convulsiones y crisis horribles, alternadas con algunos momentos de mediana lucidez y de relativa tranquilidad.

Desde la tremenda conmoción que produjo en su cerebro la escena de la Balsa, el horrible desenlace que en tan escaso tiempo se verificó, era lógico é inevitable, y nada podía presentirse en contrario, dados los precedentes del desequilibrio que lentamente había venido produciéndose en sus facultades, á partir de aquel hallazgo casual que hizo tomar gigantes cas proporciones á la pasión de engrandecimiento que venía dominándole desde su juventud.

La locura por las riquezas es acaso una de las enfermedades más terribles que pueden acometer á cualquier individuo. El desgraciado que llega á perturbarse por la sed del oro, puede asegurar que su fin no está lejano, porque su naturaleza no tiene fuerzas bastantes para sobreponerse á la acción constante del fuego que la abrasa.



Durante la enfermedad del tío Mochuelo, Rosalía había sabido cumplir dignamente con sus deberes de esposa. En alas de la caridad más ardiente y mirando siempre en aquel sér una criatura humana ligada á ella con lazos sacratísimos para constituir una sola persona, abandonó por completo sus comodidades, y no vaciló en hacer toda clase de sacrificios para que volviera la salud perdida de su esposo. A los médicos de la villa agregó otro de los más afamados de Murcia, y no escaseó las ofrendas al santo patrono de la villa, para pedir por su mediación una mirada compasiva de los Cielos.

Ella misma, vigilando á los guardianes que pagaba espléndidamente, permanecía de día y de noche cerca del enagnado, sin permitirse tomar otros alimentos que los puramente necesarios para sostenerse, y durmiendo breves ratos nada más en la misma habitación de su marido, para que no se notara la más insignificante deficiencia y no quedara por agotar ningún recurso en la cooperación á la idea general que á todos dominaba.

Lorenzo olvidóse en aquella desgraciada ocasión del papel que representaba cerca de Rosalía. Hombre de buen corazón, condolióse del cuadro triste que se ofrecía á sus ojos, y multiplicábase por todas partes para que las disposiciones de los médicos se cumplieran al pié de la letra, sin dilaciones ni excusas. Hasta tuvo un momento de verdadera conmiseración, y ofreció solemnemente sacrificar su pasión amorosa y alejarse del pueblo, si Dios se apiadaba del infeliz demente y le conservaba la vida, devolviéndole la salud.

Como se vé, todos cuantos medios y recursos estaban al alcance de las personas que rodeaban al tío Mochuelo, pusieron en práctica con verdadero interés y decidida voluntad, en el ánsia inmensa que sentían por arrebar á la muerte aquella presa segura, entablándose una lucha gigantesca entre la Parca inexorable y el sentimiento generoso de los buenos corazones.

Pero todo fué en vano. Los inexcrutables designios de la Providencia cumplieronse sin permitir la más ligera alteración á las leyes de la naturaleza, y el tío Mochuelo pagó á la muer-



te el tributo que le correspondía, dejando sumido su hogar en profunda tristeza y desconsuelo.

Aunque para ciertas personas que más bien habían recibido daños que beneficios del ex-pescador, fué indiferente la desaparición de aquel sér, en cambio la mayor parte de los habitantes del campo y de la villa sintieron el funesto desenlace. Los políticos, sobre todo, estaban inconsolables, porque en su egoísmo veían perderse una esperanza de mucho valimiento, y con ella la fuerza que se hubiera podido imponer en la provincia como una potencia considerable. ¡Son tan necesarios los caciques para las masas inconscientes que componen los partidos!... ¡Pesan tanto en la balanza de la destructora política los hombres que disponen á su capricho de un número importante de adeptos y de electores!...

Por eso, si el entierro del desgraciado loco no fué una verdadera manifestación de duelo, fué en cambio una exhibición imponente de fuerza política, un acto trascendental que repercutió en la prensa en forma de revistas sensacionales y de artículos necrológicos, y que hizo parar la atención de la gente de otros partidos, para fijarse en la cantidad y en la calidad de los elementos que constituían aquel poderoso núcleo de la política.

A los adeptos de la localidad, agregóse un representante del alto personaje de Madrid que tan unido estuvo con el tío Mochuelo, y no faltaron numerosas comisiones de Murcia y Cartagena con delegados del Pinatar y de Pacheco, cada una con su corona fúnebre, todo lo cual daba gran relieve al acto y acrecentaba la significación que en vida había tenido aquella saliente personalidad.

Vicente fué acaso el que más hondamente sintió la pérdida de su amo, y tan inconsolable se encontraba, que en muchos días no se le vió por ninguna parte, huyendo de la vista de las gentes, como si quisiera olvidar toda clase de recuerdos que le desgarraban el corazón.

Vió desarrollarse en muy pocos días la preponderancia de Lorenzo, porque no era ya un misterio para nadie la existencia de relaciones amorosas entre él y Rosalía. Pero aunque



no le dolía el ver que su amigo tratara de ascender al lugar que el tío Mochuelo había dejado, porque recaía aquella suerte en un antiguo compañero y había más igualdad en la pareja que llevaba trazas de formarse, recordaba con tristeza la ocasión que desaprovechara poco tiempo antes, no decidiéndose á que el tío Mochuelo le hiciera real y completa donación de aquellos bienes que le había ofrecido, á cambio de la tercera parte del mentido tesoro.

Sí, sí, aquello era inaudito. ¿Por qué no tuvo corazón bastante, para aceptar y formalizar enseguida la entrega de una cosa tan positiva y de tanto valor? Pero ya era tarde para todo. La suerte no sería tal vez aquella, cuando Dios no permitió que se realizara; que el que nace para ochavo, inútil es que se esfuerce por adquirir otro valor que el que ha de tener para toda su vida: siempre será ochavo.

Y luego el tesoro, la gran riqueza oculta, aquel anhelo que le había entretenido durante tantos meses, haciéndole perder un tiempo precioso para otras cosas, había resultado un sueño, una patraña, un cuento de viejas, para entretener niños en las largas veladas del invierno, un disparate, en fin, por más que tenía un fundamento verosímil, habiendo corrido él un ridículo muy grande, teniendo que sufrir, pacientemente y con frecuencia, bromas y rechiflas de amigos que aumentaban su disgusto.

Y después de todo, aquella quimera había costado nada menos que una vida, la del tío Mochuelo, por haberse anticipado aquel desgraciado á la locura, como él pudo anticiparse, porque también en ocasiones se había sentido extraviado en la razón, y hubiera sido capaz de cometer las mayores atrocidades.

De haberse librado de esa terrible desgracia, era de lo único que podía regocijarse y dar á Dios gracias infinitas, en medio de la triste realidad en que ahora se encontraba. Cierto era que su salud seguía firme y sus fuerzas no se habían amornado: cierto también que era buen trabajador de honradez acrisolada, y no le faltaban recursos para hacer frente á las pequeñas necesidades que pesaban sobre él; pero perder dos



hermosas barcas, una casita, diez fanegas de tierra, cien cabezas de ganado, una mula con todos los aperos de labranza, y un buen puñado de duros encima, eso... eso era para desesperar al hombre más flemático y cachazudo de la tierra.

San Cayetano (Pacheco)

1903

Los Alcázares (San Javier)

Julio y Agosto.







# INDICE

---

	<u>PÁGINAS</u>
CAPÍTULO	
I—En la almazara. . . . .	5
» II—Oferta misteriosa. . . . .	13
» III—El mar Menor. . . . .	21
» IV—El Caldero. . . . .	29
» V—Proyectos y fiestas. . . . .	39
» VI—Preparativos. . . . .	47
» VII—La escarda. . . . .	57
» VIII—Día de bodas. . . . .	67
» IX—Sueños de oro. . . . .	79
» X—En busca del tesoro. . . . .	91
» XI—La tempestad. . . . .	103
» XII—Tristezas y recuerdos. . . . .	111
» XIII—Regreso. . . . .	121
» XIV—El Carnaval. . . . .	133
» XV—Medidas severas. . . . .	145
» XVI—Consultas y escarceos. . . . .	155
» XVII—La Mona. . . . .	167
» XVIII—Esperanzas. . . . .	179
» XIX—Los Manchegos. . . . .	189
» XX—El Tesoro. . . . .	201
ÉPILOGO. . . . .	213











# El Tesoro de la Reina

---

NOVELA REGIONAL MURCIANA

*Precio: 2 pesetas*

---

OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

## EN PROSA

INFORTUNIO.—NOVELA.—Edición agotada.  
ESCENAS MURCIANAS.—Segunda edición agotada.  
ESTUDIOS Y PASATIEMPOS.—Precio: 2 pesetas.  
HUERTANOS Y FRANCESES.—NOVELA REGIONAL  
MURCIANA.—(Edición casi agotada).—Precio: 2 pesetas.

## EN VERSO

EL TRIUNFO DEL AVE MARIA.—(Edición agotada).

NOTAS DISCORDANTES.—COLECCIÓN DE VERSOS.—  
Precio: UNA peseta.

*En las principales librerías y en el domicilio del autor*

*Plaza de Santo Domingo, 9.*

